

OSVALDO por otras voces BAYER



Julio Ferrer

(coordinador)



R3P

**Segunda
edición**

(corregida y
ampliada)

OSVALDO por otras voces
BAYER

Segunda edición, corregida y ampliada

OSVALDO por otras voces BAYER

Segunda edición, corregida y ampliada



Julio Ferrer

(coordinador)

 **edui**po
Editorial
de la Universidad
de La Plata

Ferrer, Julio
Oswaldo Bayer por otras voces / Julio Ferrer; compilado por Julio
Ferrer. - 2.º ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2011.
220 p.; 21x16 cm.

ISBN 978-950-34-0710-3

I. Entrevistas. 2. Oswaldo Bayer. I. Ferrer, Julio, comp. II. Título.
CDD 070.4

OSVALDO BAYER por otras voces

Segunda edición, corregida y ampliada

Julio Ferrer (coordinador)

Coordinación Editorial: Anabel Manasanch

Corrección: María Eugenia López, María Virginia Fuente, Magdalena Sanguinetti y Marisa Schieda.

Diseño y diagramación: Andrea López Osornio

Imagen de tapa: REP



Editorial de la Universidad de La Plata (Edulp)

Calle 47 N° 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Segunda edición, 2011

ISBN N.º 978-950-34-0710-3

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2011 - Edulp

Impreso en Argentina

A mi querida y bella hija Micaela

Agradecimientos

Agradezco profundamente a todos los hombres y mujeres de la cultura por su valioso y desinteresado aporte, que ha permitido el nacimiento de este libro.

A la gente de la Editorial de la Universidad de La Plata: Julito, Mónica, Sebastián, María Inés, Ulises, por los buenos momentos. A su director, Leonardo González, por creer que este libro merecía volver a editarse.

A Miguel Rep, por la generosa y brillante tapa del libro.

Índice

- 13 | **Prólogo a la segunda edición**
- 15 | **Prólogo a la primera edición**
- 17 | **Cronología de Osvaldo Bayer**

- 31 | Rogelio García Lupo
- 33 | León Rozitchner
- 37 | Stella Calloni
- 43 | Juan Gelman
- 45 | Rodolfo Braceli
- 51 | Alberto Szpunberg
- 55 | Jorge Boccanera
- 61 | José Pablo Feinmann
- 63 | Felipe Pigna
- 65 | Omar López
- 71 | Juan Carlos Cena
- 75 | Carlos Aznárez
- 79 | Fernando «Pino» Solanas
- 83 | Eduardo Jozami
- 85 | Daniel De Santis
- 89 | Enrique Gorriarán Merlo
- 93 | Pablo Llonto
- 95 | Liliana López Foresi
- 99 | Eduardo «Tato» Pavlovsky
- 101 | Eduardo Anguita
- 105 | Ana María Ramb
- 111 | Francisco N. Juárez
- 113 | Miguel Mazzeo
- 117 | Daniel Campione
- 121 | Eduardo Luis Duhalde

- 125 | Inés Vázquez
- 131 | Ricardo Monner Sans
- 135 | Héctor Olivera
- 139 | «Pepe» Soriano
- 141 | Roberto «Tito» Cossa
- 143 | Roberto Suárez Samper
- 153 | Antonio Puigjané
- 155 | Carlos Cajade
- 157 | Miguel Rep
- 159 | Horacio González
- 161 | Marcelo Valko
- 165 | Julio Santucho
- 167 | Fanny Edelman
- 169 | Sergio Castro
- 173 | María Laura Fernández Berro
- 177 | Nestor Kohan
- 187 | Herman Schiller
- 191 | Guillermo Saccomanno
- 195 | Norman Briski
- 197 | Helen Zout
- 199 | Rubén Dri
- 203 | Gustavo Veiga
- 207 | Andrés Zerner
- 211 | Carlos «Calica» Ferrer
- 213 | Daniel Viglietti

- 217 | **Bibliografía y filmografía**

Prólogo a la segunda edición

Este trabajo vuelve a tomar vida gracias a que la Editorial de la Universidad de La Plata (Edulp) entiende que rescatar las figuras de personalidades de la cultura que han aportado a la defensa de la Democracia y los Derechos Humanos, es una tarea necesaria para la construcción político-cultural universitaria. También necesaria para que el alumnado y público en general, entienda que la esencia de la Universidad no es formar "académicos" cuyo egocentrismo los aísla del mundo real o los sitúa en una torre de marfil estéril, sino personas con conciencia social y capacidad crítica para transformar la sociedad en un lugar donde pueda existir la utopía, la libertad y la dignidad para todos.

Escribir sobre Osvaldo Bayer, analizar y releer sus obras literarias y periodísticas, siempre es un ejercicio que invita a reflexionar y meter los pies y las manos en el barro de la historia. No la oficial de los vencedores y dominantes, aquellos que con la espada y la cruz sembraron, durante siglos, miserias, dolor y muerte. Sino la de los desterrados, de las mentes y corazones de los pueblos oprimidos. Esos que el poder necesita invisibilizar para que su altruismo no se transforme en una herramienta de concientización y dignidad de las masas.

El poder nunca puede ser absoluto ni abarcar, ni controlar todo. Siempre surgen personajes nobles que resquebrajan el orden establecido y enseñan

que las conquistas de los sueños, de la libertad, son reales..., difíciles, pero reales. Y Osvaldo Bayer es uno de esos personajes.

En esta nueva edición del libro se sumaron otras voces para dejar su impresión sobre este socialista libertario. Voces que alumbran y muestran por qué el personaje homenajeado es un auténtico intelectual del pueblo, un hombre que ha dedicado toda su vida a despertar conciencias y transmitir la ética y el coraje civil como dos valores universales del verdadero Humanismo.

El maestro Bayer siempre sostiene que no es merecedor de tanto afecto y admiración. Que quienes lo merecen son los treinta mil detenidos-desaparecidos por la dictadura cívico-militar de 1976. Son Rodolfo Walsh, Paco Urondo, Haroldo Conti y otros tantos, asesinados por buscar la belleza de la palabra y la dignidad de los oprimidos. Son los miles de luchadores anónimos que día a día enfrentan las políticas de exclusión, miseria y muerte que producen los mercados capitalistas neocoloniales. No hay dudas de que todos ellos lo merezcan, pero ¿quién es el faro que ilumina estas historias y vidas para que no sean olvidadas?

En estos textos, el lector podrá encontrar un justo y merecido homenaje a la vida y obra de Osvaldo Bayer.

Julio Ferrer, marzo de 2011

Prólogo a la primera edición

Esta idea iba a acompañar al libro que realicé sobre la vida del legendario luchador: *Oswaldo Bayer Íntimo. Conversaciones con el Eterno Libertario*. Pero al ser mucho material me propuse dividirlo en dos partes. La segunda se transformaría en una especie de homenaje donde distintas voces alumbrarían a Bayer. Así nació este libro.

¿Por qué homenajear a Osvaldo? Una pregunta sencilla de responder: porque siempre estará con las masas oprimidas, explotadas, humilladas. Seguirá reivindicando a los de abajo. Seguirá demoliendo muros y cadenas. Seguirá iluminando los cuerpos de quienes protestaron y defendieron sus derechos y fueron masacrados por el poder de turno. Porque no tendrá piedad con los asesinos y verdugos del pueblo. Los seguirá descubriendo y desnudando ante la historia y la sociedad.

Reuní la palabra de hombres y mujeres que, en distintos matices, representan y forman parte de la historia socio-político-cultural del país y también de América Latina, para que hablan sobre la figura de Osvaldo Bayer.

Fue una tarea muy compleja –por sus actividades, falta de tiempo, viajes, compromisos–, pero ahí estuvieron: periodistas, escritores, dramaturgos, cineastas, actores, abogados, sacerdotes tercermundistas. Todos aceptaron y coincidieron con el mismo argumento: «¡Cómo no voy a escribir sobre Osval-

do!». Entonces llegué a la conclusión de que este socialista libertario era parte de sus vidas, de sus historias, de sus mundos. Por eso, en cada uno de los textos se podrán encontrar sentimientos de enorme y profundo valor: la amistad, la solidaridad, el compromiso, la lucha, los ideales, la utopía, la revolución.

Osvaldo Bayer es un «viejo» sabio que no le hace mucho caso al tema de la edad: él mantiene libre del pecado de la redención al espíritu rebelde e insobornable de su juventud, de aquella época cuando se intentaba –por diferentes medios– acabar las injusticias paridas del sistema capitalista perverso y asesino que condenaban y sometían al hombre; cambiarlas por un mundo donde las relaciones humanas se basaran en la solidaridad, el respeto mutuo, el trabajo como herramienta de libertad y fuente de dignidad, y las relaciones fraternas entre los pueblos hermanos.

Su vida combativa es una de las pocas que puede pulverizar la tesis que sostiene que cuando uno es joven es un revolucionario radical, y cuando es viejo se convierte en un burgués conservador. Sus míticos ochenta y uno años lo demuestran.

Simplemente, creo que produce sensaciones mucho más placenteras y reconfortantes transmitir esos sentimientos a esta figura emblemática, que goza del privilegio de ser amada y admirada de una manera tan bella y profunda, durante el vigor de su existencia. Estas voces, rebeldes y soñadoras son el abrazo fraterno y libertario para el Maestro Osvaldo Bayer.

Julio Ferrer, mayo de 2008

Cronología de Osvaldo Bayer

1927

Osvaldo Bayer nace el 18 de febrero de 1927 en Santa Fe. A los cuarenta días, junto con sus padres y sus hermanos Rodolfo y Franz se trasladan a Tucumán, donde vivirán cuatro años.

En 1931, cuatro años después, la familia Bayer se mudará a Bernal, cerca de Quilmes, provincia de Buenos Aires, para finalmente, ya cumplidos los seis años de Osvaldo, instalarse en el barrio de Belgrano, en la Capital Federal, al cual retornará en 1983.

Vive una infancia tranquila y feliz, y desde pequeño su padre lo introduce en el mundo de la literatura, trayéndole primero libros infantiles y luego de aventuras: Alejandro Dumas y Julio Verne, entre otros. Se convierte así en un precoz y ávido lector y escritor: a los ocho años escribe un cuento largo llamado *Tizón*, sobre las aventuras de un negrito esclavo en la Buenos Aires colonial.

En 1936, a los nueve años de edad, Osvaldo se interesa vivamente por la Guerra Civil Española. Estando en la escuela primaria, lee el diario todos los días para mantenerse al tanto de los terribles acontecimientos. Conversa sobre este tema con su padre y sus hermanos, y todos están a favor de los republicanos. Cuando triunfa el fascista Franco, a quien

Oswaldo siempre llamó el «fusilador de poetas», conoce y habla animadamente con los exiliados españoles en los cafés de la Avenida de Mayo. Al niño lo impactan profundamente la llegada del músico Manuel de Falla y sus declaraciones por radio.

La influencia de su padre, un socialista que siempre remarca el término libertad, lo forma en las ideas libertarias.

Excelente alumno, realiza el secundario en el colegio Manuel Belgrano. Rinde libres las materias de cuarto y de quinto año. Por entonces, se entusiasma mucho con sus escritores preferidos: Goethe, Hölderlin, Erich María Remarque, el pacifista, Dostoievsky, Tolstoi, Chejov, y uno de sus libros más leídos es *Allá lejos y hace tiempo* de Hudson.

En esa época consigue su primer empleo, en una oficina de seguros alemanes de Horst Ritter, al que sigue toda una diversidad de ocupaciones: trabaja en la Asociación de Jubilados de Correos y, durante el verano, deja esta ocupación para convertirse en bañero-salvavidas en el club Correos y Telégrafos.

A los dieciocho años cumple con el servicio militar obligatorio, estando un año y medio en el Regimiento 1.º de Infantería, en Palermo, destinado a una brigada de castigo, dedicada a limpieza, barrido y encerrado de pisos.

1950

Inicia sus estudios universitarios. Su vocación es estudiar filosofía, pero se dice: «antes que el alma tengo que saber primero lo que es el cuerpo» y, por eso, decide estudiar el primer año de Medicina, con las materias Anatomía descriptiva e Histología.

Luego comienza la carrera de Filosofía, en los tiempos del primer peronismo. Son años difíciles: Perón entrega Filosofía a la derecha católica. Y Oswaldo Bayer no quiere solo aprender Santo Tomás de Aquino, sino también el pensamiento de Kant, de Hegel, de Schopenhauer. Son épocas en que los patios de la facultad son dominados por el Centro de Estudiantes Universitarios (CEU), peronistas ultraderechistas, bajo el

mando de Jorge Cesasky, quien luego cometería el asesinato de una estudiante en la Madrid de Franco.

Por entonces, tiene otra experiencia injusta con el primer peronismo: siendo marinero aprendiz, timonel en el buque *Madrid* en el río Paraná, labor que aprecia porque le da tiempo para estudiar y leer, lo dejan cesante –junto a cientos de trabajadores– por participar en la huelga marítima declarada democráticamente en asamblea supervisada por inspectores del Ministerio de Trabajo y Previsión. Bayer es incluido en una lista negra y no puede volver a navegar.

1952

Decide irse a estudiar a Alemania, resultando esta una de sus más ricas experiencias: «La experiencia alemana de posguerra fue muy profunda: las ciudades todavía estaban en ruinas y se comía muy poco. Recuerdo que yo comía solo dos panqueques por día, como todo alimento. Estábamos todos muy delgados. Y la juventud era muy idealista, quería cambiar el mundo. Como digo, yo ingresé en la Unión de Estudiantes Socialistas Alemanes, casi anarquista, muy cerca del socialismo libertario de Bakunin y Kropokin. Entre otros lo tuvimos como profesor a Willy Brandt quien luego llegaría a primer ministro. Pero cuando ya la Socialdemocracia empezó a irse a la derecha, nosotros nos hicimos cada vez más libertarios. Aprendí mucho. Ingresé en la carrera de historia, porque si bien quería estudiar filosofía me dije a mí mismo ‘antes de comenzar filosofía debo conocer la historia del hombre’. Y fue así que estudié historia. Además allí me uní a mi compañera de toda mi vida, Marlies Joos, nacida en Buenos Aires, con la que luego tendría cuatro hijos, tres varones y una niña: Udo, que es arquitecto; Cristian es ingeniero en construcción de barcos; Stefan es periodista y Ana, primero fue bailarina de ballet y ahora es actriz de teatro para niños y representa obras que ella misma escribe, y también es artista plástica».¹

¹ Ferrer, J. (2007). *Oswaldo Bayer íntimo. Conversaciones con el Eterno Libertario*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

1956-1958

Durante su estada en Alemania, colabora en las revistas argentinas *Continente* y *Buenos Aires Musical*. Luego de cuatro años en Europa resuelve volver a la Argentina. Le apasiona el periodismo y, por intermedio del periodista Rogelio García Lupo, su amigo de toda la vida, entra a la redacción del vespertino *Noticias Gráficas*, la cual estaba formada por poetas y escritores.

Tras casi dos años de trabajar en ese vespertino porteño, Bayer siente la necesidad de instalarse en la Patagonia, donde habían vivido sus padres. Por eso acepta la oferta de hacerse cargo del diario *Esquel*, en esa ciudad chubutense. Se traslada con toda su familia porque quiere vivir largos años en esa bella región. Comienza así un año muy agitado en la vida de Osvaldo Bayer.

Cuando se hace cargo del diario, surgen los primeros conflictos con su propietario, ya que empieza a escribir sobre los problemas sociales de la región. Meses después, un episodio pone fin a esa tensa relación: Bayer defiende a un plantador de nogales que sufre el atropello de los terratenientes de la zona y de la policía chubutense; por esa defensa, es dejado cesante. Entonces funda, en Esquel, el periódico *La Chispa*, bajo el lema: «Primer periódico independiente de la Patagonia. Contra el latifundio, contra la injusticia, contra el hambre». Pero esas páginas irritan a los poderosos de la zona. De alguna manera hay que silenciarlas. La Gendarmería lleva a cabo el operativo y se le dan a Bayer veinticuatro horas para abandonar definitivamente la región. Antes va a ser detenido por la policía local, acusado de «doble tentativa de homicidio». Cargo que, luego se demostrará, es absolutamente falso. Finalmente, él y su familia regresan a Buenos Aires. Mientras tanto, el episodio ha sido conocido en todo el país, ya que su amigo Rogelio García Lupo tiene una audición en cadena desde Radio Belgrano, con varias estaciones de las provincias. Y en esas transmisiones el periodista porteño denuncia la injusticia cometida con Bayer.

1959

En enero, ingresa a la redacción del diario *Clarín*, donde trabaja quince años. Es compañero, allí, de los legendarios poetas Raúl González Tuñón y Francisco Paco Urondo.

A los pocos meses, el gremio periodístico lo elige secretario general del Sindicato de Prensa. Una experiencia vital donde aprende bien lo que es la vida gremial, con todos sus ramajes políticos y sus juegos de posiciones. Realiza la primera huelga en la historia de la redacción de *Clarín*.

1960

Siendo secretario general del Sindicato de Prensa viaja a Cuba, con una delegación argentina, invitado por el gobierno de la isla a participar del primer aniversario de la revolución. Entre otras actividades, realiza una entrevista al comandante Ernesto «Che» Guevara.

Como dirigente sindical realiza numerosos viajes por América Latina y por países europeos para asistir a congresos y pronunciar conferencias. Luego de ejercerlo durante dos períodos, renuncia al cargo sindical para dedicarse más al periodismo y a la investigación histórica, que siempre fue su pasión.

1963

Es invitado a una conferencia en una biblioteca pública de la localidad bonaerense de Coronel Rauch. En ella, revela la verdadera imagen del militar que le da nombre al lugar: contratado por Rivadavia, en el decreto de su nombramiento, de 1826, dice: «Se contrata al coronel Rauch para eliminar a los indios ranqueles». Bayer propone a la ciudad cambiar su nombre por el de Arbolito, quien fue el indio que ajustició a Rauch. En una ironía de la historia, en ese momento el ministro del interior es el general Juan Enrique Rauch, bisnieto del genocida prusiano. Obviamente, el pedido de cambiar el nombre de esa localidad no prospera. Pero las consecuencias no terminan allí. Fracasado el proyecto, Bayer regresa a su hogar donde espera una desagradable sorpresa: las «fuerzas

del orden» lo detienen durante cuarenta y ocho horas en el Departamento Central de Policía y luego es trasladado a la cárcel de mujeres donde permanecerá preso durante dos meses y tres días.

1964-1967

Además del trabajo en *Clarín*, Bayer dirige el semanario semanal *Imagen*. Colabora en la revista *Todo es Historia*, dirigida por el historiador Félix Luna. Allí publica los primeros resultados de su investigación sobre la matanza de obreros en el sur argentino en 1921 (estos artículos serán el inicio de lo que a posteriori se convertirá en su libro *La Patagonia rebelde*). En esta revista, dedicada al relato y a la revisión de temas nacionales e internacionales, publicará también sus trabajos de investigación realizados entre 1967 y 1971: *Palomar: el negociado que conmovió un régimen*; *La tragedia de la Rosales*; *Simón Radowitsky, ¿mártir o asesino?*; *El fin del último corsario: tragedia y supervivencia del Graf Spee*; *Los vengadores de la Patagonia trágica*; *Di Giovanni, el idealista de la violencia*; *Los anarquistas expropiadores* y *La masacre de Jacinto Aráuz*.

1969

Muere el fundador y director del diario *Clarín*, Roberto Noble, y su viuda, Ernestina Herrera, pasa a ocupar su lugar. Los drásticos cambios ideológicos no se hacen esperar, las nuevas figuras dominantes del matutino son gente del frigerismo: Oscar Camilión —quien más adelante sería ministro de la dictadura militar «de la desaparición de personas» y, posteriormente, de la década menemista— y Octavio Frigerio, hijo del desarrollista Rogelio. Comienzan las censuras a sus artículos. Lo trasladan de la sección «Política y Fuerzas Armadas» al suplemento cultural, al cual rebautiza como *Clarín, cultura y nación*. Nombre que conserva por años.

1970

La editorial Galerna publica su primer libro: *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. Este ensayo irrumpe en un contexto donde el poder de la repre-

sión y la violencia institucional ahogaba a distintos sectores populares, generando así la elección de un método para combatir a las clases dominantes: la lucha armada. Y esta biografía sobre Severino tenía mucho que ver con el debate sobre la violencia. La tesis de Bayer sobre este anarquista expropiador plantea cómo un hombre con fuertes valores morales, espirituales y de lucha incondicional por los demás, podía perderse en la violencia.

1972

Editorial Galerna de Buenos Aires publica los tomos I y II de *Los Vengadores de la Patagonia Trágica* (*Los bandoleros y La masacre*). Es el comienzo de su obra mítica: la crónica de aquella épica huelga de los obreros rurales que terminó con los fusilamientos de más de mil trabajadores a manos del Ejército, bajo la responsabilidad del presidente Yrigoyen.

El 29 de marzo se estrena en Buenos Aires la película *La Maffia*, sobre un libro de Osvaldo Bayer y José Dominiani.

1973

El presidente provisional Lastiri —yerno de José López Rega— agudiza la represión cultural del país aprobando un decreto por el cual se prohíbe, entre otros autores y obras, a Bayer y su *Severino Di Giovanni*.

En el diario *Clarín*, Octavio Frigerio se niega sistemáticamente a publicar sus notas. En ese contexto hostil, el 15 de diciembre de 1973 es expulsado del matutino, dando por finalizada una etapa de quince años de frondoso oficio periodístico.

1974

Editorial Galerna de Buenos Aires publica el tomo III de *La Patagonia rebelde* (*Los vengadores*).

El 13 de junio se estrena en Buenos Aires *La Patagonia rebelde*, con dirección de Héctor Olivera. El guión, de Osvaldo Bayer, Fernando Ayala y Héctor Olivera, se escribe en base al libro *Los vengadores de la Patagonia trágica*. Gana el Oso de Plata del Festival de Berlín.

La película sigue exhibiéndose en las salas del país hasta el 12 de octubre de 1974. Ese mismo día, es prohibida por el jefe de la censura, Manuel Tato. Se profundiza el terror estatal: Osvaldo Bayer como todos los integrantes de la película son incluidos en una lista de condenados a muerte por la Triple A.

1975

La Editorial Galerna de Buenos Aires publica *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*, que incluye «Radowitzky, ¿mártir o asesino?» y «La Rosales, una tragedia argentina». Libro que también será prohibido por orden de Isabel Perón.

La persecución se vuelve cada vez más peligrosa, razón por la que Bayer junto con su familia decide salir del país. Vive un año en Essen (Alemania).

1976

Ante el llamado a elecciones de Isabel Perón, Bayer vuelve en febrero, expectante por una nueva apertura democrática.

El 24 de marzo de 1976 se produce el golpe militar más sangriento de la historia argentina. Recrudescen las persecuciones, los secuestros, las torturas, los asesinatos y las desapariciones de miles de ciudadanos. Osvaldo Bayer finalmente puede salir del país en junio de 1976, por medio de la embajada alemana. Empezaría un exilio de ocho años.

1977

El tomo IV de *La Patagonia rebelde (El vindicador)* es editado en Alemania. En él se expresa que «ha sido la primera vez que una obra histórica argentina, para ser completada, tuvo que ser editada en el extranjero».

1976–1983

Osvaldo Bayer, estando en el exilio —como gran cantidad de intelectuales y otros militantes del campo popular— recorre toda Europa, México y Venezuela, y participa en campañas de denuncia de las violaciones a los

derechos humanos, por parte de la dictadura militar argentina, en conferencias, periódicos, congresos de derechos humanos y seminarios.

1983

Con la restitución de la democracia, Bayer vuelve a Buenos Aires. Este viaje de regreso del exilio es filmado por la televisión alemana y se origina así el film *Cuarentena, Exilio y Regreso*. Pero la política cerrada para con los exiliados del nuevo presidente democrático, el radical Raúl Alfonsín lo desilusiona profundamente: a quienes retornan del ostracismo no se les brinda ninguna oportunidad ni ofertas laborales. La «intelectualidad oficial» los desprecia.

Escribe el guión de *Todo es ausencia*, primer film sobre las Madres de Plaza de Mayo. Realizada en España bajo la dirección de Rodolfo Kuhn.

1984

La editorial Legasa de Buenos Aires publica *Exilio*, un ensayo escrito en colaboración con el poeta argentino Juan Gelman.

Recibe el premio Konex, diploma al mérito, en la categoría testimonial, otorgado por la Fundación Konex de Buenos Aires.

Empieza a escribir en el *Periódico de las Madres de Plaza de Mayo*, en la sección denominada *Ventana a la Plaza de Mayo*.

1987

Comienza a colaborar en el diario *Página/12*.

Escribe el guión del documental de coproducción argentino-alemana *Juan, como si nada hubiera pasado*, la historia del único desaparecido en la ciudad andina de Bariloche. El documental no se estrena comercialmente en Argentina.

1989

Es guionista de *La amiga* y de *Amor América*, ambas coproducciones argentino-alemanas.

1990

La Editorial Sudamericana publica su investigación *Fútbol argentino*, historia de ese popular deporte desde su principio.

Escribe el guión de la coproducción argentino-alemana *Elizabeth*.

El 19 de abril se estrena en Buenos Aires el film *Fútbol argentino*, con dirección de Víctor Dínenzon y guión de Osvaldo Bayer.

1991

Es guionista de *El vindicador*, producción alemana dirigida por Frieder Wagner.

1992

Escribe el guión de la producción alemana *Panteón Militar*, dirigida por Wolfgang Landgraeber.

1993

Aparece en Buenos Aires su libro de ensayos *Rebeldía y esperanza* (Grupo Editorial Zeta).

1994

Es designado profesor honorario titular de la Cátedra Libre de Derechos Humanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Invita a sus clases a obreros, a desocupados, a todas las personas expulsadas por el sistema dominante y opresor, para tratar las distintas problemáticas sociales del pueblo –como la tenencia de tierras, piqueteros, violencia en el fútbol–, contando siempre en su cátedra con la presencia de los protagonistas reales de las mismas.

1995

El 29 de septiembre se estrena en Buenos Aires la película *Jaime de Nevares, último viaje*, con textos de Osvaldo Bayer, Carmen Guarini y Ernesto Lamas.

1997

Recibe, de parte de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, el premio «Veinte años juntos».

Ese mismo año enferma de cáncer. Los médicos que lo atienden le pronostican una expectativa de vida de solo tres meses. Lejos de darse por vencido, se avoca al trabajo con más fuerza. Concluye, entre otros proyectos, la novela *Rainer y Minou*.

1998

Editorial Planeta reedita *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*.

En Buenos Aires, el 22 de abril, se estrena *Soriano*, film testimonial sobre el escritor y periodista Osvaldo Soriano, en el que participa como entrevistado.

1999

La editorial Vergara publica en Buenos Aires su ensayo *En camino al paraíso*. Actúa en la película *Ángel, la diva y yo*, con dirección de Pablo Nisenson y guión de José Pablo Feinmann.

2000

Participa como entrevistado en el documental sobre Jorge Luis Borges, dirigido por Eduardo Montes Bradley, estrenado en Buenos Aires el 14 de septiembre.

Recibe el título de doctor honoris causa de la Universidad del Comahue, en Neuquén.

2001

Editorial Planeta de Buenos Aires publica su primera novela *Rainer y Minou*, que cuenta la historia verídica del amor maldito entre Rainer, hijo de uno de los verdugos más terribles de Auschwitz, y Minou, una joven judía, cuya familia ha escapado del nazismo. Ambos fueron parte de la vida de Bayer. Los conoció en los primeros tiempos de su exilio en Alemania. Y fue testigo de esa pasión, condenada de antemano, entre la hija de las víctimas y el hijo

de los victimarios. La relación entre Rainer y Minou muestra las consecuencias que dejó una de las mayores tragedias del siglo XX: la culpa, el silencio, la memoria, la imposibilidad de la reconciliación y del olvido.

En Río Gallegos recibe el doctorado honoris causa de la Universidad Austral. El 8 de noviembre se estrena en Buenos Aires *Los cuentos del timonel*, documental sobre Osvaldo Bayer dirigido por Eduardo Montes Bradley.

2002

Participa como entrevistado del documental *Cortázar: apuntes para un documental*, dirigido por Eduardo Montes Bradley.

2003

En el mes de abril, la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires le otorga el grado de doctor honoris causa por su trayectoria en el campo de los derechos humanos, la literatura y el periodismo.

2004

En el mes de julio es declarado Huésped de Honor por la Universidad Nacional del Litoral.

En octubre, el mismo médico que lo desahució en 1997 por el cáncer que padecía, le anuncia por teléfono que la enfermedad ha muerto.

Movido por su constante preocupación por la invisibilización de los pueblos originarios, en septiembre funda, junto a esas comunidades, la Asociación Awka Liwen (Rebelde Amanecer), cuya primera acción es reclamar el traslado del monumento del genocida Julio Argentino Roca de su actual emplazamiento en la ciudad de Buenos Aires a la estancia La Larga y, en su lugar, erigir el Monumento a la Mujer Originaria y a la Mujer Inmigrante.

2005

En el mes de noviembre, Osvaldo Bayer es declarado Ciudadano Ilustre de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

2006

Es nombrado doctor honoris causa por las Universidades de Salta y San Luis.

2007

El Concejo Municipal de su ciudad natal, Santa Fe, lo declara Santafesino Ilustre. Por su parte, la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba, le da el título de Historiador sobresaliente.

El Instituto Nacional contra la Discriminación (INADI), lo distingue con el premio 2007 «por su dedicación a la reivindicación de los Derechos de los Pueblos Originarios».

2008

La Presidenta de la Nación, Cristina Fernández, le hace entrega del Premio Azucena Villaflor (una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo, asesinada por la última dictadura cívico-militar), por su trayectoria y defensa de los derechos humanos y la democracia.

2010

Se estrena la película *Awka Liwen* (Rebelde Amanecer) donde Bayer coordina la investigación y realiza el guión cinematográfico. El documental denuncia las matanzas de aborígenes y el robo de sus tierras ancestrales. Declarada de interés general por la Presidencia de la Nación.

Bayer: los principios

Rogelio García Lupo*

Hay una versión según la cual quien empujó a Osvaldo Bayer al periodismo fui yo. Es una versión difícil de desmentir porque la difunde el propio Osvaldo Bayer. Varias veces he tratado de normalizar ese detalle histórico, pero no he tenido éxito, aunque estoy dispuesto a insistir.

Con Osvaldo nos conocimos por carta, cuando ya se había establecido en Alemania, en los primeros años de los cincuenta. Rodolfo, su hermano, se había relacionado conmigo por mediación del doctor Eliseo Huergo, con quien él trabajaba en la Oficina Química Municipal. Un hijo del doctor Huergo era mi amigo de infancia, de manera que respondí positivamente cuando Rodolfo Bayer me dijo que su hermano necesitaba acreditarse como periodista para asistir a las funciones del Festival de Cine de Berlín.

Osvaldo Bayer ya era periodista.

* Nació en Buenos Aires, en 1931. Es periodista desde los 21. En 1959 fundó en Cuba Revolucionaria, junto a Rodolfo Walsh y Jorge Masetti, entre otros, *Prensa Latina*. Desde 1959 hasta 1973 se desempeñó como corresponsal en Buenos Aires del semanario *Marcha del Uruguay*. Durante la década del 60' fue editor y asesor de la editorial Jorge Álvarez. En 1970 trabajó como redactor internacional en la revista *Primera Plana*, pero como su actividad profesional como periodista estaba interdicta, firmaba sus notas con el seudónimo «Benjamín Venegas». En 1973 asumió como Director Ejecutivo de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). Entre 1982 y 1986 fue corresponsal de *El Nacional* de Caracas y, desde 1982, de *Tiempo* de Madrid. En la actualidad escribe para *Clarín*. Libros publicados: *La Rebelión de los generales* (1962); *Contra la ocupación extranjera* (1968); *Mercenarios y Monopolios en la Argentina —de Onganía a Lanusse—* (1971); *Diplomacia secreta y rendición incondicional* (1982); *Paraguay de Stroessner* (1989); *Últimas noticias de Perón y su tiempo* (2006); *Últimas noticias de Fidel Castro y el Che* (2007).

Escribía crónicas cinematográficas en el diario *Die Welt*, de Hamburgo y, aunque estaba inclinado hacia el cine, el periodismo ya lo había mordido para siempre.

¿Por qué Osvaldo Bayer afirma que yo lo lancé al precipicio del periodismo?

Porque mi intervención para que sus notas se publicaran en Buenos Aires determinó que Osvaldo dejara de ser periodista alemán para convertirse en uno de los grandes periodistas argentinos de la segunda mitad del siglo veinte.

Mi correspondencia con él durante esos años tiene varias particularidades de la época, comenzando porque nos tratábamos de usted a pesar de que apenas habíamos sobrepasado los veinte años. Para que obtuviera su credencial en el Festival de Berlín le encontré refugio en la revista de arte *Continente*, donde yo me inicié como periodista en 1952. Osvaldo se hizo colaborador regular de *Continente*, que aparecía una vez por mes. Y como corresponsal de la revista, renovó regularmente su credencial de periodista extranjero residente en Berlín. Escribía metódicamente para la revista pero en alguna ocasión, por cuestiones técnicas, alguna nota suya no fue incluida y, al quedar libre, pude ofrecerla a otras publicaciones. Así fue como ingresó como corresponsal en la revista *Gente de Cine*, que dirigía Roland, a la revista *Capricornio*, de Bernardo Kordon, y a *Buenos Aires Musical*, el periódico de Enzo Valenti Ferro.

En el verano de 1955 viajó a Buenos Aires pero no pudimos encontrarnos porque yo estaba preso, de manera que nuestra relación continuó a través del correo. Ese mismo año, cuando yo ocupé la secretaría del vespertino *Noticias Gráficas*, él empezó su vinculación como corresponsal del mismo diario desde Alemania.

Osvaldo Bayer ha sido leal a sus pasiones de juventud –el periodismo, el cine, la historia–, a su amor por Marlies y a su estilo frontal de participar en la vida pública de la Argentina, ese país que se lo disputó con la Alemania de posguerra.

Para Osvaldo

León Rozitchner*

¿Homenajear a Osvaldo? Podríamos decir tantas cosas sobre las que aportó con su rebeldía de escritor y de anarquista consecuente y de hombre amante. Bastaría solo una: si no hubiera existido Osvaldo Bayer la historia de la Patagonia hubiera sido distinta. Es imposible ya mencionarla como esa amplia porción de tierra desolada y empobrecida antes de que él la vivificara y enriqueciera con la rebeldía de tantos hombres y nombres, que recupera al describirla como un lugar donde también se luchó por recobrar, desde la humildad, la dignidad de la persona. Pero también pensamos si hoy hubieran existido, sin Osvaldo, tantos hombres y mujeres que por su escritura sintieron reverdecir el coraje que él les ha transmitido: el de descubrir tenazmente la verdad –poder sentirla, imaginarla y hasta verla– frente a tanta mentira que deforma la historia, esa dignidad arrasada que la soberbia impune de los poderosos encubre.

Bayer escribe la historia de los vencidos, pero de los que fueron vencidos porque lucharon: lo hace para que sepamos que no lo hicieron en vano. Va a animar esas figuras nobles y valientes que la historia oficial encubre y falsea

* Nació en Chivilcoy, Buenos Aires, 1924. Realizó su secundario en el Colegio Nacional «Manuel Belgrano», Buenos Aires. Estudió Humanidades en la Universidad de París-Sorbonne, Francia, donde se graduó como Licencié-ès-Lettres, mención «Filosofía» en 1952. Junto con David Viñas, Oscar Masotta y Noé Jitrik, trabajó en la revista *Contorno*. Profesor de la Universidad de Buenos Aires, entre sus numerosas obras sobresalen *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972), *Las Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia* (1985), *Entre la sangre y el tiempo-Lo inconsciente y la política* (1985) y *La Cosa y la Cruz* (1997).

luego de que la cobardía las aniquilara, porque necesita que sepamos todos que la historia tiene la intensidad de los que no se rinden y que, por eso, es historia humana. Por él ese pasado ha sido conocido, se lo ha rescatado y nos anima: se ha hecho presente vivo.

El exterminio que los asesinos ejecutan es el intento frustrado de despojar a la historia de su mejor pedazo de heroicidad acallada. Osvaldo ha vuelto a dar vida a muchos hombres nobles, que el anonimato impuesto por los vencedores creía haber borrado al aniquilarlos de la historia, y sirvió para que algunos nombres ilustres muestren su interior agusanado, aunque –uniformados y entorchados– sigan sentados en sus caballos de bronce.

Escribe la historia para ampliar el «nunca más» cercano: el deseo de que el terror que desde hace mucho tiempo barre con los mejores hombres y mujeres no se repita. Bayer escribe la historia para que aprendamos las dificultades, las traiciones, las acechanzas que amenazan a toda rebeldía. Y para hacerlo tuvo que reconstruir –pasión, paciencia y sabiduría– los hechos dispersos, los fragmentos que el poder hizo estallar para que no dejaran rastros. Esos rastros que tenaz y amorosamente fue a buscar en lo desierto para darles nueva vida con la suya. Reconforta saber que formamos parte de una generación de hombres como Osvaldo. Para que, remedando palabras que nos siguen resonando desde hace más tiempo, el peso de las generaciones muertas no siga oprimiendo como una pesadilla el cerebro de los vivos; para que mantengamos despiertos nuestros anhelos y estemos alertas y pensantes en las vigiliass que el pensamiento de Bayer nos ha abierto.

Carta a Osvaldo Bayer sobre su novela

De su novela y de sus libros

De su novela, le dije y escribí sobre ella:

Descrito, en ocasión del encuentro de un hombre y una mujer, en la experiencia amorosa mínima de dos seres, la máxima tragedia inconmensurable de

nuestra época, lo implacable del destino que nos separa y nos une. Y la imposibilidad de conciliar lo contradictorio, no ya lógico sino encarnado. Me sorprendía la sabiduría de ir abriendo desde allí, (en algo que para vos, de cultura cristiana y atea, debía ser más distante, como fue el aniquilamiento alemán de los judíos), también el fondo oscuro de todos los aniquilamientos humanos de nuestra época, sobre todo el que vivimos en la Argentina. Ya no desde los aniquilados, cuyos rostros y restos desaparecieron para siempre, ni de los sobrevivientes, ni tampoco desde los asesinos, ajusticiados o vivos. Se trata en tu libro de la herencia, de los hijos, de los que fueron (¿fuimos?) engendrados por esos padres y en los cuales la densidad de la tragedia se prolonga más allá de quienes la produjeron. ¿Qué hacer con la herencia, con ese pasado tan horrendo que fue el nuestro? ¿Qué hacer como hijos de esta época de horror infinito? ¿Cómo enfrentar la vida después de Auschwitz y de la Escuela de Mecánica de la Armada? No ya como Adorno, que pensaba que después de Auschwitz no se podía escribir más poesía, sino algo mucho más elemental e indecible: ¿es posible simplemente vivir la vida, la buena vida que proclaman los demócratas y los socialdemócratas, a partir del genocidio? ¿Qué hacer, no ya con los asesinos y los desaparecidos, sino con quienes fueron (¿fuimos?) engendrados y prolongan en los granos menudos de la propia carne, que también es ajena, las marcas imborrables de la muerte que viene dada por la mano del hombre?

Se trata de cualquiera de nosotros. Eso es lo que me parece que plantea tu libro. Creo que hasta tu estilo, simple y descriptivo, sin ninguna pretensión literaria, es el único que puede emplearse para narrar una tragedia semejante. El mínimo intento de dejar traslucir siquiera una intención estética traicionaría la limpidez del relato con un aderezo obsceno, desviaría la potencia «inocente» del *racconto*. En eso también fuiste entero. Me parece que el libro expresa la experiencia más profunda y decantada de tu vida. Y por eso penetra, irrefrenable, en la de cada uno de nosotros. Había que tener el coraje de tolerar la cercanía más dolorosa para escribirlo. Y por todo esto, Osvaldo, abris también en mí una deuda que la escritura deja planteada como un desafío, que a través de la tuya señala una distancia que todavía no fue traspasada por la mía, pero porque vos pudiste. Ahora si puedo decirte: feliz año nuevo.

Has terminado bien el siglo. Nos espera, desde otro punto de partida, el nuevo que se inicia.

Quisiera recordar –porque es complemento de un historiador que muestra en la descripción de los personajes la penetración y la agudeza con que anima a los actores no solo desde la descripción externa y su participación en acontecimientos colectivos y sociales, sino desde los vericuetos de la compleja trama de sentidos– que lo imaginario, el afecto y el pensamiento anudan en el cuerpo de hombres y mujeres que participan de la historia: llegar con su comprensión hasta el hueso y estrujar la carne para decir la verdad que la intimidad elabora en cada personaje.

Saber si esta historia real y al mismo tiempo mítica no contiene en su actualidad la presencia viva de todas nuestras tragedias humanas para los hijos, que lo somos todos, del desencuentro milenario entre el hombre y la mujer, donde las figuras de la culpa y el reproche, de los muertos que asedian como una pesadilla el cerebro de los hombres, no fueran el trasfondo de todo encuentro humano.

Oswaldo Bayer: un espejo de integridad

Stella Calloni*

Miro a Oswaldo Bayer que entrecierra los ojos y trata de disimular el cansancio de una serie de actividades, donde estuvo rodeado por cientos de jóvenes ávidos de saber por boca del maestro. Su perfil lo dice todo.

Ese hombre que viaja a mi lado, en un micro que viene de Rosario a Buenos Aires, escritor, periodista, luchador por los derechos humanos, tiene una expresión dulce y pacífica que define siempre al gesto de la humildad.

Entonces rememoro algunos de sus textos. Mirados en conjunto, esos textos urdidos con palabras siempre enredadas en un marco filosófico y dialéctico, increíblemente expresado con la sencillez de la sabiduría que desestima el lenguaje falsamente erudito, nos muestran la enorme diversidad de sus expresiones.

En esos textos Bayer parte desde hechos cotidianos, va hacia la historia, la trae al presente, la revive en la realidad que él camina cada día como un ob-

* Periodista y escritora. Entre otras distinciones, Premio Latinoamericano de Periodismo José Martí (1986). Fue corresponsal en países en guerra, en América Central y otras regiones; se especializó en política internacional, editora y directora de revistas de esa temática. Ha publicado cuentos y poemas en diversas revistas de América Latina. Es corresponsal en América del Sur, con sede en Buenos Aires, del periódico *La Jornada de México*.

En su vasta obra publicada se incluyen crónicas, ensayos y testimonios, como: *Torrijos y el Canal de Panamá* (Argentina, 1975); *Nicaragua, el Tercer día* (Argentina, 1986/Uruguay, 1987); *Panamá, pequeña Hiroshima* (México, 1992); *La invasión a Irak, guerra imperial y resistencia* (Argentina, 2002); *América Latina Siglo XXI. Recolonización o Independencia* (con Víctor Ego Ducrot, Argentina, 2004); *Operación Cóndor, Pacto Criminal* (Cuba, 2005) y *Evo en la mira* (Argentina 2009), entre otros. En poesía ha escrito: *Los Subverdes* (Argentina, 1975); *Cartas a Leroi Jones* (Panamá, 1983); *Poemas de trashumante* (1998) y *El Hombre que fue Yacaré* (1998).

servador constante y meticuloso pero profundamente afectivo, como un intenso amante de los reclamos de la humanidad y de sociedades en luces o en penumbras. ¿Cuántos son los escritores que pueden escribir obras de tal magnitud como sus textos sobre la Patagonia, su novela (*Rainer y Minou*) y esas columnas tan vitalmente humanísimas que van desde sus impresiones en un tren que marcha de Constitución a Quilmes, a los fusilamientos en el sur, a la persecución de las comunidades indígenas, al dolor de perderlo todo, a los rastros de un país, donde él va anotando cada una de las resistencias, que vistas en su conjunto hacen reverdecer las esperanzas y abandonar los nihilismos decadentes?

En el tren en que viaja a Quilmes mira a su alrededor y lo ve «todo sucio, todo roto, todo triste» algo que lo lleva a la infancia ya lejana, cuando el viajaba de Bernal a Buenos Aires y todo era «verde, todo limpio, la gente vestida de domingo, las estaciones blanqueadas».

Ve el viejo país que fue demolido por dictaduras militares y económicas. «Setenta años después voy hacia el fin. Todo es mamarracho. De Constitución a Quilmes suben veintitrés vendedores ambulantes. Desde la Virgen Desatanudos a libros para interpretar sueños, desde panchos a tijeras por un peso. Van, vienen. Conforman como un coro. El canillita grita que está por salir Menem en libertad. Es una pobreza-miseria, mísera, miserable» («Nosotros, los argentinos»). Y baja del tren y en su cabeza bullen las imágenes y a veces sus columnas escritas con cuidadosa gramática, pero con volcánica pasión, son un grito casi desesperado, un aullido que baja por nuestros cuerpos, de cierta manera acomodados al consumo y a otras miserias.

Bayer siempre nos toca, nos despierta, nos pone frente al espejo que se astilla muchas veces. Hay quienes no soportan la realidad, pero allí está ese muchacho de cabellera entrecana, de barba suave, de mirada escrutadora pero nunca violenta, como un pequeño héroe de la antisoberbia, desnudándola sabiamente, con el lenguaje claro y preciso, entendible para todos. Algo tan difícil de lograr en tiempos de vacíos culturales.

Y de aquel texto de su viaje, de sus eternos viajes, puede ir a otros sitios y volver a poner el dedo en ese territorio desconocido para la mayoría de los argentinos que es el extremo sur, la Patagonia. Siempre en el recuerdo, trayén-

dolo al presente, disparándolo al futuro: «Hace ochenta años, por las inmensidades patagónicas se escuchaba el eco de balazos. Se estaba fusilando a gente humilde. Los fusiladores eran soldados de Buenos Aires. Eran tiempos de Yrigoyen. A las peonadas se las fusilaba por huelguistas. Querían hacer cumplir un convenio firmado meses antes por el propio militar que ahora las fusilaba» («La larga marcha», *Página/12*, 18 de noviembre de 2001).

Revive lo olvidado. Es el dedo de la memoria más auténtica. En esa memoria también recoge al otro país que vive más allá de las desdichadas fronteras que impone la General Paz, y donde la inmensa y diversa Argentina desconocida del «interior» queda afuera, tan intensamente afuera, que nadie la quiere sentir suya.

Es imposible no señalar su fuerte decisión del no olvido, de ponernos frente al espejo de los más olvidados en cientos de textos como aquel «Los indios extranjeros del general Harguindeguy» (*Página/12*, 12 de agosto de 2006). Y nos recuerda que en el marco de todas estas debacles «hay seres humanos, los pueblos originarios que habitan en las pampas y bosques de nuestro país que, pese a toda la tragedia que han sufrido desde hace siglos, siguen luchando por sus derechos. Sí, los pueblos originarios.

En épocas donde todo se vende y se arrasan los bosques milenarios y las pampas llenas de pájaros, los pueblos que viven de hace siglos y que siempre cuidaron la naturaleza como si fuese el único paraíso —y esto lo dijo Humboldt y no yo—, siguen incansablemente luchando —poniendo el cuerpo y no las armas— por el derecho a vivir en sus tierras». Y entonces traza las similitudes con un pasado que creíamos terminado y recoge los dolores de los sufridos habitantes indígenas de El Chaco, de su soledad frente a nuevos gobernantes que, como en otros tiempos, siguen mirando a esas mujeres y hombres, tan nuestros, como extranjeros o de otro mundo que prefieren ignorar para no asumir sus desvergüenzas.

Y recuerda y saca del cajón de su memoria eterna y justiciera a Estanislao Zeballos de los tiempos del general (Julio) Roca, cuando en el parlamento, en plena Campaña del Desierto sostenía: «Se decía que estos indios debían ser tratados con arreglos a la civilización y a la humanidad, colocándolos bajo el amparo de las leyes que protegen a los habitantes de la república. Y yo debo decir

que si fueran considerados habitantes del territorio y como tales sometidos al rigor de las leyes, habría sido necesario pasarlos por las armas, fuera del amparo que la civilización y la humanidad otorgan a los buenos habitantes de un país».

Bayer define estas palabras con cargada ironía como «occidentales y cristianas» y cita sus referencias –en este caso– de Briones y Lenton. Desde allí pasa a recordar las políticas de las nuevas y viejas dictaduras y cita también al inefable general Albano Harguindeguy –el ministro del Interior de la Junta militar que presidía Jorge Rafael Videla– quien en el congreso del centenario del genocidio cometido por Roca, «realizado, claro está, en la ciudad rionegrina de General Roca, dijo que ‘la campaña del desierto logró expulsar al indio extranjero que invadía nuestras pampas’ y agregó frente a historiadores y profesores del sistema: ‘Difundan ustedes incansablemente las enseñanzas que la historia nos brinda, porque son ustedes los más indicados para conformar el espíritu nacional y tienen en este tema una fuente inagotable de inspiración’ (expresiones citadas por la antropóloga Briones)». Así lo escribe Bayer en su columna y entonces nos propone ese eterno viaje hacia el presente y es una invaluable cátedra como para aprender y aprehender; cada día de la continuidad y sistematización necesaria, la maravilla que resulta de desmontar las mentiras y las falsedades de una historia contada al revés. «¡Qué bruto, mi general! Usted justamente llama indios extranjeros a los que vivieron siempre en estas tierras que para ellos no tuvieron fronteras; usted, justo, de quien como yo, nuestros antepasados descendieron de los barcos. Usted los llama extranjeros. Además dice que lo que hizo Roca ‘tiene que servir de inagotable inspiración a nuestra civilización’. Se ve que aprendió bien, señor general, con la desaparición de personas.

Podríamos llenar tomos del racismo de estos ‘próceres positivistas’. Como Joaquín V. González, ministro de Roca, bien en 1913, en su discurso ante el Senado, dijo nada menos que ‘felizmente, las razas inferiores han sido excluidas de nuestro conjunto orgánico; por una razón o por otra, nosotros no tenemos indios en una cantidad apreciable, ni están incorporados a la vida social argentina’ (citado por Lenton)». Así nos cuenta la historia Bayer y ¿hay algo más que decir?

Pero sí. Hay algo más, y es contraponer esa maravillosa y obcecada permanencia de los pueblos olvidados que nunca se rinden, y ahí mismo hace su

recuento de esas luchas, de las marchas eternas de esos pies desnudos, obligados a tener una planta muy fuerte, casi de greda y madera para poder seguir andando. Y menciona al «Malón de la Paz» de 1946 y dice «qué hermoso nombre en comparación con las palabras de los que hemos citado a favor del genocidio de Roca». Y habla de los que piden sus tierras, de los que quieren simplemente seguir viviendo en una naturaleza viva, no muerta. La historia de la resistencia de los llamados pueblos originarios está siempre presente en lo que Bayer nos obliga a ver y mirar. Nos pone el espejo, no el que queremos «limpio» al estilo del general Roca, sino el espejo donde están asentadas las manos y los pies desnudos y descalzos. Aquí están, atrévase a mirarlos como son, nos dice Bayer con toda sencillez, como los sabios indígenas saben hablar.

Luego nos lleva a saltar hacia el mundo a encontrarnos con «Los Pilatos globalizados» (*Página/12*) los de las «bombas y el ácido nítrico».

Y lentamente va mostrando el revés de todas las tramas. «Los analistas hablan ahora de que fue un apoyo al hombre falso. Una equivocación que cuesta la salud del Imperio. Bin Laden fue hijo adoptivo y preferido. Y ahora hay que destruirlo. Para eso, la utilización de la confabulación y la mentira. El Imperio manejó los hilos y todos dijeron que sí. El gobierno alemán, por ejemplo, no repara en decir a todo que sí, ja, yes, oui. El Primer Ministro Schroeder, socialdemócrata, ha ido hasta las ruinas de las dos torres mellizas y ha llorado. Fue dramático». Está todo dicho para ser rápidamente entendido, sin confusión alguna en el lenguaje. Conciso y claro, todo se puede decir. O en aquella columna titulada: «El misil y la semilla» donde recuerda que «Unos construyen la bomba, otros plantan la semilla. Estados Unidos construyó la bomba y con sus ganancias construyó las torres de su poder. Pero el poder significa injusticia y la injusticia crea violencia. Y la bomba construida por el poder terminó por destruir sus torres. Es una constante y siempre será así pese a que se recen relamidas misas en el Obelisco. Se buscará el castigo de los desvergonzados y caerán inocentes y así nacerá la leyenda para los próximos que destruyan las torres» (*Página/12*, 15 de septiembre de 2001).

Y recorreremos de su mano el mundo ahora, hoy, las consecuencias atroces de esta guerra, los rostros del nuevo holocausto que pasa en TV ante los ojos

de una humanidad paralizada por los terrores bien sembrados del poder mundial, pero que el inexorable paso de la realidad va obligando a despertar. Esa realidad que Bayer tan bien nos transmite, tan visceral y racional a la vez, tan bellamente contada, para no dejarnos espacios de fuga o escape.

Hace un tiempo un joven de La Plata, Julio Ferrer, decidió trabajar sobre la figura de Osvaldo Bayer y él no dudó. No contó las hojas de las margaritas como muchos intelectuales, verdaderos o falsos, que nos rodean.

Nada mejor que un joven, quizás desconocido para los medios del poder, pero no para sus compañeros de luchas y tareas en la Plata, y tampoco para las Madres de Plaza de Mayo. Un joven que al paso de los días fue enamorándose más y más de esa figura, compartiendo momentos con ese hombre sabio, sencillo y siempre dispuesto al diálogo, montándose en autobuses para largos viajes, no despreciando reunión alguna, por más pequeña y lejana —en distancia— que se organice, porque sabe muy bien cómo la gota horada la piedra, porque lleva siglos anotados en su memoria siempre abierta y despierta. Porque no necesita lenguajes rebuscados ni habla para gozo intelectual, sino porque sabe que debe decir lo que bulle en su cabeza, tan bien habitada por los hombres de verdad, por mujeres como las Madres de Plaza de Mayo y las madres que luchan contra las guerras infames en el mundo, porque saben que de salvar a los hijos y a toda la humanidad se trata.

De ese Bayer quisiera hablar mucho tiempo, querido Julio Ferrer, pero solo tomo algunos datos de su prolífica historia como escritor y ser humano.

De este Osvaldo Bayer, que viajó conmigo desde Rosario aquel día y al que encuentro en muchos lugares comunes, siempre dispuesto a decir, pero también a escuchar. De ese muchacho de barbas blanquecinas y cabellos canos, que parece siempre un hombre de este mundo, un habitante que bebe en muchas amorosas y dolorosas fuentes. Y que cada día nos da algo de ese infinito mundo de todos, que teje y entreteje en su cabeza siempre iluminada como si tuviera un sol adentro, calentito y disparador de la imaginación sin límites.

Oswaldo Bayer*

Juan Gelman**

Con tenacidad, con inflexible honradez, Oswaldo Bayer construye el pasado del país.

De las vetas más profundas de una historia que tapan capas y capas de historias oficiales, Bayer extrae las joyas, casi siempre ensangrentadas, de nuestras luchas populares. Estamos demasiado cerca de él como para medir en toda su magnitud el aporte de Oswaldo a la memoria cívica nacional. Sin esa memoria no hay lucidez para encarar el presente y menos el futuro. Al construir el pasado, Oswaldo Bayer, en realidad, construye porvenir.

México, 30 de junio de 1999

* Este texto fue leído por Jorge Boccanera, junto a León Rozitchner en la Facultad de Ciencias Sociales de Buenos Aires, rindiendo homenaje a Oswaldo Bayer.

** Nació en Buenos Aires el 3 de mayo de 1930. Su obra está compuesta, entre otros títulos, por los libros de poesía: *Violín y otras cuestiones* (1956), *Gotán* (1962), *Cólera Buey* (1965), *Los poemas de Sydney West* (1969) y *Carta a mi madre* (1989). Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, holandés, sueco, checo, turco y portugués. Es autor de dos óperas (*La trampa general* y *La Bicicleta de la muerte*) y de varios discos (*Madrugada*, *Cuerpo que me querés*, *Fábulas*) con música de Juan Cedrón. Entre sus últimas creaciones están *En el hoy y mañana y ayer* (2000), *Valer la pena* (2001) y *País que fue, será* (2004). Desarrolló una intensa labor periodística, fue prosecretario de redacción de la revista *Panorama* (1970), secretario de redacción y director del suplemento cultural del diario *La Opinión* (1971-1973), secretario de redacción de la revista *Crisis* (1973-1974), jefe de redacción del periódico *Noticias* (1974) y director de la red latinoamericana de la Agencia de Noticias Inter Press Service (IPS) (1975-1976). Ha recibido el Premio Nacional de Poesía, Argentina 1997; el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe, Juan Rulfo, México 2000; el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, Chile 2005; el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, España 2005, y el Premio Cervantes 2007.

Bayer significa

Rodolfo Braceli*

Pregunta, para poner en remojo: alguien, en esta patria, ¿puede decir por la mañana, al levantarse, «soy de izquierda»?

Mientras madura el interrogante, vayamos viendo dónde estamos parados. Suponiendo que estemos parados, claro.

Bien entrados al siglo XXI, después de Cristo, somos habitantes de un agujero con forma de mapa, de un conato de país que milagrosamente conserva las nueve letras de su apellido: fue rifatizado; saqueado más que afanado desde

* Nació en 1940, en Luján de Cuyo, Mendoza. Poeta, ensayista, narrador, dramaturgo, periodista. Se inició profesionalmente en el diario *Los Andes*. Fue redactor en revistas muy diversas, entre ellas, *Gente*, *Siete Días*, *Playboy*, *Veintitrés*, *LNR* y *ADN* del diario *La Nación*. Varios de sus libros fueron traducidos al inglés, francés e italiano. Sus reportajes latinoamericanos se publicaron en veintitrés países y en nueve idiomas. Ganó el premio Pléyade (a la mejor nota del año 1996). Para el cine escribió y dirigió *Nicolino Intocable Locche*. Es profesor del Master (Periodismo y literatura) en las Universidades de Belgrano, Nacional de Cuyo y Siglo 21, de Córdoba. Su pieza teatral *Violeta viene a nacer* fue finalista de los premios ACE (1994). Por su libro *Y ahora la resucitada de la violenta Violeta* obtuvo el primer Premio Municipal de Teatro (Buenos Aires, 1990-1991). Algunas de sus obras publicadas son, en poesía: *Pautas enteras (prohibido y quemado)* (1962); *La conversación de los cuerpos* (1982); *Cuerpos abrasados* (1984); *La misa humana* (1998). Narrativa: *Padres nuestros que están en los cielos / Borgesperón* (novela, 1994). Teatro: *Federico García viene a nacer / Y ahora la resucitada de la Violenta Violeta* (1991); *El novio de la memoria* (2000). Biografías: *Julio Bocca, príncipe y mendigo* (biografía, 1995) *Mercedes Sosa, La negra* (biografía). Ensayo: *Fuera de contexto* (1991); *Caras, caritas y caretas* (1996); *Borges-Bioy Confesiones, confesiones* (1997); *Don Borges, saque su cuchillo porque...* (1998); *Argentinos en la cornisa* (1998); *Madre argentina hay una sola* (con Juan Andrés Braceli, 1999); *En qué creen los que sí creen* (2001); *De fútbol somos* (ensayo y ficción, 2001), *Perfume de Gol* (2008), *Escritores descalzos* (2010).

afuera; entregado obscenamente desde adentro; loteado al peor postor; en sus reservas energéticas, donado, donado sin asco. Por donde se lo mire, fue desangrado a rajacinchá; violado en sus vidas y en sus muertes al compás de una indiferencia civil que, por extendida, no disminuye, ni un gramo, la culpabilidad de los criminales asesinos. (La culpabilidad por asesinato no solo no prescribe: no se reparte, no se fracciona, no se licua por más que haya diferentes grados de responsabilidad y la cantidad sea cuantiosa).

Sabemos a esta altura, a fuerza de golpes de calamidad, que desde hace un buen rato no somos (nunca lo fuimos) los mejores del mundo. Pero encontramos consuelo cuando nos dicen y nos decimos que somos los más inexplicables del mundo. Aquí no quedaron ni los mástiles. Desgracia con suerte, aliviadora, porque ¿qué bandera hubiéramos izado?

Sigamos con el recuento de la civilizada barbarie: aquí hay un emporio de derechas y una manga de izquierdas, pero con una diferencia capital: las derechas son opciones camufladas en los grandes partidos, y desde siempre y hoy también muy cobijadas en una ancha franja de lo que todavía se denomina peronismo. Hay derechas que no lo parecen y hay derechas explícitas. Estas y aquellas tienen un rasgo común: siempre se juntan, no descansan ni en los días de guardar. Y guardan siempre.

En cuanto a las izquierdas de la izquierda: decir que esto es un archipiélago es una piadosa dulzura. No parece estar lejos el día en que algún bloque unipersonal se divida nomás serruchándose el cuerpo en mitades. Puede pasar. Aquí las izquierdas persisten en confundir estribillo con ideología. Entre la vanidad y el capricho, cada brote de izquierda se autodecapita antes, mucho antes de despuntar en fruto. La pavorosa capacidad para el temprano suicidio hace que las izquierdas de esta presunta izquierda nacional no necesiten de enemigos: les ahorran el trabajo.

En realidad nuestras izquierdas no mueren jóvenes, ni niñas. No pasan del presentimiento prenatal. Por eso, ni decir que son un archipiélago podemos. Son (somos) esquirlas de un sorete inodoro.

Así viene siendo. Pero quedarnos en la cómoda descripción, en la enumeración, sería una manera de consolidar esta apoteosis de la esterilidad. Sería, una

vez más, confundir cinismo con lucidez. El regodeo en la autocrítica solo nos sirve para distraernos en la pueril vanidad del alarde. La autoflagelación no es ni sirve como autocrítica.

Considerando este panorama, ¿qué significa Osvaldo Bayer aquí? Significa una excepción. Pero no una excepción que se consume en sí misma: es una excepción contagiosa. Porque si contagioso es el bostezo y es la indiferencia y es el miedo y es la corrupción, también puede ser contagioso el compromiso que no se queda en las nobles palabras. Bayer es un contagioso.

Algunos rasgos del joven Bayer: aunque es argentino y es historiador y tiene barba, no es solemne. En sus actos y en sus dichos no hace como que. No descansa en la fácil comodidad de las solicitudes nuestras de cada día. No es políticamente correcto ni la trabaja de políticamente incorrecto.

Bayer no actúa de Bayer: es Bayer. A lo largo de estos años lo hemos visto haciendo, sembrando su tarea; lo hemos visto sobreponiéndose y ganándole a la enfermedad, y sacando su cuerpo a la intemperie. Aunque él no quiera enseñarnos nada, sus palabras-acciones nos demuestran que la esperanza no es una puerilidad de ingenuos, es sí el más arduo de los trabajos.

Si fuera un cristiano de iglesia, creyente y activo, Bayer sería tan respetado como lo es siendo un anarquista. Sea lo que sea, es, con perdón por la estropeada palabra, un sacerdote.

Da gusto, anima el ánimo, da alegría saber que Osvaldo Bayer existe aquí. Existe no como un solitario supremo e inalcanzable; existe porque representa, porque refleja con sus palabras-acciones la existencia carnal de los tantos que hacen y que sueñan: los primordiales. Esos que encarnan y construyen, desde lo anónimo, el ejemplo que le pedimos a los famosos, o a los héroes deportivos, o a los congelados próceres patrios.

Osvaldo Bayer es un anarquista porque, después de todo y antes que nada, ama, con el fervor de los desesperados, a la Vida. Y no vayamos a suponer que es un anarquista desarmado, reducido a la impunidad de la mera metáfora. Qué va. Está armado desde y hasta los dientes. No se conforma con criticar sin feriados al enemigo. Con inculdicable terquedad alumbrando, descubre, muestra, a esos héroes que no tienen nombre pero que están en la más honda de las pulseadas.

Con seres como Bayer uno, por fin, modifica la enquistada pregunta: en vez del lagañoso «¿cómo es posible que nos pase lo que nos pasa?», empezamos a preguntar «¿cómo es posible que, siendo como somos y dejando de ser como debiéramos, estemos todavía con pulso?». Sencillo: estamos con pulso por los primordiales. Sí, por Esos que hacen y sueñan a rajacinchita.

Bayer es demasiado humano para ser un ejemplo. Es algo mejor: una porfiada linterna. Esa linterna nos viene alumbrando en esta tiniebla, en este amasijo de escritores y periodistas impostados, de impostores bajitos, de intelectualudos que licuan su condición de desertores con los rápidos reflejos del renovado oportunismo. Otra vez: según pasan los años ahí están siempre dando su firma a las solicitadas por las buenas causas justas.

No envejece nuestro Bayer. El cansancio de las jornadas lo vuelve, sin metáfora, más bello. Él no tiene ningún pacto con el diablo, ese reverso de Dios. Tiene un pacto con el entusiasmo. Aunque por momentos hasta sentimos que Bayer no tiene entusiasmo, es de entusiasmo. No hay caso, no envejece *niporputa* Bayer. Enjovece.

Observemos cuando escribe sus columnas: nunca pontifica para ser memorable, ni para dejar sin habla a sus pares. Escribe para ver si hacemos algo con esto que llamamos mundo, para ver si dejamos de dar por hecho que «no hay nada que hacerle».

Ser lo que se dice, hacer lo que se enarbola, amigar el dicho con el hecho en el vértigo menudo de las acciones de cada día, es nuestra cuestión tan pendiente.

No se trata de trabajar de intelectualudos, de rozar la filosofía o la sociología, de codearse con los ruidos de la mentada ideología. Se trata de ser lo que decimos, de hacer o tratar de hacer lo que enarbolamos, de reducir el patético trecho que en estos pagos hay entre el dicho y el hecho. Se trata, como se dice en la vereda, de no seguir mandándose la parte. De tener memoria no solo referida a las acciones de ese que llamamos el enemigo, sino memoria, antes que nada, con las mudantes e invertebradas acciones de los que presuntamente estamos en esta vereda: la vereda progresista, la vereda buena, la vereda de las causas justas. Joder con la vereda. Bayer es una invitación a que salgamos de esta procesión inocua de intelectualudos que se consideran la raya del culo

solo porque a su vocabulario le metieron tres o cuatro docenas de lugares comunes, de palabras que no se consiguen al ras de la realidad.

Vale la pena (o la alegría) aclarar que nuestro Bayer no es un solitario. Es alguien que prescinde de todas las formas del heroísmo de la soledad, porque escribe en voz alta y ha elegido desde siempre guarecerse en la intemperie. Sabe que allí, muy adentro de la intemperie, están los desgajados, los que no tienen nombre, los condenados antes de nacer, los que no tienen dónde caerse muertos. Sabe, como el hachero Valentín Céspedes, que podemos perder la esperanza, pero que no tenemos que perder la fe en la esperanza.

Hace un rato dijimos que este hombre está armado hasta los dientes. ¿Armado con qué? Armado con ternura. Bayer tiene una enorme capacidad para enfurecerse. Esa capacidad de furia va a la par de su capacidad de ternura. Pero, ¿desde cuándo un intelectual, un historiador, un escritor puede emocionarse y emocionar con sus denuncias, con sus reflexiones? La respuesta a esto es: ¿y por qué no? La ternura es una prodigiosa llave secreta que no tiene prestigio entre los manipuladores del canon. No importa: la ternura también puede ser una herramienta para el conocimiento. Aunque los eruc-ditos la desprecien con el condescendiente menosprecio.

Ah, dicho sea: presiento que el día que a nuestro Bayer le allanen el Tugurio donde vive, debajo de su cama encontrarán una punta de bidones. ¿Nitroglicerina? No. Bidones llenos hasta el cuello de eso, de ternura. De ternura mezclada por partes iguales con ilusión. Ilusión, palabra sin cotización. Palabra menudita que sin embargo sustituye a la vaciada palabra esperanza.

Padecemos en estos pagos de una suerte de desertores que sin embargo se las arreglan para figurar y estar al frente de los cantos de utopía. En este acostumbrado río revuelto, en este caldo de limbo y de niebla, nuestro Bayer más que una linterna es un linterna. Él sabe, como anarquista primordial, que a la piedra no hay que perdonarla por nada. Que ya basta de echarle la culpa de la pedrada a la piedra.

Volvamos por la pregunta que pusimos en remojo: alguien, en este mundo, en esta patria más loteada que idolatrada, ¿puede decir por la mañana, al levantarse, «soy de izquierda»?

Pienso y siento que muchos menos que pocos pueden sostener por la mañana el «soy de izquierda». Eso, «soy de izquierda», solo se puede sostener al final del día, después de revisarnos la jornada, después de ver qué dijimos con las palabras y qué hicimos con las acciones. Después de ver qué trecho hay entre nuestro dicho y nuestro hecho.

Oswaldo Bayer puede decir por la mañana «soy de izquierda». Él sí. Pero no siente necesidad de andar diciéndolo: siempre tiene mucho que hacer el hombre.

Casi un cuentito

Alberto Szpunberg*

Hace mucho, mucho tiempo, cuando el ser humano aún no existía, todos los animales eran dueños del planeta. El Sol, que era su pastor, vivía con ellos en el corazón de la llanura, aunque decir el corazón de la llanura es, por cierto, una redundancia.

Como el horizonte aún no existía, era fácil pasar de la tierra al cielo y del cielo a la tierra, como hoy, por ejemplo, en cualquier casa, y salvando las distancias, cualquiera pasa del patio al comedor o del interior a la calle y viceversa. Todas las mañanas, el Sol llevaba a pastar a los animales. A diferencia de hoy, entonces se veía claramente que las nubes no eran nubes, sino corderos, ovejas, elefantes, zorros, torcazas, zorzales, jaguetés y todo tipo de seres vivos. Quien se detiene a observar las nubes, aún hoy puede ver los restos de aquella manada, palabra que, no por casualidad, emana de manar; acción propia de lo que fluye naturalmente y en abundancia.

* Nació en Buenos Aires en 1940. En 1973 fue profesor en las cátedras de Literatura Argentina y Medios de Comunicación y Literatura, en la Universidad de Buenos Aires. Como periodista dirigió el suplemento cultural del diario *La Opinión* de Buenos Aires hasta 1976. Tras el golpe militar se exilió en España. Como poeta publicó: *Poemas de la mano mayor* (1962); *Juego Limpio* (1963), *El che amor*, *Su fuego en la tibieza* (premio Alcalá de Henares de poesía, España, 1983) y *Apuntes*. Publicó, además, *Poesía y prosa místicas en la literatura española*, ensayo y selección de textos místicos cristianos, musulmanes y judíos.

Ganó en Francia el Premio Internacional de Poesía Antonio Machado 1993/94 por *Luces que a lo lejos*. También publicó, entre otros, *La encendida calma* (2002) y *La Academia de Piatock*.

Los animales se sumaban con gusto al gran rebaño del Sol y lo querían, ya que, todo fuego de la cabeza a los pies, sabía acercarse cuando hacía frío y alejarse cuando hacía calor. Además, muy culto, a cada uno le hablaba en su propia lengua y con el mismo respeto. Así es como el Sol rebuznaba, gorjeaba, ladraba, rugía, relinchaba, maullaba, en fin, era, lo que se dice, un verdadero políglota. Cuando aparecía un nuevo animal, el Sol se preocupaba por conocer sus costumbres, aprender su idioma y hacer todo lo necesario para que se sintiese cómodo. De hecho, todo el inmenso mundo era la casa de todos y todos se sentían como en su casa.

Un día, apareció el hombre. Desde una distancia prudencial, como para que el ser humano no se achicharrase ni congelase, el Sol le dio la bienvenida y lo invitó a que se sintiese uno más. Como, de la boca para afuera, el ser humano hablaba en palabras que todos oían, pero, en su interior, pensaba en palabras que solo él escuchaba, le agradeció al Sol en voz alta, pero, para sus adentros, dijo:

—Este mundo es un caos... Debo poner orden...

En un momento en que el Sol y los animales volvían de pastar y cada uno remoloneaba en busca de un rincón para echarse y pasar la noche, el ser humano agarró un puñal muy acerado y marcó con fuerza una línea horizontal, separando el cielo de la tierra. Al día siguiente, cuando el Sol y los animales quisieron volver a pastar en el inmenso mundo, observaron sorprendidos que la tierra se veía muy oscura, como un mal presagio, y el cielo, en cambio, muy rojo, como si sangrase.

—¿Qué es esto? —preguntó el Sol.

—El horizonte —dijo el hombre.

—¿Y para qué sirve? —preguntaron todos.

—Para poner orden —explicó el ser humano—; así, lo de arriba estará arriba y lo de abajo, abajo —aunque, en su interior, con esas palabras que los demás no oyen, el hombre pensó: «¡Manga de zonzos!».

Los animales, inquietos y desconcertados, pidieron al Sol que llamase a una asamblea para discutir la utilidad del orden. Pero no fue fácil: los animales que habían quedado abajo querían saber por qué no estaban arriba y viceversa. Pronto, los que estaban en el cielo necesitaron gritar para que los pudiesen escuchar los que estaban en la tierra y lo mismo estos con los otros. El Sol sintió que, por primera vez, nadie se entendía con nadie y todos estaban a punto de pelearse con todos.

—Si tanto los confunde, borren el horizonte —dijo el hombre de la boca para afuera, pero, íntimamente, pensó: «¡Sólo yo sé lo bueno que es tener un horizonte en la vida!».

Triste, porque el inmenso mundo ya no sería lo que había sido, el Sol tomó distancia. Todos los animales sintieron un escalofrío en su corazón y miraron al hombre. Este, que se sintió observado, dijo:

—El chita tiene patas muy largas. Propongo que corra rápidamente hasta el horizonte y lo borre —lo hizo en palabras que todos oyeron, pero, despectivo, para sus adentros, pensó: «¡Son unos animales!».

Es así como el chita se echó a correr y hoy es el felino más veloz de la tierra. Ni él ni nadie entienden por qué nunca alcanza el horizonte. Solo el ser humano sabe, en su interior, que el horizonte es inalcanzable, aunque, de la boca para afuera, grita:

— ¡Rápido! ¡Más rápido! —y, por las dudas, empuña el látigo.

Bayer: solidaridad y exilio

Jorge Boccanera*

Oswaldo Bayer mira a los ojos de sus personajes, esos que pueblan sus historias de extranjería, de esperanza, de lucha. Por eso, a este «cronista de opinión», como le gusta autodefinirse, lo retrata la palabra solidaridad, ese pararse en el lugar del otro. Sobre esa urdimbre movilizadora por las potencialidades de labores cooperantes y la conciencia de sus necesidades, arma sus tramas el historiador, el narrador, el ensayista, el guionista de cine.

Me animaría a decir que la solidaridad es el eje de su vida, sus investigaciones y sus polémicas. La reciprocidad nunca lavada en aguas del asistencialismo, sino afanosa en sus elementos primordiales que se articulan al diálogo, al trabajo, a la creatividad. Un intercambio que bien podría quedar expresado en una

* Nació en Bahía Blanca, en 1952. En 1973 funda el grupo literario *El ladrillo* junto a María del Carmen Colombo, Vicente Muleiro y Jorge Sposari, entre otros. Luego del golpe militar de 1976, se exilia en México. Recibe ese año el Premio Casa de las Américas, de Cuba, por su libro *Contraseña*. En 1981 funda la editorial *Tierra del Fuego* junto a Pedro Orgambide, David Viñas, Alberto Adellach y Humberto Constantini. Es autor de libros de poesía reunidos en las antologías. Publicó el ensayo *Confiar en el misterio* (sobre la obra de Juan Gelman). Tiene libros de historia de vida *Malas compañías* y *Ángeles trotamundos*, *Tierra que anda*, *los escritores en el exilio*. Fue jefe de redacción de las revistas *Plural* (México), *Crisis* (Argentina) y *Aportes* (Costa Rica). Bajo el título de *Juancito Caminador*, compiló para Ameghino Editora la obra poética de Raúl González Tuñón. A partir del 2004 comenzó a trabajar como coordinador de la Cátedra de Poesía Latinoamericana de la Universidad Nacional de San Martín. Dirigió la revista cultural *Nómada*. Unos de sus últimos poemarios, *Palma Real* (2008) recibió el Premio Casa de América de Poesía Americana.

frase futbolera: «tomala vos, dámela a mí». Esa solidaridad que posee contenidos políticos porque genera decisiones en un espacio de retroalimentación, relaciones igualitarias y acciones aglutinantes.

Por eso en los libros de Bayer coagula un «nosotros», una mirada profundamente humana como la que expresa César Vallejo desde sus *Poemas humanos*. El peruano que escribió: «Vamos a ver, hombre; / cuéntame lo que me pasa, / que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes»; va convocando al semejante, porque: «hay, hermanos, muchísimo que hacer». Y la voz que instala sus esperanzas en lo fraterno —«nuestro bravo meñique será grande / digno, infinito dedo entre los dedos»— resume todo el sentir en una idea contundente de comunidad. Dice: «se debe todo, a todos».

Así es este Osvaldo amigo, a la mano; este Osvaldo que lucha contra la desmemoria y acerca palabras a las imágenes mudas. Este Osvaldo coloca pensamientos en la mirada vacía de los detenidos, retratados para el prontuario; subraya la dignidad en los reclamos de las víctimas. Este Osvaldo rellena con paciencia y respeto los huecos de una acartonada historia oficial y, bajo frases, las borradas, vuelve a palpar el hombre de carne y sueño.

Un poeta que Osvaldo cita a menudo, Raúl González Tuñón, utilizaba la palabra «auténtico» para designar un cruce entre la coherencia y la integridad. El término le calza justo a este caminador que desde muy joven fundó el primer diario independiente de La Patagonia, *La Chispa*, y hoy sigue espoleado por ese destello de la justicia. De allí es posible desglosar sus incontables labores, su denuncia constante y su entrega. A la vez que indaga en el pasado, Bayer tiene un mundo por delante. Lo que parece un juego de palabras, se explica en los muchos proyectos que lo impulsan; entre ellos el de escribir una historia pormenorizada del anarquismo y otra del movimiento obrero argentino.

Nos cruzamos con Osvaldo por vez primera en los pasillos de la revista *Crisis*, donde yo trabajaba, aunque una relación más estrecha se inició luego por carta a fines de los años ochenta. Él vivía en Alemania y yo en Costa Rica. Pese a esa distancia geográfica éramos vecinos en asuntos como el destierro, el periodismo, la indagación del pasado libertario y la poesía. El primer libro que escribió fue de poesía, y Goethe uno de sus autores preferidos. En esa juven-

tud, también entró con fervor a la narrativa, especialmente la alemana, y viajó también por los personajes de Salgari, Verne, Dumas, Tolstoi, Chejov, Dostoievsky y Balzac.

De regreso a Argentina (una vuelta parcial, ya que él vivía la mitad del año en Berlín y yo unos meses en San José), nos juntamos varias veces a conversar y lo entrevisté largamente para un volumen sobre el exilio: *Tierra que anda*. En relación a esto último, se me ocurre —y así se lo he hecho saber— que el eje de su vida y de sus escritos es precisamente el destierro (y dejo, para un capítulo próximo y más extenso, la interacción entre las dos marcas de Bayer: solidaridad y nomadismo), un tema que atraviesa a la mayoría de sus personajes: de Di Giovanni a Wilckens, de Radowitzky a Roscigna, de Wladimirovich a Soto. Un Bayer niño escucha hablar en el barrio de Belgrano a los opositores al nazismo, y de adolescente ve la muerte por vez primera en el rostro del anarquista alemán Richard Turath, un exiliado, amigo de su familia, que vive en un prostíbulo. Y logro atrapar algo de su paisaje natal en la nostalgia de las canciones alemanas. La familia de Bayer, por otra parte, cambia constantemente de domicilio debido al trabajo de telegrafista del padre. Más atrás en el tiempo, asoma el rostro de otro exilado, su abuelo paterno Joseph Georg, que abandonó un día la Argentina para vivir en la encrucijada de los caminos, «con fobia al domicilio» como solía decir el poeta Baudelaire.

En las charlas, quedé impactado por la historia de ese abuelo anarquista que venía de familia de nobles, un inventor de máquinas (hizo una para el arado) que viaja de Alemania a Humboldt, en la provincia de Santa Fe, donde hace fortuna. Me llamaron la atención, primero, esa determinación extrema de abandonar todo para largarse al vagabundeo. En segundo lugar (y aquí dejo de imaginar al abuelo y observo la cara del nieto), imagino a ese Osvaldo niño que, entre la emoción y la curiosidad, escucha a su padre hablar sobre ese personaje extraviado en la errancia de los caminos. El enigma familiar hace que a los veinte años Osvaldo inicie una búsqueda, coronada mucho tiempo después, cuando logra dar con la tumba de su abuelo, justamente en el pueblo donde había nacido, Schwatz. Recuerda Osvaldo que su abuelo fue «un alma libre», un hombre que murió en extrema pobreza, al que sus vecinos recordaban como

de trato amable y gran cultura. Quedo pensando si ese Joseph no fue una marca decisiva entre las influencias del escritor.

Con la dictadura argentina Bayer se exilia en Alemania y visita a alemanes que muchos años antes fueron opositores desterrados en Argentina. También, dentro de ese sentimiento de extranjería lo conmueven los escritos de Guillermo E. Hudson y su vagabundeo; la contemplación de paisajes pampeanos que veía amenazados por el progreso industrial.

En esas charlas con Osvaldo en su casa del barrio de Belgrano, fui armando el retrato que finalmente incluí en uno de los libros de historias de vida, *Malas compañías*. Ahí está el Bayer curioso del género humano, el de la búsqueda de la dignidad, el maestro de la inquietud permanente, el viajero, el periodista de Esquel que por defender a los indios es detenido y llevado por las calles con las manos atadas, el preso que juega ajedrez con el comisario, el expulsado, el colimba castigado por no querer manejar armas. Otra de sus facetas, es poco conocida: el Osvaldo timonel en un barco que recorre el río Paraná con un capitán sonámbulo, un correntino que ya había hundido un barco, el *Madrid*, temblando en sus visiones y delirando sobre el timón. Cuando a Osvaldo le tocaba la guardia nocturna, sentía a sus espaldas esa figura estafalaria –con saco de capitán y pantalón de dormir– anunciando ataques piratas, colisiones con los icebergs y emboscadas de bestias desconocidas.

Hay que decir que en sus investigaciones Bayer rescata la silueta de luchadores sociales y la pasión que los anima, siempre dando perfiles nítidos tallados con firme delicadeza. Bayer pugna por encontrar un sentido en el centro de las contradicciones humanas; de ese modo sus libros son una puerta a la historia encarnada en cada uno de sus personajes: los hermanos Ascaso y Buenaventura Durruti (en su recorrida «expropiadora» por Buenos Aires); Herrman Lalleman (fundador del club Vorwärts y del diario *El Obrero*); Richard Turath (que había sido miembro del gobierno de los consejos de obreros, soldados y campesinos de Munich), Hans Lehmann (emigrado alemán, redactor en Argentina de la revista antinazi *Das Andere Deutschland*), o ese Karl von Ossietzky, al que compara con Rodolfo Walsh y que recibió el Premio Nobel de la Paz encerrado en un campo de concentración nazi.

La persistencia de Bayer en temas sociales que la frivolidad va barriendo debajo de la alfombra, subrayan el lugar que para muchos de nosotros ocupa. Así, ha debatido fervorosamente asuntos como el destierro (y una intencionada polémica entre exiliados internos y externos), la teoría de los dos demonios, el derecho a la resistencia, el reclamo por la memoria, y una aspiración que no baja los brazos (porque tiene alas): la utopía. Admiro y respeto su entrega, su trabajo y su fina sensibilidad. Y en los títulos de sus libros, como *Rebeldía* y *esperanza*, encuentro los títulos de su vida.

Oswaldo Bayer

José Pablo Feinmann*

Oswaldo Bayer es, desde luego, el más obstinado y cuidadoso de nuestros historiadores. Ha encontrado dos o tres temas que lo atraparon tan hondamente que se ha concentrado casi absolutamente a ellos. De aquí que su obra no tenga los oropeles de la variedad. Tiene los del rigor.

Bayer encuentra en la masacre de la Patagonia el núcleo más destellante de la historia argentina. Ahí está todo: la rebelión de los obreros campesinos, la huelga de los compañeros, la soberbia de los patrones, la impiedad del ejército y la complicidad de los gobernantes civiles en la matanza.

* Nació en Buenos Aires en 1943. Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y ha sido docente de esta materia en esa casa de estudios. Publicó más de veinte libros, que han sido traducidos a varios idiomas. Entre sus ensayos, se cuentan *Filosofía y nación* (1982), *López Rega, la cara oscura de Perón* (1987), *La creación de lo posible* (1988), *La sangre derramada, ensayo sobre la violencia política* (1998); *Pasiones de celuloide, ensayos y variedades sobre cine* (2000); *Escritos imprudentes* (2002), *La historia desbocada*, tomos I y II (2004), *Escritos imprudentes II* (2005), *El cine por asalto* (2006) y *La filosofía y el barro de la historia* (2008). Entre sus novelas: *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1981), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (1990), *El cadáver imposible* (1992), *Los crímenes de Van Gogh* (1994), *El mandato* (2000), *La crítica de las armas* (2003), *La sombra de Heidegger* (2005), *Carter en New York* (2009) y *Carter en Vietnam* (2009), *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina* (2010). Es autor de las piezas teatrales *Cuestiones con Ernesto Che Guevara* (1999) y *Sabor a Freud* (2002). Sus guiones han sido filmados por Adolfo Aristarain (*Últimos días de la víctima*), Juan Carlos Desanzo (*En retirada*), Marcos Zurinaga (*Tango Bar*), Héctor Olivera (*Ay, Juancito*, 2003) y Eduardo De Gregorio (*Cuerpos perdidos*). Su exitoso programa de filosofía que emite Canal Encuentro, *Filosofía aquí y ahora*, ha iniciado su cuarta temporada. También es colaborador de *Página/12*.

Esa obra es casi el sentido de su vida. ¡Qué hermoso es dedicarle la vida a una causa justa! (Uso, a propósito, los signos de la vehemencia con que Bayer escribe). Osvaldo ha ido añadiendo página tras página, tomo tras tomo, edición tras edición a esa obra, hasta tornarla gigantesca. Ahora lo es y es el testimonio más veraz de los horrores a los que el capitalismo es capaz de llegar para defender eso que es su más perfecta esencia: el derecho de propiedad.

Con *Severino Di Giovanni* traza la historia de un personaje novelesco y valiente, con cuya violencia no se identifica.

Exilio tiene pasajes de alta poética, sobre todo el de los cementerios de los militares alemanes.

Sus «contratapas» en *Página 12* exhiben una indignación moral rara en estos tiempos de pasiones devaluadas.

Es uno de nuestros más grandes escritores y estar cerca de él, presentar algunos de sus libros y hasta —arriesgo— llegar a ser su amigo es una de las cosas más bellas que la vida me dio.

Al maestro con cariño

Felipe Pigna*

Al maestro Bayer lo conocí de chico, a los nueve años, cuando mi abuelito anarquista me leyó la historia de los vengadores de la Patagonia Trágica que el querido Osvaldo había publicado en *Todo es Historia*. Quedé muy impresionado por aquella lectura llena de comentarios de mi abuelo Isidro, porque él había participado activamente en aquellos trágicos y heroicos sucesos. Fui creciendo y empecé a militar en mi querido Colegio Nacional número 6, Manuel Belgrano, y allí nos pasábamos lecturas entre los compañeros y cayó en mis manos el *Severino*, una verdadera joyita que me ayudó mucho a conocer y desear aquella pasión, aquel romanticismo hasta el extremo, aquella desmesura, aquel enojo irreconciliable con la injusticia. Luego vino la inolvidable película *La Patagonia*

* Historiador. Nació en Mercedes, provincia de Buenos Aires, en 1959. Durante veinte años fue profesor del Colegio Carlos Pellegrini, donde con sus alumnos realizó una serie de trece documentales que abarca el período 1976-2001 y forma la colección *Ver la Historia*. Es también docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires y asesor de las cadenas HBO y People & Arts, de Estados Unidos; RAI, de Italia, y Antena 3, de España. Además de trabajar en radio, es colaborador de la revista *Veintitrés* y *Todo es historia*.

Director de la revista *Caras y Caretas* y del sitio de internet www.elhistoriador.com.ar. Consultor para América Latina de The History Channel, realizó y animó, para este mismo canal, la serie «*Unidos por la historia*», en el año 2010.

Publicó los libros *El mundo contemporáneo* (2000), *Pasado en presente* (2001), *Historia Confidencial* (2003), *Los mitos de la historia argentina* (2004), *Los mitos de la historia argentina 2* (2005), *Los mitos de la historia argentina 3* (2006), *Evita* (2007), *Los mitos de la historia argentina 4* (2008), y *Libertadores de América* (2010). Es también director de la colección Biblioteca Emecé Bicentenario, que rescata escritos históricos de personajes de la talla de Manuel Belgrano o Mariano Moreno, entre otros.

Rebelde, de culto para todos nosotros que salíamos comentando los huevos de Facón Grande, el principismo del alemán Schultz, la capacidad de organización del gallego Antonio Soto. Seguíamos creciendo y el cielo se iba tornando gris y el país verde militar, azul naval y aquellos libros queridos iban virando al rojo fuego. Con el regreso a la democracia, volvió también de su exilio el querido maestro con toda su dignidad rebelde intacta. Lo pude conocer en 1986. Allí visité por primera vez su casa «El Tugurio», refugio de estudiantes, militantes sociales o simplemente gente inquieta que requiere la palabra, el consejo o el testimonio que prodiga generosamente «don Osvaldo». Con el tiempo nuestra relación fue creciendo. Presentó en 1996 mi serie de documentales en su cátedra abierta de Derechos Humanos en Filosofía y Letras; presentó en la Feria del Libro mi libro *Los Mitos de la Historia Argentina*; yo tuve el honor de presentarle la reedición de sus *Anarquistas expropiadores*, y así las cosas.

Hemos dado muchas charlas, juntos, en diferentes ciudades del país. Siempre es un placer hacerlo, escuchar sus anécdotas, sus reflexiones, sus prolíficos ataques a sus enemigos históricos y actuales y sus cálidas evocaciones de sus queridos. Recuerdo con mucho cariño la charla que dimos hace tres años en el viejo Penal de Ushuaia, hoy Museo Marítimo, en homenaje al querido Simón Radowitzky. Fue muy emocionante hablar de la lucha y la coherencia de Simón, el lugar donde pasó casi veinte años de su vida. Hablamos mucho en esos viajes. Hablamos de Historia, de Hegel, de Marx, de Bakunin, pero también de la vida, de los hijos, del amor, de los afectos, de lo importante que es ser buena persona, de ser como se escribe, de vivir como se piensa.

Los que lo conocemos bien a Osvaldo lo queremos cada día más y nos miramos en él como un ejemplo de lo que uno «quisiera ser cuando sea grande». Osvaldo es un gran intelectual, un académico que rehúye de los círculos académicos que le retacean sus más que merecidos honoris causa. Él se siente cómodo entre la gente, entre los trabajadores, los hermanos mapuches, los desocupados, los piqueteros, las Madres, los HIJOS, en fin, los luchadores como él. Me siento muy honrado de que Osvaldo me considere, como suele decir «su mejor discípulo». Por mi parte solo quiero decir que don Osvaldo Bayer es y siempre será mi querido maestro.

Oswaldo Bayer: un soldado de la memoria

Omar López*

Oswaldo Bayer es un soldado de la memoria, ejemplar en extinción de intelectual militante que vive consecuente con su pensamiento.

Advierte sobre sueños buenos y malditos, insiste con su anarquismo en esta globalización de espíritus enmascarados. A veces uno se pregunta si Günter Grass, cuando escribió *El rodaballo* —que narra la historia de la humanidad—, no pensó en Oswaldo.

En estos tiempos de batalla de ideas, el autor de *La Patagonia rebelde* es una referencia «originaria» junto a su amigo Rodolfo Walsh, el ejercicio de pensamiento crítico, desde sus crónicas, artículos y novelas.

Seguir el recorrido de Oswaldo nos alienta en estos tiempos de conciencias angostas. En 1958 fundó *La Chispa*, como «primer periódico independiente de la Patagonia». Cincuenta y siete años después de que Vladimir Ilich Ulianov

* Nació en Villa Urquiza, el 15 de octubre de 1952. Es periodista y docente. Colaboró en diversos diarios, revistas y agencias informativas: *El Porteño*, *Hipótesis*, *Boedo*, *Página 12*, *Fin de Siglo*, *La Maga*. En radio se destacan *Protagonistas* (Splendid), *Contacto directo* (Rivadavia), *El panorama informativo-Quinta edición* y *Tarde al día* (Radio Libertad), *Con algunas cosas claras* (La red), *El cazador de sueños* (FM Palermo). Fue también director del Centro de Estudios Radiales Multimediales. Desde 1990 hasta la fecha conduce en radio *Mate Amargo*. Entre 2003 y 2004 realizó *Mate TV*, en televisión abierta en diecisiete canales de doce provincias de la Argentina. A su vez dirige la revista mensual y el Centro de Ideas de *Mate Amargo*. Escribió un libro de poesía *Cazador de sueños. Al otro lado del puente* (Editorial Mate Amargo, 2005).

(Lenin) editara el periódico *Iskra*, que en castellano significa «La Chispa», para difundir y aglutinar a los socialdemócratas revolucionarios rusos.

Pronto los sureños no tuvieron quien les escribiera, porque la publicación duró un año; su director fue acusado de difundir información estratégica en un punto fronterizo, y obligado, a punta de pistola, a abandonar Esquel.

La libertad de expresión no se lograba sin luchar por ella. De 1959 a 1962, fue secretario general del Sindicato de Prensa.

Democracias anoréxicas, dictaduras bulímicas y, en medio, los exilios impuestos.

El anarquista y el profesional que indagaba al país escondido bajo las mantas de la burguesía analfabeta. Ingresos a diarios como *Noticias Gráficas*, en Esquel, jefe de redacción de aquel *Clarín* desarrollista del fundador Noble.

Aparecen sus crónicas y relatos del sur perdido y masacrado. Edifica una obra de trascendencia para la identidad de las luchas populares de liberación: *La Patagonia rebelde*. Una obra que implica el exilio de Osvaldo a Berlín desde 1975 a 1983.

Allá resistencia y más literatura, aquí la Triple A, López Rega y la ferocidad del golpe cívico y militar.

Aquellos días encontraron forma en un ensayo escrito junto a Juan Gelman: *Exilio* (Legasa).

Antes armó un escrito con *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia* (Galerna, 1970).

Intimidad

Derrumbe de palabras. Osvaldo se mueve como un rescatista entre granelles de libros precipitados de la vieja estantería que no resistió tanta historia revelada. La computadora aplastada espera un servicio de urgencia porque el hombre de blanca barba parecido a Hemingway debe entregar su nota por correo electrónico al diario.

Una vieja caricatura de dos hinchas de Rosario Central sobrevivió a la catástrofe librera: dibujados a lápiz Bayer y el «Che» lucen orgullosos la divisa rosarina.

Fotos viejas y recientes asaltan al intruso; «aquí me declararon huésped de honor de la Universidad Nacional del Litoral, el siete de julio de 2004», dice el maestro.

Recuerda que en la conferencia de prensa declaró que le daba un poco de vergüenza que su primer libro hubiera sido prohibido por Lastiri, «si hubiese sido prohibido por otro presidente de más categoría, uno se pondría más contento...». Se recuesta sobre una vieja «silla director» mira las plantas que abrazan a sus viejos impresos anarquistas, y cuenta que «al segundo libro lo prohibió Isabel Perón, y ya a los demás los quemaron los militares. Quemar libros es como abusar de los niños: es una cobardía, porque no se pueden defender».

Tomamos mate en su patio cubierto, viste camisa roja, pantalón negro, cruza los brazos sobre el pecho y apoya el mentón sobre sus manos de dedos regordetes y rosados. Confiesa: «'Che' era un muchacho idealista».

Guerrillero heroico y escritor anarquista juntos en la Habana, y aquella idea del «Che» sobre la guerrilla en Argentina. Primero en los campos lejanos, luego iremos ganando a los campesinos, tomando localidades, explicando nuestras ideas, armando un ejército, ocupando pueblos y, siendo muchos, marcharemos a Buenos Aires. La pregunta del escritor llegó sobre el «Che»; «y no piensa que al tomar una comisaría y después un batallón no enviarán a un ejército a combatirlos, y, si hace falta, a todas las fuerzas armadas...». Dice que Ernesto Guevara se quedó mirándolo en silencio y luego dijo con cierta tristeza, sencillamente: «Son unos mercenarios». Osvaldo juega con el silencio, tiene los ojos húmedos y junta fuerza para decir tan solo, «me arrepentí de preguntarle aquello».

Osvaldo Soriano

Los «santos de Boedo». Alemania estaba cubierta de nieve y el matrimonio Bayer descansaba tras los raviolos domingueros. Osvaldo Soriano pasaba un tiempo en casa del amigo de la vida y, como cada séptimo día, a la misma hora, Soriano pedía prestado el teléfono para llamar a su editor en Buenos Aires.

«Era un veneno de San Lorenzo, y mentiroso porque yo descubrí que llamaba a un amigo que le pasaba los resultados de los partidos y de su club. Enton-

ces le dije 'así que tu editor te dijo que tus libros perdieron 2 a 1 esta tarde'. Y él que era como un niño, rió y lloró, todo junto, a tanta distancia».

Sobre santos y demonios discutían los amigos que «un día le dije, vos sos de un equipo de fútbol que lleva nombre de santo, y el muy rápido se justificó diciendo que no era por la religión, sino por la batalla de San Lorenzo que su equipo llevaba esa identidad... Siempre se escapaba Soriano. Cuando se murió, todos los amigos que nos juntábamos desde hacía años, juramos no hacerlo nunca más, ya no era igual sin el gordo».

Rodolfo Walsh

La dictadura los quería bien muertos, a ellos, a su literatura y sus ideas. Osvaldo piensa en aquel encuentro con Rodolfo en Corrientes y Carlos Pellegrini. Dice que ambos disimularon el saludo y marcharon hacia un bar. «Tomamos un café a las apuradas y le dije que era un loco, que no podía seguir en Buenos Aires, que tenía que salir del país porque lo buscaban para matarlo. Pero él me retrucaba que yo era quien me tenía que rajar, yo que nada más ni nada menos había sido responsable de escribir *La Patagonia rebelde*. Era una competencia, yo le recordaba que *Operación Masacre* era su marca... y nos despedimos. Muy poco después lo asesinaron. Yo entonces me fui».

Pepe Soriano

Abrió los brazos, miró el cielo raso, cayó de rodillas y gritó «milicos de mierda, ni disparar saben». Pepe Soriano me confesaba que esa escena fue prohibida por los militares. Era casi el final del film *La Patagonia rebelde*. El viejo y combativo anarquista es fusilado junto a sus compañeros, sin decir nada, debía caer muerto y en silencio.

Pepe cuenta que Bayer estaba en el rodaje y le ayudó a pronunciar palabras del libreto que estaban en alemán.

«Se lo cuento a Bayer y se larga a reír». Agrega que también cambiaron el final de la película: «cuando los oligarcas le cantan el feliz cumpleaños al coronel Varela, (representado por Héctor Alterio), le cantan en inglés, una sutileza que no advirtieron los militares».

Bayer aguanta el embate de una larga enfermedad y conserva la vitalidad de un joven militante. Pregunto cómo hace y responde: sueño y conducta.

Estamos mirando a Marlene Dietrich, muy cerca de su cama de una plaza. Confesión del hombre incansable: «antes de dormir le doy un beso...». Marlene es un ángel de voz poderosa y fina que canta al fatigado gladiador de Belgrano.

El último café junto a la biblioteca familiar. El periodista joven consulta al maestro, el veterano sólo dice: hay que saber decidir cuándo dejar una cosa para conquistar la otra. Así es la vida.

Cerramos la puerta de calle que dice, en un hermoso fileteado, «El tugurio», bautismo caprichoso del amigo Osvaldo Soriano a la casa del militante del triunfo, que llegará mañana por ese camino que él emprendió.

La solidaridad de Osvaldo Bayer

Juan Carlos Cena*

La primera acción emprendida por los descuartizadores del ferrocarril fue la de expulsar a los trabajadores. Ese día constituirá, probablemente, el inicio de una vía: la de la desconexión entre la empresa y nosotros, los ferroviarios. Más de noventa mil trabajadores de esa empresa centenaria fueron cesanteados.

La última batalla la habíamos dado al comienzo del año noventa y uno: fueron cuarenta y cinco días de huelga. Era la primera huelga dirigida por las bases. Luego de la derrota vino la desolación. Nadie nos convocaba. Éramos despreciados por casi todo el abanico de la sociedad. Solo Osvaldo Bayer nos propuso organizar un foro, seminario, charla, o lo que fuera. Era la mano tendida, ese lo que fuera.

Recuerdo ese día en que Osvaldo llegó. Nos saludó afectuosamente y ratificó lo propuesto. Nosotros no habíamos emitido ni una sílaba, pero eso sí, todos con la boca abierta. No era para menos. Osvaldo Bayer nos merecía un gran respeto, lo teníamos ahí, frente a nosotros, nos convocaba a que participáramos en la Cátedra, en la Facultad, en la Universidad de Buenos Aires.

* Ex dirigente ferroviario, escritor e historiador. Miembro de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Coordinador general de la Escuela de Capacitación Sindical del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba. Dedicado a rastrear las luchas del movimiento obrero, ha escrito: *El Guardapalabras y Memoria de un ferroviario*, entre otros trabajos.

Seguíamos mudos y con la boca más abierta. Graciela nos la hizo cerrar al pedirnos respuesta inmediata. Giramos nuestras cabezas, siempre con la boca abierta, como si fuera un ritual. No, no lo era, era de puro asombro y atontamiento. La Facultad nos convocaba a participar, es decir, esa Cátedra nos citaba, a nosotros, trabajadores ferroviarios, desocupados, pero que seguíamos luchando contra la ovalación del mundo, el fin de las ideologías, las utopías y esas cosas del modernismo de que los sueños eran cosas del pasado, cuestiones antiguas que portaban hombres antiguos que soñaron ser libres y hacer libre al otro, el que tienen al lado y el de más allá y el de más acá, el del otro costado y así. Decía que cerramos la boca. Dijimos que sí. El sistema nos expulsaba y la Cátedra nos recogía. Inédito. Actitud llena de coraje. Escozor y asombro en la paquetería académica.

Este fue el primer paso. El más difícil. Debíamos vencer varios demonios enquistados que vivieron con nosotros durante mucho tiempo, cómodamente, sin que nos molestaran. Hoy descubríamos su existencia. Había que vencer esa dificultad. La propuesta de Bayer era un desafío doble: desterrar al mencionado demonio y demostrar que éramos capaces, los trabajadores, de organizar e impulsar un foro de discusión dentro del ámbito universitario. Todo un escándalo pacato entre los académicos...

—¿Viste? Bayer tercamente sigue invitando a obreros.

—Eso no es nada, les ha dado un lugar en la reunión del cuerpo de profesores; es un atrevimiento incalificable.

—Qué desfachatez la de este Bayer...

Comentarios escuchados al pasar por la sala de profesores, realizados por profesores «progresistas» con currículum.

Ha pasado un tiempo desde la invitación de Osvaldo Bayer a los trabajadores ferroviarios. Nos llena de orgullo haber participado. Hemos aprendido, cooperado y llevamos ese nuevo aprendizaje a otros lugares, como si fuera la extensión de la Cátedra, a villas miseria, escuelas, centros vecinales, culturales, sindicatos, emprendimientos sociales independientes.

Los ferroviarios tenemos un adeudo con la Cátedra, con Osvaldo Bayer y con cada miembro. Integrarnos, nos ha permitido ir a nuestros antiguos lugares

de lucha y transmitir esta profundización y ensanchamiento del conocimiento adquirido.

El ferrocarril, en eso no tenemos dudas, caminará de nuevo por nuestro país, lo volverá a unir, lo regará de nuevo con sus trenes aguateros, correrá el tren sanitario lleno de solidaridad, entonces, a Osvaldo Bayer, lo invitaremos a que se haga ferroviario, lo ayudaremos, no es difícil; para serlo de verdad hay que ser solidario, y él ya lo es. Además le conseguiremos un cajón de verdura para que hable en nuestras asambleas –no le costará trabajo– o que dirija un encuentro de trabajadores.

Ocurrió en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Cátedra Libre de Derechos Humanos, en la década del noventa, en el siglo pasado.

–De no creer, –agregarán los historiadores– no tenían currículum, de no creer.

–¡Qué desfachatez, esta la de Bayer, –remarcarán memoriosos curricula-dos– la de invitar a obreros y gente de los arrabales!

–¡Es que es un empecinado irremediable!

Terminará diciendo la crónica, cuando investiguen la historia de los empecinamientos, como contestando a tanta terquedad.

Bayer, algo más que un compañero

Carlos Aznárez*

Escribir sobre Osvaldo Bayer es hacerlo, sin ninguna duda, acerca de un hombre digno. Esta simple palabra, tan en desuso entre politiqueros, funcionarios de diverso pelaje y una buena cantidad de fabricantes de ilusiones, define muy bien a quien ha hecho de la coherencia una forma de vida.

Solo el haber reencontrado para la memoria de nuestro pueblo la heroica pelea de los trabajadores rurales de la Patagonia, contando sus historias de rebeldía y coraje, pero también la tragedia que generó la represión sobre ellos, vale para calificarlo como un notable recogedor de testimonios de ejemplos de vida.

Quién no recuerda la agudeza con que Osvaldo retrató al nefasto coronel Varela, gestor de una de las grandes masacres que tiñeron de horror el sur argentino. Sin embargo, el Bayer investigador no dejó que la sombra de una sospecha de derrota definitiva o de lucha innecesaria se adueñara sobre aquella

* Nació en Argentina. Desde 1996 hasta 2002 vivió en Euskal Herria. Especialista en temas políticos. Dirige el periódico *Resumen Latinoamericano*. Ha ejercido la profesión periodística en Buenos Aires, siendo redactor en los diarios *Noticias*, *La Razón*, *Página/12* y *Sur*; y en las revistas *Crisis* y *Fin de Siglo*. Antes y después de la dictadura militar (1976-1983) formó parte de diversas organizaciones revolucionarias en su país. En el exterior, durante ocho años fue corresponsal de la revista argentina *Noticias de la Actualidad* y en *Euskal Herria*. Es autor de *Tupamaros* (Buenos Aires, 1967); *El padrino de la mafia sindical* (Buenos Aires, 1988); *500 años después: ¿Descubrimiento o Genocidio?* (Madrid, 1992); *Los sueños de Bolívar en la Venezuela de hoy* (2000).

que había sido una de las tantas gestas del movimiento internacionalista, y para eso no solo reivindicó cada uno de los gestos de esos abnegados peones chilenos, argentinos, italianos, gallegos, polacos y alemanes que poblaron a punta de coraje tierras tan inhóspitas, sino que acercó al listado de las acciones indispensables el gesto libertario de un Kurt Wilkens, por ejemplo. Evocando la humildad y la valentía del ajusticiador de Varela, Bayer dio pautas de que la larga mano de la justicia popular puede tardar en llegar, pero, cuando lo hace, ilumina de conciencia y razón.

Oswaldo periodista, Oswaldo escritor, Oswaldo el hermano de nuestros «anarcos queridos», como diría ese otro virtuoso llamado Alfredo Zitarrosa. Nadie como él ha trabajado el tema de los ácratas locales, desmitificando a esos hombres y mujeres que la oligarquía y su prensa aliada siempre pintaron como criminales y delincuentes. Ahora, qué duda cabe, les dirían «terroristas» como a nuestros treinta mil.

Rescatar la figura combativa de un Severino Di Giovanni y desmenuzar su larga trayectoria de anarquista expropiador, fue un mérito que siempre se agradecerá a Bayer, por poner claridad sobre qué significa el uso de la violencia revolucionaria y cuáles son sus aspectos reivindicables y sus límites. Pero no se contentó con este aporte sino que entregó a sus lectores las páginas más bellas de un puro amor como el que vivieron hasta la muerte Severino y Josefina Scarfó. Di Giovanni cayó bajo las balas de quienes lo fusilaron, reivindicando a la anarquía y añorando a su inseparable compañera. Ella lo sobrevivió muchos años más, pero jamás dejó de adorarlo y defender su trayectoria.

El minucioso trabajo de recoger cada una de las innumerables cartas entre ambos que hizo el escritor puso luz sobre cómo se pueden encerrar en un solo haz la pasión por la revolución social, la decisión de armarse para llevarla a cabo, la conciencia de formarse diariamente a través del estudio y la pasión de amar, querer con todo.

El Bayer del exilio también se muestra ineludible. Colaborador consecuente de quienes no se rindieron jamás y, aun lejos del país, siguieron plantando cara al enemigo que los obligó a marcharse; acompañante obstinado de las buenas causas y colaborador de cada una de las actividades que se plantearon

para denunciar a los Videla, Massera, Agosti, Galtieri o Brignone que tiñeron de sangre esta buena tierra.

Sus artículos, publicados en el exilio en nuestra publicación *Resumen* y luego reproducidas por otras páginas rebeldes, ayudaron a comprender lo que decían cada jueves las Madres en la Plaza, que la única lucha que se pierde es la que se abandona. De allí, que él sea uno de sus compañeros más queridos, tanto que le valió ese notable reconocimiento en vida que se desprende de que el «Café Literario» de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, donde todos los días muchos jóvenes leen, sueñan, hablan de utopías, evocando sus palabras, textos y ejemplos, lleve su nombre.

Pero hay otra faceta de Bayer que es importante aplaudir ahora que este libro va a ganar la calle. Pocos como él, han llevado adelante en este país colonizado —en el literal sentido de la palabra— una batalla tan vehemente en defensa de los pueblos originarios y en repudio a quienes practicaron contra ellos el genocidio más atroz. Persiguiendo a asesinos como Roca, Osvaldo instaló una pauta de estricta salud mental para las nuevas generaciones. Y lo hizo, un día, maldiciendo al criminal frente a uno de los tantos monumentos con que la nación mancillada homenaja a sus asesinos; en otra ocasión, reivindicando a los caciques y tropa corajuda que se alzaron en lanzas contra quienes los expulsaron de sus tierras y los asesinaron por miles. Hoy como ayer.

El día que nos falte Bayer —no hablo de muerte sino de carencia—, todo será más difícil a la hora de reconstruir pedacitos olvidados de nuestra historia o de enfrentar con fiereza a logreros, oportunistas y mentirosos que pululan entre la mal llamada «intelectualidad» argentina. Sin embargo, sus sentencias, escritas como ráfagas en todos estos años, no podrán ser sepultadas. Cada vez que una voz autoritaria quiera imponerse sobre el resto, convocando a la muerte como custodia, el verbo esperanzador de Osvaldo Bayer buscará asomar de donde sea, y ayudará a seguir caminando sin más miedos que los necesarios.

Oswaldo Bayer o el fuego solidario

Fernando «Pino» Solanas*

Cuando pienso en Oswaldo, lo primero que me llega no es solo su imagen, sino la de miles de fotogramas de las innumerables tragedias, represiones y actos miserables contra pobres e indefensos, que Bayer, con obstinación y coraje, ha venido revelando con toda su verdad. Recordemos que la Argentina liberal se construyó sobre grandes genocidios: la matanza de cuarenta mil gauchos lanzada por Mitre después de la batalla de Pavón, al grito de «Civilización o Barbarie»; la Guerra del Paraguay que acabó con el noventa por ciento de su

* Nació en la localidad de Olivos, el 16 de febrero de 1936. Es director de cine, guionista, y hasta ha escrito canciones para la banda de sonido de algunas de sus películas. Su primer largometraje, junto a Octavio Getino (Grupo de Cine de Liberación), fue *La hora de los hornos* (1968), que marcó una línea de cine comprometido, revolucionario y militante. En 1971, ambos filmaron una entrevista a Juan Domingo Perón en Madrid, entre junio y octubre: «Perón: Actualización política y doctrinaria para la toma del poder», material clave para los militantes justicialistas de aquellos días.

La segunda película de Solanas, *Los hijos de Fierro*, filmada entre 1972 y 1978, recién pudo ser estrenada en Argentina con la llegada del gobierno democrático. Interrumpido el trabajo en 1976, se exilió y terminó el filme en Europa.

Luego del exilio siguió una etapa compuesta por varias películas de ficción, en las que nunca abandonó su mirada crítica. La primera, una coproducción con Francia, *El exilio de Gardel (Tangos)*, relata la historia de un grupo de exiliados durante la última dictadura militar argentina. *Sur* (1987), protagonizada por Susú Pecoraro y Miguel Ángel Solá, contó también con la actuación del mítico cantante de tango Roberto «Polaco» Goyeneche. *El Viaje* (1990). *La nube* (1998) donde, además de Eduardo Pavlovsky, Franklin Caicedo y otros, actúa otro de los mitos del tango: Luis Cardéi.

En 1991, por denunciar las privatizaciones de YPF y criticar duramente al presidente Carlos Menem (quien lo denunció penalmente por injurias y calumnias), fue víctima de un atentado.

población masculina, por lo que debieron autorizar la poligamia para repoblar el país; la mal llamada «conquista del desierto», a fin de expandir la frontera de la oligarquía ganadera, robándole la tierra a los pueblos originarios a tiros de Remington o degollándolos como ganado. Bravos y éticos, estos varones que al regreso vendían las mujeres mapuches y sus hijos en la Plaza del Retiro para servir en las casas de las familias «decentes». El héroe era el general Julio A. Roca, que traicionaba los valores democráticos y anticoloniales de aquel Ejército de los Andes integrado por indios, negros y gauchos. San Martín los llamaba «nuestros hermanos los indios» e identificaba a nuestros enemigos: en 1819 desobedecía al Director Supremo Rondeau, que le ordenó volver con su ejército para reprimir a los caudillos del litoral, y le escribía: «El General San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América».

El espíritu sanguinario del denominado «Proceso de Reorganización Nacional» de fines del siglo XIX, volvería décadas después, con los generales genocidas formados en la Escuela de las Américas, para aniquilar a treinta mil jóvenes desaparecidos. El viejo ejército del Libertador había sido reemplazado por un ejército de ocupación formado en las técnicas del saqueo de sus víctimas y el secuestro de bebés. Era la «herencia cultural» y las técnicas de exterminio puestas en práctica por los nazis, los franceses en Argelia, y los yanquis en Vietnam, siguiendo las políticas del criminal de guerra Henry Kissinger.

En el interregno entre Roca y Videla, continuaron las masacres en nuestro país: las persecuciones y matanzas indias de la Patagonia, el Chaco y el norte santafecino, Formosa y Salta; los crímenes ordenados por la Forestal y el ingenio El Tabacal en nombre del «familiar»; los doscientos tobas asesinados en

En 1993 fue diputado Nacional por el Frepaso, aunque permaneció en ese partido solo un año por diferencias con Carlos «Chacho» Álvarez.

Los sucesos de diciembre de 2001 le dieron la oportunidad de reencontrarse con el documental, así nació *Memoria del saqueo* (2003), que muestra la devastación de Argentina luego de las políticas neoliberales de los noventa. En 2005, estrenó *La dignidad de los nadies*, donde pueden verse historias y testimonios de la resistencia social frente al desempleo y el hambre en Argentina, que ya había graficado en *Memoria del saqueo*. En 2007 estrenó *Argentina Latente*, documental sobre las potencialidades científicas, tecnológicas y humanas del país. En 2009 siguió con *La Última Estación*, sobre la entrega y destrucción de los ferrocarriles.

Actualmente es diputado nacional por Proyecto Sur.

Napalpí –Chaco– en 1924; los fusilamientos de la Semana Trágica y la masacre de los campesinos que también, en el gobierno de Yrigoyen, documentara con tanta precisión *La Patagonia Trágica*. No es exagerado decir que casi todos los gobiernos de la primera mitad del siglo xx –constitucionales o de facto– estuvieron manchados con la sangre de los despojados por Mitre y Roca, y de las represiones de las huelgas obreras que dejaron cientos de muertes. Hasta el gobierno de Perón –que produjo un antes y un después en la legislación y los derechos sociales y construyó su poder en la alianza de los trabajadores con el ejército– fue incapaz de revertir la tendencia represiva frente al indio: en 1947 ametrallaron a seiscientos pilagás en Las Lomitas, Formosa.

Estas masacres y despojos silenciados son una carga que llevamos los argentinos, y está lejos de ser reparada. Pocas son las voces que se oyeron para denunciarlos o fueron capaces de pararse ante las estatuas de genocidas como Roca, exigiendo su destrucción. Entre ellas está la de un grande que con obstinación destrozó la historia de los vencedores y puso en su mochila el reclamo de justicia de los vencidos. Antes que la escritura, en Osvaldo Bayer estuvo la indignación y el asombro frente a la barbarie de los «civilizadores». Lo suyo no es solo literatura ni materia para inspirar textos: es el fuego solidario y libertario que alimenta su vida y sus escritos, siempre dispuesto, como diría el «Che», a correr la suerte del oprimido. Son necesarios muchos Bayer para humanizar esta injusta Argentina del saqueo, de la impunidad de los corruptos, de un Carlos Menem senador de la Nación, de la televisión banal que silencia la necesaria voz de Osvaldo en los espacios mediáticos.

De viaje en viaje y de exilio en retorno, transmitiendo tanto afecto como saber a los jóvenes, escribiendo en su modesto y cálido «Tugurio» de Belgrano o acogiendo al visitante con su noble amistad y el mejor de sus vinos: ¿qué sería de nuestro país sin la llama generosa y el coraje de este escritor, maestro y peregrino infatigable?

Ante tanta degradación moral y ausencia de valores, la figura ética de Osvaldo Bayer, es el espejo claro donde todos debemos mirarnos.

Oswaldo Bayer

Eduardo Jozami*

Mi primer contacto con Oswaldo Bayer ocurrió hace muchos años, en los sesenta, cuando yo recién terminaba mis estudios de abogacía. Oswaldo era secretario general del Sindicato de Prensa y me propuso que actuara como asesor letrado. La decisión no había sido consultada con la dirección del Partido Comunista que entonces controlaba el Sindicato y, seguramente, ese no fue el primero ni el último de los conflictos que Oswaldo tendría con la dirección de un partido del que no tardaría en alejarse.

Años después, tuvimos un dramático encuentro telefónico. Oswaldo, entonces uno de los secretarios de redacción de *Clarín*, fue quien me confirmó, en la noche del 27 de junio de 1969, la muerte de Emilio Jáuregui —compañero de ambos en aquellos comienzos del gremio de prensa— baleado por la policía cerca

* Periodista, escritor, docente universitario. Detenido durante toda la dictadura militar (1976-1983). Recibió en 1991 el premio Hellmann-Hammet, que otorga el Foro por la Libre Expresión de Nueva York a los intelectuales que han sufrido persecución política.

Ha sido director y editor de la revista *Crisis* y de varias publicaciones de política y cultura. Entre otros libros, publicó: *Crisis de la dictadura argentina* (coautor, 1985); *El lugar de la política* (1995); *Ya nada será igual. Argentina después del menemismo* (2000); *Final sin gloria* (2004); *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción* (2006); *Dilemas del Peronismo. Ideología, historia política y kirchnerismo* (2009).

Fue legislador y constituyente de la ciudad de Buenos Aires, y es profesor titular consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Es director del Centro Cultural Haroldo Conti que funciona en la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), emblemático campo de exterminio de la última dictadura militar argentina, convertido a partir del 2007 en un Espacio para la Memoria.

de Plaza Once, durante la manifestación convocada por la CGT de los Argentinos en repudio a la visita de Nelson Rockefeller.

Desde entonces, pasamos tiempo sin vernos y luego volvimos a encontrarnos periódicamente. No militamos nuevamente juntos pero nos encontramos siempre en las grandes causas, como la lucha por los derechos humanos. Junto a estas coincidencias existieron diferencias menos importantes, pero –además– aquellos episodios que he narrado al principio me hicieron recordar siempre a Osvaldo como un amigo entrañable.

En la historia del movimiento popular argentino, Osvaldo Bayer tiene un lugar bien ganado. Le debemos el relato tan documentado como apasionante de las primeras luchas de los trabajadores anarquistas, también –en su texto sobre la masacre de la Patagonia– una pintura imborrable del odio de clase. A sus ochenta años, Bayer sigue hoy en esa brecha, reclamando por el reconocimiento del genocidio de los pueblos originarios y por quitar a Roca del pedestal en que una oligarquía reconocida supo ubicarlo.

Pensar en Bayer es recordar el heroísmo del gallego Soto o la ingenua pasión de Severino de Giovanni y Paulina Scarfó: en este entorno en que son tantas las pruebas en contrario, Osvaldo nos ayuda a seguir creyendo que los hombres también pueden moverse por un profundo sentimiento de amor.

Pensando en un compañero

Daniel De Santis*

Sin conocerlo personalmente a Osvaldo Bayer siempre lo sentí cercano, no digo como un amigo, pero sí como uno del barrio, como alguien familiar, es por eso que voy a escribirle, de entre casa, sin pretensión de rigurosidad.

Nosotros éramos jóvenes «marxistas-leninistas», o que pretendíamos serlo, no sabíamos mucho de los marxistas ni de los anarquistas, de sus grandes enfrentamientos teóricos y de los graves hechos históricos. De Trotsky y los marineros del Kronstand, de la Guerra Civil Española, de tierra y libertad o del V Regimiento, de Buenaventura Durruti, de Andrés Nin o de la Pasionaria, de la CORA y de la FORA, del V o del IX Congreso, o algo quizás sí, pero nebuloso. Por escritos de Osvaldo, de segunda o tercera mano, supimos de un anarquista que se llamaba Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia, de sus luchas, de sus periódicos y de sus bombas, fusilado por Uriburu, el general, y de su

* Nació en Chivilcoy, en 1948. Desde niño se sintió atraído por las actividades políticas y sociales. Inició su militancia en 1968, en el socialismo, y en 1971 se incorporó al PRT-ERP. Fue dirigente de Propulsora Siderúrgica y de la Coordinadora de Gremios en lucha. Ocupó distintas responsabilidades partidarias y fue elegido miembro de su Comité Central en 1975. A fines de 1977, desde Brasil, dirigió la segunda etapa del repliegue partidario —exiliándose luego en Nicaragua y participando de la gesta sandinista de 1979— y estudió marxismo en la Escuela del PC Cubano. Regresó a la Argentina en 1983, se graduó de Profesor de Física y Matemática. Como tal contribuyó a la fundación de sindicatos en su gremio y mantiene una activa militancia para la construcción de un partido de los trabajadores. Recopiló en dos tomos, documentos del partido *A vencer o morir PRT-ERP, El PRT-ERP y el Peronismo*. En 2010 publicó su obra más extensa sobre la organización política armada guevarista: *Historia del PRT-ERP por sus compañeros*.

compañero Ludovico Scarfó quien fue encontrado por la policía tirado en una zanja famélico, desmayado por el hambre y que, al ser interrogado por su estado pero teniendo cincuenta pesos en el bolsillo contestó: «eso es del sindicato». No era un marxista pero era un ejemplo de lo que debe ser un militante, nos ayudaba a forjarnos y a forjar a esa nueva generación de militantes que nacía con un pie antes y otro después del Cordobazo. Y, en todos los planos, aquellos anarquistas nos aportaban que además de la teoría había que pasar a la práctica y a la acción. Luego vino *La Patagonia Rebelde*. ¡Qué podemos decir de esa obra maestra de la literatura y del cine! De esa pieza de amor al proletario y al proletariado, y de los Vengadores de la tragedia quienes nos recuerdan que la lucha continuará, pese a todo, mientras haya explotación. De sus relatos de los años cuarenta y del negociado con las tierras del Palomar, concluimos que corruptos hubo siempre, pero con la diferencia de que antes había vergüenza: por aquel negociado un diputado se suicidó y cinco renunciaron; muchos funcionarios de la actualidad la han perdido, por eso no son otro caso que sinvergüenzas.

A Osvaldo lo leímos muchas veces y lo escuchamos algunas. En una opinión apresurada dijimos que escribía mucho mejor de lo que hablaba. No hace mucho, en 2005, lo invitamos, por intermedio de Julio Ferrer, para hablar del anarquismo y del socialismo en la Cátedra del «Che». Nos dijo que sí, pero nos manejó la fecha, no fue casual que solo pudiera el 11 de octubre, lo tomamos como una atención para con la Cátedra y sus alumnos que ese día fueron más que muchos.

Cuando llegó y hablamos con él se nos reveló como lo presentíamos, familiar, compañero, amigable. Teníamos asignada un aula para cien personas, tuvimos que salir al hall y armar improvisadamente un equipo de sonido. Como Fidel en la Facultad de Derecho, Osvaldo en la de Humanidades de La Plata. Nos habló del 12 de octubre y, después, del genocidio, aquel de Roca Julio, el Argentino, y de la bolsa de Ataliva. En la segunda hora cumplió con el pedido, y nos contó del socialismo y del anarquismo, de aquí y de allá. Algún joven militante le pidió definiciones a favor o en contra del leninismo. Osvaldo le contestó con la sabiduría del veterano que incluye el respeto. Y volvió a Julio el Argentino

y su estatua gigante que nos recuerda dónde está el poder; a Mitre, al Coronel Varela, a Falcón, Ramón L., el de la calle, el asesino de 1909, a Colón, a Cortés, a Pizarro, a Ménem, a Videla, e integró pueblos originarios, proletarios, campesinos, pobres y postergados de siempre, libertad, justicia, anarquismo, socialismo..., y el futuro.

Antes de finalizar se lo invitó para la próxima, para seguirla; estamos en deuda. Nos ayudó a entregar los certificados de los alumnos destacados. Lo aplaudimos y lo acompañamos hasta la puerta, estaba contento. Le dijimos con satisfacción que ese día había hablado como escribe.

Para terminar, un breve homenaje a Osvaldo, utilizando sus palabras que, sentimos, hoy las podemos decir de él:

«Actualmente, el anarquismo argentino es solo un recuerdo, una tradición, una línea histórica –tal vez la más pura en luchas y sacrificios– del movimiento obrero. Pero si bien la ideología quedó atrás, el movimiento obrero que nació con ella y después marchó por otros rumbos, sigue inalterable. Ninguna de las dictaduras militares ha podido destruirlo. La conciencia de los derechos obreros sigue permanente. Ese tal vez es el mérito de los Malatesta, de los Gori, de los inmigrantes italianos y españoles y de otras nacionalidades que llegaron al nuevo suelo y dedicaron todas sus horas libres y hasta sus vidas enteras a la politización del proletariado que se iba formando. El recuerdo de ese mérito es el homenaje a todos aquellos que fueron expulsados por leyes represivas, o fueron asesinados o sufrieron cárceles por sus ideas».

Oswaldo Bayer

Enrique Gorriarán Merlo*

Entrando a la ciudad de Rosario observó las villas que bordean al Boulevard Nicasio Oroño y, llegado el momento de abrir el debate en el Encuentro por la Unidad Latinoamericana —el 29 de abril del 2006—, cambió el discurso que tenía pensado, para centrarse en una descripción impecable de lo que acababa de presenciar y en una exaltación a luchar contra la injusta realidad que vivían los que habitaban aquellas construcciones inhumanas. Enseguida abordó lo engañoso de los anuncios gubernamentales, que hablaban de grandes avances económicos para los argentinos, resaltando que esos avances eran para los pocos argentinos que gozan —y han gozado— de privilegios, a costa de la marginación de otros. Inmediatamente pasó a preguntarse qué «independencia» creaba el pagarle más de diez mil millones de dólares al FMI, mientras la gente estaba sin

* Nació en octubre de 1941, en San Nicolás, en el seno de una familia de clase media. Su primera militancia fue en la escuela secundaria defendiendo la enseñanza laica allá por el año 1958. Comenzó la carrera de Ciencias Económicas en Rosario. Trabajó como obrero en el frigorífico Swift, participando en la lucha sindical y política. Miembro de la dirección del PRT-ERP, desde 1971 desarrolló su militancia en la clandestinidad. Participó en hechos como la fuga del penal de Rawson y la guerrilla en Tucumán en la Campaña de Monte Ramón Rosa Jiménez. Combatiente internacionalista en la guerra de liberación de Nicaragua y fundador del MTP (Movimiento Todos por la Patria), fue secuestrado en México en 1995 por los servicios de inteligencia argentinos. En julio de 1997 fue condenado a cadena perpetua en un juicio irregular por los hechos de la Tablada. Después de la lucha de los organismos de derechos humanos y de los propios presos, Duhalde, a fines del 2002, lo indultó. Murió a fines de 2006.

cloacas, sin agua potable, sin trabajo, sin... Osvaldo optó por no hablar sobre proyectos de futuro, para convocar a trabajar por la solución a la injustificable tragedia presente.

Como historiador y periodista —quienes lo leyeron ya lo saben— es un investigador agudo e íntegro. Como persona es ajeno a cualquier oportunismo, e incapaz de aprovechar su prestigio en beneficio propio. Es alguien que utiliza los honores que le brindan los gobernantes (Ciudadano Ilustre de Buenos Aires, de Rosario, etc.) para buscar objetivos justicia y verdad para la sociedad en su conjunto.

Así es como —por ejemplo— se presentó a los legisladores que votaron a favor de brindarle un merecido reconocimiento, para explicarles por qué el monumento a Roca es una ofensa a los hombres y mujeres decentes de nuestro país. Se trata de un monumento que reivindica a quien practicó el exterminio de pueblos originarios con el fin de apoderarse de los territorios que eran su hábitat, y por eso les solicitó que enmendaran ese agravio a la población. Al no lograrlo corroboró que el reconocimiento a su trayectoria se contradice con la falta de voluntad para rectificar la versión sobre un drama histórico, del cual la abrumadora mayoría de los legisladores son plenamente concientes. Pero continúa, sin desviarse un milímetro, por su derrotero.

Una de mis hijas y mi yerno lo recogieron en su casa de la calle Arcos de Buenos Aires y, después de realizar varios controles previamente determinados para comprobar que no eran seguidos, tomaron rumbo hacia la costa atlántica para encontrarme en una pequeña casa alquilada por apenas cuarenta y ocho horas. Eso ocurrió una tarde de 1993, cuando conocí personalmente a Osvaldo, que aceptó verme estando yo en la clandestinidad.

Quizás el relato no llame la atención, pero quienes han vivido con la identidad obligadamente oculta saben de una circunstancia donde las relaciones no abundan. Menos aún abundan los que desean reunirse con alguien perseguido y se disponen a correr el riesgo de compartir un destino incierto en caso de ser detectado el encuentro. Y menos todavía si la cita secreta es con alguien al que se conoce —como fue en este caso— solo por algunas referencias.

Cuando en 1995 el diario *Página/12* dejó desempleados a ochenta trabajadores, Osvaldo se presentó al director para proponerle que quienes menos necesitaban, con él a la cabeza, donaran medio sueldo a fin de que los despedidos retornaran a sus puestos. La moción obtuvo la indiferencia de la mayoría de los convocados como donantes. Y la respuesta del director consistió en una sonrisa irónica, que selló el resultado de una gestión que culminó con una estrepitosa victoria de la indolencia sobre la fraternidad.

A la transparencia de un pensamiento flexible, pero sin concesiones en lo que pueda afectar la dignidad de las personas, a su compromiso con las causas nobles, se suma una acción conciente que exhorta, con la constancia del que está convencido, a la unidad de los ofendidos por el sistema.

Dejar para después el discurso fácil sobre un futuro promisorio para llamarnos la atención por la realidad social de hoy habla de una profunda **sensibilidad**. Poner en evidencia la hipocresía de sus aduladores sin especular sobre las consecuencias para sí, habla de alguien **insobornable**. Visitar a un fugitivo que casi no conoce, arriesgando la libertad o la vida, habla de **valentía**. Ofrecer la mitad del salario para que otro pueda seguir empleado, habla de **solidaridad**. Postergar la consideración de criterios personales o de grupo para poner por delante la unidad en pro del bien común, habla de **generosidad**.

Ese es, en mi opinión, Osvaldo Bayer.

La biblia de la izquierda

Pablo Llonto*

La primera vez que vi a Osvaldo Bayer, él era un libro. O tres. Terminaba de adquirir los tan buscados ejemplares de *Los Vengadores de la Patagonia Trágica* (por entonces tres y no cuatro tomos, la edición de los famosos puntitos en el lomo), representaba una forma de diferenciarse de los demás. En 1983, decir que uno había leído a Bayer y que sabía de las matanzas de obreros en Santa Cruz era un privilegio de pocos. Bayer era la historia jamás contada a los argentinos.

La edición de Galerna no traía solapa y mucho menos fotos de Bayer. Su rostro aún era desconocido para nosotros, los jóvenes educados en los años de la dictadura.

La segunda vez que vi a Bayer fue en su casa de Belgrano. Había ido a pedirle (suplicar es el verbo adecuado) un prólogo para el libro sobre *Ernestina de Noble y el imperio Clarín*. Aquella mañana, junto al editor Gogo Morete, nos

* Nació en 1960. Es periodista y abogado. Desde octubre de 1978 trabajó como redactor de las secciones Deportes y Política del diario *Clarín*. A partir de 1984 fue delegado gremial de los trabajadores de prensa de ese matutino hasta que la empresa le impidió el ingreso en 1991. Como periodista trabajó en las revistas *Noticias*, *El Gráfico*, *Somos*; en los diarios *El Expreso*, *La Razón*, *Veintitres* y *Gatopardo*; en las radios Libertad y La Red y en los canales de televisión VCC, 9 y 7. Actualmente es director de la revista *Un Caño* y colabora en *Caras y Caretas*, entre otras. Como abogado, en los ochenta fue integrante de los equipos voluntarios del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), y representa a familiares de compañeros desaparecidos y asesinados. Es autor de los libros *La Noble Ernestina*, investigación sobre el diario *Clarín* y el pasado oculto de su dueña. Y *La Vergüenza de todos, el dedo en la llaga del Mundial 78*.

tocaría ser protagonistas de un momento de alegría profunda: mientras aguardábamos en un patio lleno de libros y obsequios, desde otra habitación se escuchaba la voz de Bayer, en alemán, atendiendo el teléfono.

De pronto, se asomó hacia nosotros con una botella de vino y tres vasos:

–Vamos a festejar con este.

–¿A festejar don Osvaldo? ¿Qué se festeja hoy?

–Acabo de hablar con mi médico en Alemania; me dijo que el resultado de los últimos análisis ha dado negativo y que mis marcadores dan resultado cero.

La batalla contra el cáncer, luego de unos años, preanunciaba una victoria.

Así, de pronto, veinte años después, de lector a testigo de un pedacito valioso de su historia, mi relación con la Biblia de la izquierda argentina fue pasando de menor a mayor.

Seguramente el apodo no le agradará. Para un socialista libertario, que alguien lo llame La Biblia le debe causar cierto asco. Pero haremos como los viejos cronistas de boxeo, pondremos apodo al boxeador sin consultarle nada. Bayer es nuestro boxeador. Nosotros lo alentamos desde abajo del *ring*.

A él recurrimos los periodistas, los militantes, los oyentes cuando hay que hablar de anarquistas, de socialistas, de guerrilleros, de combatientes, de Perón, de Rodolfo Walsh, de los intelectuales de los sesenta, de las Madres, de los ejemplos del exilio, de la miserable prensa argentina, del «Che», de los troskos, de los piqueteros, de los escritores, de fútbol...

A él recurrimos cuando hay que prologar un libro y su voz de abuelo, tan dulce como cascarriabas, tan contador de anécdotas como silencioso, dice nuevamente al joven o al viejo: «ya escribí tantos prólogos en mi vida que he resuelto no escribirlos más».

Veinte días después, con la puntualidad que le viene de su sangre, Bayer entregará al joven o al viejo, el prólogo más pulido, sabio y conmovedor que corresponde a cada tema.

El campeón no alza los brazos, se baja del *ring*, saluda silencioso y se va a camarines..., a la espera del próximo combate.

El maestro dentro del alumno

Liliana López Foresi*

¿Cómo se dice el amor a quien se ama si no es mirándolo? Raramente se tiene el privilegio de llegar a decirlo. Con Bayer pude. Y él agradeció, como si fuese alumno y no creyera haber hecho nada para inspirar un amor, nada farandulesco, por cierto.

El privilegio mayor fue que él supiera que alguien necesitado de escucha, la tendría: «Hablá con ella, que te va a escuchar», le aconsejó a alguien a principios de los noventa. «Ella» era yo, y espero haber ayudado.

Más privilegio aún es llegar a dar las gracias como lo estoy haciendo, en el libro de un joven de treinta años. Alguien que podría ser mi hijo. Sumamos generaciones al amor. Esto es lo que llamo triunfo.

* Es periodista y locutora nacional. Fue animadora de programas musicales en radio y TV, dedicados al tango, todos ellos vendidos internacionalmente. Primera y única mujer conductora del Festival folclórico de Cosquín durante los primeros treinta y ocho años de su realización. Fue conductora de programas periodísticos en todos los canales nacionales y en la mayoría de las radios nacionales, y la primera mujer de la Argentina a quien contrataron para un programa de opinión política. De sus treinta y uno años de trayectoria, los últimos catorce ha estado prohibida. Primero, el gobierno de Carlos Menem pactó con el Grupo Clarín para sacar del aire su programa *Revista 13*, a comienzos de la década del noventa. Después, el gobernador de Neuquén, Jorge Sobisch, hizo que la emisión de *La Nave*, que conducía en Buenos Aires por AM 1150-Concepto, acabara de manera abrupta. Luego mantuvo, con mucho éxito, por siete temporadas el programa de televisión *La Persona Indicada*, en una señal de cable. Desde Radio Cooperativa (AM 740) realizó su programa semanal *Señoras y señoritas*, donde abordaba todos los temas del momento. Actualmente conduce su programa en *Radio Del Plata* y en TV por Canal 26.

Cada tanto se tiene el placer de cruzarse con la mirada luminosa del maestro, con piel de alumno. Él sonríe como si recordara, y una sonríe agradecida por el intento.

Con Osvaldo Bayer intercambiamos una hora televisiva –lo más intensa que el medio permite– y muchas más de placentera lectura, de la que él ni se entera; un espiar gozoso y diletante a las discusiones en las que se sumerge con pasión de alumno, sin arriesgar ni un ápice del afecto que siente por muchos con los que discute. Agradecida.

Somos más de lo que suponen las mujeres que pensamos que un hombre afanosamente dedicado a hacer dinero se parece bastante a un imbécil que no enfrenta los fantasmas que el dinero parece conjurar. ¿Quién se imagina a Bayer juntando plata? No. Osvaldo parpadea como diciendo con Goethe: «¡Quiero luz!».

Es desde esa naturaleza libre que Osvaldo sostuvo económicamente con la mitad de sus ingresos a otro Osvaldo amadísimo, que nos falta tanto: Soriano. Con estilo Bayer. Sin alharacas, sin carretaje. Haciendo, simplemente, lo que siente que hay que hacer.

Es este maestro ganado para la libertad –«fraterno y entusiasta»–, al decir del santo ácrata González Pacheco, el mismo que habla de Marlene como si fueran el primer hombre y la primera mujer. O los últimos. El mismo que, desde ese vínculo apasionado, recomienda al filósofo irónico dedicarse a dar clases sobre Kant que él hará lo mismo para hablar sobre la infinita Dietrich. Como si fuera un alumno...

Todos sabemos que, en el aula de al lado, puede dictar a Hegel. Claro que así denunciaríamos que lo sabemos maestro, y esto sería tan insoportable como llamarle «don» o hacerle decir «whisky» para la foto. Justo a él, que siembra «salud y anarquía».

No sé si el monumento a Roca será removido. Quizás, al mismo tiempo, sería interesante que le faltara la caricia impropia en su foto impresa en los billetes de cien. O que los jueces se dieran por enterados que «la tierra estaba de antes», y no pusieran el tope de escrituras datadas en 1897 para entregar nuevamente las tierras de los masacrados en el desierto; masacrados para que alguien pudiera escriturar por aquellos años.

Lo que sé es que –sin importar el número de asistentes– Osvaldo pone delante un símbolo, para que traccione una realidad demasiado quieta, y empieza a cargar de sentido un lugar sobre el que hace mucho no se posa mirada alguna. No espera resultados. Hace, simplemente, lo que siente que hay que hacer.

Gracias a Julio por este libro.

Creo que con Osvaldo Bayer –y tantos otros contemporáneos– tenemos asegurado el beso de las buenas noches. El de Osvaldo, espero se demore muchísimos años más. Seguir abrazando sus libros y –eventualmente– escucharlo es, ya, un beso en la frente.

En *Representaciones del Intelectual* Edward Said dice que, independientemente de la singularidad específica de un intelectual —pintor, médico, químico—, nunca debe olvidar que la función crítica de la sociedad que le tocó vivir es su función fundamental.

Osvaldo Bayer en ese sentido es el paradigma de esa definición. Su voz en sus escritos, sus obras o sus películas siempre lleva la crítica a los poderes de turno. La historia de ese anarquismo, que él tanto ama, jamás fue descripta por nadie con tanta pasión, y con tanta humildad. Feroz e implacable en sus críticas es al mismo tiempo una estupenda muestra de humildad y de sencillez. Implacable defensor de los derechos humanos que la dictadura avasalló. Un ejemplo de intelectual. Seguro que las generaciones posteriores lo tendrán siempre presente como ejemplo de compromiso y dignidad.

* Médico, dramaturgo y actor de teatro y cine. Ha escrito *El señor Galíndez*, *Telarañas*, *Potestad*, *Paso de dos*, *Rojos globos rojos*, *Poroto* y *La muerte de Marguerite Duras*; en las que, además, actuó. *Potestad* representó al teatro argentino en cuarenta festivales internacionales y fue llevada al cine por César D'Angiolillo. *El señor Galíndez* fue dirigida por Jaime Kogan. *La nube* de Pino Solanas es una versión de *Rojos globos rojos*.

Pavlovsky es creador del Movimiento Psicodramático en Latinoamérica y fue autor del primer libro sobre psicoterapia de grupo de niños adolescentes. Actualmente coordina el Centro de Psicodrama Psicoanalítico Grupal.

Solo basta decir: Osvaldo, tenerte con nosotros es un lujo. Perdurarás como la conciencia crítica de alguien que siempre se jugó por sus valores e ideas con el máximo sentido de despojo. Yo admiro tu «mismidad», que nunca varió y siempre fue la misma a pesar de las diferentes coyunturas que atravesó el país. Eso es lo opuesto a «coyunturales»—de los cuales te diferenciás siempre—, hoy tan comunes en nuestro medio.

Los tipos como vos embellecen la Argentina. En ese sentido digo que tener-te entre nosotros es un verdadero lujo.

La vuelta de uno que no se fue nunca

Eduardo Anguita*

Hacia junio de 2006, cuando todos los ojos argentinos miraban a Alemania con excitación pensando que nuestra Selección podía hacer capote en el Mundial, por casualidad, estaba mirando un estante de mi biblioteca y reparé en la solapa del primer tomo de *Los Vengadores de la Patagonia Trágica*. Osvaldo va a cumplir ochenta, me dije, y qué mejor que sugerirle un viaje por aquellas estancias donde las peonadas se levantaron en defensa de sus derechos. Ya había aprendido aquellas historias, cuando tenía dieciséis o diecisiete, de su mano, cuando nunca me imaginaba que iría a conocerlo, pero por entonces, muchos apenas dejábamos el álbum de figuritas y nos inundábamos de sentimientos épicos con la sangre caliente del «Che» en Bolivia, con los alzamientos del Cordobazo o con el periódico de la CGT de los Argentinos. Habían pasado

* Nació en Buenos Aires en 1953. Es periodista, escritor y docente universitario. Fue secretario de redacción de la Agencia Télam. Fue gerente de noticias de Canal 7. Es fundador y presidente de la Asociación *Matilde Vara-Hogar El Armadero*. Espacio dedicado a niños y adolescentes excluidos. Sus últimos trabajos documentales son, entre otros, *Patriotas —a medio siglo, los fusilados hablan—* (Canal 7, a cincuenta años del levantamiento y posterior fusilamiento del general Valle y otros 31 civiles y militares) y *La vuelta de Osvaldo Bayer* (Canal 7, un viaje por los escenarios de los fusilamientos en Santa Cruz de 1921). Es autor de varios textos. Junto a Martín Caparrós escribió la saga *La Voluntad, una historia de la militancia revolucionaria en Argentina* (Norma 1997/98, relanzada por editorial Planeta, 2006); *Grandes hermanos, alianzas y negocios ocultos de los dueños de la información* (Colihue, 2002); *Cartoneros, recuperadores de desechos y causas perdidas* (Norma, 2003) y *La compañía de monte* (Planeta, 2005) entre otros.

Actualmente es director del semanario *Miradas al Sur*.

tantos años..., y Osvaldo estaba en Alemania, como tantas veces, compartiendo su vida con su mujer, sus hijos y sus nietos. Vacilé por un momento, no me parecía justo ser un intruso en su vida. Lo pensé varias veces y encontré un argumento: él se había metido con nuestras vidas al publicar tantas verdades; me acuerdo de mi grupo de amigos del Buenos Aires, Germán, Francisco, Luco, Claudia, tantos otros que tempranamente empezábamos a ponernos alias y protegíamos los libros con papel de diario para ocultarlos de las miradas de los tiras en los bares del centro. Y entonces me decidí a mandarle el mail. Osvaldo, ¿te gustaría recorrer Santa Cruz, pisar de nuevo las estancias, detenerte en Jaramillo, en la estatua de Facón Grande? Y no muchas cosas más le puse, salvo que llevaríamos cámaras y un equipo humano de primera. No tardó casi nada en contestar, con esa disposición a la acción que deben envidiarle la mayoría de los intelectuales. Además, me agregó que, si andaba cerca, fuera a su casa alemana, porque tenía una habitación sencilla para que yo pudiera quedarme. Un libertario cabal, para quien la fraternidad se practica. Desde ya no fui a Alemania y mis sueños de ver el Equipo Campeón se desmoronaron, pero me junté con Emiliano Costa y el resto de la gente para ver cómo llegábamos a cumplir con el desafío. Un desafío bastante egoísta porque, si la película salía bien, el regalo sería, finalmente, para nosotros.

Todo marchó bien y una novecita nos juntamos en Aeroparque, éramos ocho y llovía tanto que la pista se confundía con el cielo. Teníamos que recorrer cinco mil kilómetros en una semana y si la meteorología nos castigaba fracasaríamos irremediablemente. Pero, como un Quijote de ley, Osvaldo no miraba la lluvia ni se preocupaba por el anuncio de la voz metálica que siempre confirma que un avión puede salir más tarde. El maestro repasaba sus libros, para no perder detalle, para no defraudar a quien tuviera que ver ese documental. Compartimos una semana, nos divertimos, desfilamos anécdotas que son pedazos de la historia y del presente. De regreso a Buenos Aires se me había pegado un Osvaldo con sabor a gaucho. Por la ternura con la que trataba la historia de Facón Grande o de tantos peones rurales fusilados en aquellas tierras. Y se ve que no estaba tan alejada mi percepción: cuando Nicolás le sacó una serie de fotos para el documental, en varias tenía la misma expresión que el famoso

dibujo con que Castagnino ilustró alguna edición del *Martín Fierro*. Allí fue que surgió el título del documental: *La vuelta de Osvaldo Bayer*, y sus ojos se fundieron con los del gaucho perseguido, marginado y peleador.

El único reparo tenía que ver con el poema *Nocturno a mi barrio*, cuando Troilo, con voz ronca y cansada, increpa: «Alguien dijo una vez / que yo me fui de mi barrio / ¿Cuándo? ¿Pero cuando? / Si siempre estoy llegando...». ¿Acaso Osvaldo se había ido alguna vez de aquellas tierras? ¿Alguna vez había dejado solos a aquellos muertos insepultos caídos por las balas del fusilador Varela? Por las dudas, don Osvaldo, se lo aclaro: usted nunca se fue del barrio. Usted, como decía aquel otro alemán, el dramaturgo, ese tal «Brecha»; usted es de los imprescindibles, de los que están siempre, con ojos de mirada fiera si es necesario y con la sonrisa fresca, de pibe, de un pibe de ochenta.

De cómo Osvaldo Bayer nos salvó en dictadura

Ana María Ramb*

Para muchos, muchísimos argentinos, Osvaldo Bayer es modelo libertario y justiciero. Lo fue siempre, como intelectual orgánico de los explotados, humillados y ofendidos. José Martí decía que en el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz, y que, cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que llevan en sí el decoro de muchos hombres, y son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres, prosigue Martí, va un pueblo entero, va la dignidad humana.

Durante un momento muy largo, Osvaldo Bayer sostuvo en sus hombros nuestra dignidad. Como la llevaron y la llevan las Madres de Plaza de Mayo. En aquellos años de noche y niebla, y sin que Osvaldo siquiera lo imaginara, fue la

* Escritora, periodista y docente. Publicó una veintena de títulos, entre ellos: *Renancó y los últimos huemules*, novela escrita con José Murillo, traducida a tres idiomas (Premio Casa de las Américas, La Habana, 1975), *Un zapato con ceniza y lluvia*, cuentos (Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores). Obtuvo en dos ocasiones la Mención especial en el Concurso organizado por la revista *Plural*, México, por *El ojo único del sol* (1984) e *Impúdicos fantasmas del hastío* (1990), cuentos para adultos. Por *La trayectoria* y el conjunto de su obra recibió Mención de Honor en el 2.º Concurso Latinoamericano de Literatura Infantil «José Martí» (San José, Costa Rica, 1999). Fue dirigente de ADOMI, gremio fundante de CTERA (Confederación de Trabajadores de la Educación de la Argentina), e integró el Comité de delegados de APBA (Asociación de Periodistas de Buenos Aires) y la Comisión directiva de la SADE (Sociedad argentina de Escritores). Ejerció el periodismo en las revistas *Claudia*, *7 días* y *Vivir*. Colaboró en los diarios *Clarín*, *La Razón*, *Rosario*, *Río Negro* y en la revista *Cultural Contexto*. Integra el Departamento de Literatura y Sociedad del Centro Cultural de la Cooperación.

mejor compañía en un viaje pleno de contingencias. Y nos ayudó a resistir en dictadura. Por avatares de vida militante, con Joaquín, mi marido, tuvimos que cambiar de domicilio varias veces. No vamos a hacer una epopeya de lo que vivimos, porque otros compañeros arriesgaron más. Muchos de ellos ya no están.¹

Entonces, cada mudanza era un naufragio. Para no sucumbir, Joaquín y yo llevábamos en el equipaje nuestros tesoros más preciados: *Los vengadores de la Patagonia Trágica* de Osvaldo Bayer (Galerna, 1974). La *Antología de Marx* de Enrique Tierno Galván, que incluía además algunos apuntes biográficos de don Carlos, en edición madrileña de 1972. El número 101 de la revista *Reconstruir*, de la Federación Libertaria Argentina (marzo-abril de 1976) dedicado al centenario de Rafael Barrett, y con editorial que homenajeaba a Fernando Quesada, muerto el 16 de marzo. Del mismo Quesada, *El primer anarquista fusilado en la Argentina* (Destellos, 1974). La quinta edición de *Vida de un proletario* de Pascual Vuotto, con prólogo de Osvaldo Bayer (5.ª edición por Rodolfo Alonso, 1975) y *El proceso de Bragado* de Fernando Quesada (Korrigan, 1974). De editorial Lautaro: *Cuaderno de bitácora* de Héctor Agosti, 1965, y *Cartas desde la cárcel* de Antonio Gramsci, 1950. Un tomo de las obras completas de Lenin (Cartago, 1971): el *¿Qué hacer?*, tantas veces consultado en afán y angustia de obtener una respuesta.

Hubo otros materiales que, una vez leídos, tuvieron otros destinos, pero jamás fueron ceniza, porque nos hubiera quedado una quemadura en el alma. La lógica de Joaquín era esta: si nos vienen a buscar, por ahí nos plantan *El Capital*, que siempre quisimos comprar, y siempre nos faltaron cinco para los cien (o mil) pesos. Entonces, ¿por qué renunciar a estos seres queridos, si ya padecíamos otros alejamientos? Un familiar nuestro había partido al exilio, a medias como polizonte, a medias como pasajero oculto en un barco de carga rumbo a España. Con él viajó una de nuestras gemas: el número 4 de la revista *Todo es historia*, de

¹ Mi homenaje a Carmen Candelaria Román, Juan César Arano, Luis Justo Cervera Novo y Ricardo Gómez, secuestrados el 20 de mayo de 1977, a la salida del Comité de la Capital del Partido Comunista, en la avenida Callao. No fueron los únicos comunistas caídos en dictadura. Ninguno de ellos aceptó la fábula de la «dictablanda» en Argentina, «diferente» de la dictadura de Augusto Pinochet en Chile.

febrero del sesenta y nueve, con la nota «Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia», de Bayer. El joven revolucionario quería llevarse símbolos de aquello que lo había alentado a luchar, desde un lugar distinto del nuestro, pero por los mismos ideales: un mundo más justo, armonioso y amable, sin pobres ni ricos. Ni explotadores, ni explotados. Pan, vino y rosas para todos.

En nuestro periplo por los barrios porteños, también nos acompañaron discos de música chilena: Quilapayún, Huerque Mapu, Illapu, Inti-illimani, Víctor Jara, Violeta Parra. De los argentinos: Atahualpa Yupanqui, Osvaldo Pugliese y Los Trovadores, uno de cada uno. Ah, y los cantos de la Guerra Civil Española y una grabación de discursos del «Che».

Allí fueron. Primero, a un conventillo de la calle México, en Monserrat, encerrados bajo llave en una valija cuadrada, de cartón. En el fondo, los pocos pesos que teníamos de reserva. Un día encontramos la valija abierta, con los libros y los discos revueltos. Faltaba el dinero. El resto, núcleo duro de nuestras posesiones, estaba íntegro, ¡no nos habían quitado el esqueleto!

Al día siguiente nos mudamos a un departamento de Lugano II, cedido en préstamo por su dueño, que estaba en París. Volvió tres meses después, sin haber podido reconciliarse con su mujer, una exiliada chilena. Nosotros nos trasladamos a un monoambiente de la calle Don Bosco, en Almagro. Allí nos hicimos amigos del portero, que resultó ser un compañero del PC uruguayo. Le prestamos *La Patagonia rebelde*, que ya llamábamos así la obra de Bayer. Pasó el tiempo y el cumpa no la devolvía. No se la reclamamos las muchas veces que vino a tomar mate con nosotros, porque quizás él la necesitara más. Una noche, a eso de las once, llamó a la puerta de nuestro hueco. Me voy, dijo. Hay un plan, que los milicos llaman Cóndor, por el que canjean militantes orientales por argentinos; se llevaron a algunos compañeros que vivían en Caballito. Si tengo que morir, que sea en mi paisito, y luchando. No, no salgo en el vapor de la carrera, murmuró el cumpa en un abrazo sin melodrama. Nos dejaba como recuerdo suyo un disco de Alfredo Zitarrosa. Aquí lo tienen al amigo Bayer, dijo, y cerró la puerta. Los dos tomos de *La Patagonia rebelde* estaban algo desparpajados, pero enteros, ¡Bayer seguía con nosotros! No fuimos a la cama sin antes restaurar los libros con cinta transparente. El compañero había dejado su mar-

ca en una página, precisamente donde Facón Grande enfrenta a sus ejecutores. «Esto es dignidad», había escrito con lápiz muy sutil. A la mañana siguiente, alguna dama con soberbia de terrateniente se quejaba de la ausencia del portero, que había dejado el edificio sin limpiar.

En los años de plomo, el apoyo concreto de Joaquín me salvó en situaciones críticas. De su historia militante a él le quedaba una fractura mal soldada en el brazo y, en la experiencia, largas temporadas a la sombra como prisionero político. Durante la última, por aplicación del plan CONINTES, en Villa Devoto estudió textos de Gramsci, con la guía de Héctor Agosti. La primera detención, la había tenido en la famosa Sección Especial regida por Lombilla y Amoresano, quienes le hicieron conocer a Joaquín la picana, pero no consiguieron arrancarle una sola palabra sobre los compañeros de la gran huelga gráfica de 1948.

A fines de los sesenta, Joaquín discutió en el PC temas que afloraron años más tarde, en el decimosexto congreso partidario; sus conclusiones le darían la razón. De modo que en 1969 Joaquín había dejado la militancia efectiva, pero al acompañarme como marido y gran camarada en los años de plomo, en la práctica la había retomado.

Un par de desencuentros resquebrajaron esta pareja, que en medio de la adversidad parecía galvanizada. Cuento aquí el último. Por medio de Enrique Palazzo, un amigo anarquista, yo me carteaba con Pascual Vuotto. Quería escribir una historia en el contexto del proceso de Bragado, del que Pascual había sido uno de los protagonistas, y ya preparaba mi viaje para visitarlo en Mar del Plata, donde estaba radicado. Esta vez Joaquín no quiso acompañarme, y se opuso a mi viaje en forma terminante.

Me fui a vivir sola a un departamento en Floresta. Mi amiga Olga, compañera de mi maestro y camarada Pepe Murillo, me dio la garantía. Con el depósito y el primer alquiler se me fueron los recursos destinados al viaje a Mar del Plata. Iba a pedirle al portero que me ayudara a colocar ménsulas en la pared, pero me abstuve porque noté que todas las mañanas, cuando el hombre baldeaba la vereda, un policía de la comisaría 43.^a se detenía a echar un párrafo con él.

Armé como pude la biblioteca, y saqué los libros de las cajas. Allí estaba *La Patagonia rebelde* de Osvaldo Bayer, porque en la precaria partición de bienes,

Joaquín había insistido en que la llevara conmigo. Abrí el segundo tomo al azar, y releí cómo las cinco meretrices de «La Catalana», en Puerto San Julián, habían basureado a los milicos del coronel Varela. «¡Asesinos, cabrones! ¡No nos acostamos con asesinos!», les gritaban. Y armadas de palos y escobas, se negaron a atenderlos. «Esto es dignidad», me dije. En medio de la tristeza, saqué nuevas fuerzas. Aunque echaba de menos a Marx.

En la mudanza de Lugano II a la calle Don Bosco, se había perdido *La vida en los yerbales* de Rafael Barret, y también *El río oscuro* de Alfredo Varela, inhallables en librerías. Quiso la suerte que Alfredo me invitara a colaborar en la revista *Contexto*, que editaba con Ariel Bignami. Me regaló entonces un ejemplar de su novela, que Hugo del Carril había llevado al cine con el título de *Las aguas bajan turbias*. Alfredo tuvo que viajar a Francia, llamado por Joliot-Curie, presidente del Consejo Internacional por la Paz, y la edición del segundo número de *Contexto* quedó a mi cargo. «El apagón cultural» decía la tapa; era el título de la nota de fondo, en la que Héctor Agosti denunciaba la censura y asfixia de la cultura bajo el gobierno militar, más la ausencia de escritores de los que nada se sabía. Yo escribí allí una nota sobre la prohibición de *Un elefante ocupa mucho espacio* de Elsa Bornemann. Coloqué en mi biblioteca el ejemplar de *El río oscuro* de Alfredo, cerca de *La Patagonia rebelde* de Osvaldo. Me sentía bien acompañada. Pero añoraba la *Antología* de don Carlos.

Una tarde, en la Sociedad Argentina de Escritores, Ariel Bignami me habló de la iniciativa que Osvaldo Bayer impulsaba desde Europa. Consistía en armar una delegación integrada por intelectuales argentinos exiliados y figuras notables de Europa y Latinoamérica. El plan era que arribaran al país el día en que el dictador Videla le transfería el mando al dictador Viola; la Iglesia Evangélica Alemana fletaba el *charter* en avión. Encabezado por Julio Cortázar, el grupo denunciaría el horror de la dictadura desde la capital de la Argentina. En la organización del viaje estaba otro escritor argentino, Osvaldo Soriano. Pedían que en Buenos Aires se constituyera un grupo para recibir a los viajeros. Ariel me dijo que ya había incluido su nombre en esa comisión, y me preguntó si yo estaba dispuesta a hacer lo mismo. Le dije que sí, que algo debíamos hacer, porque seguir viviendo en un gran campo de concentración, desde La Quiaca hasta

Tierra del Fuego, ya era una muerte lenta y miserable, y el proyecto de Osvaldo surgía como un faro en la tempestad. La noticia me llegaba en el preciso momento en que yo había perdido la capacidad de soñar.

Volví esa noche a mi solitario departamento de Floresta. En el barrio había un apagón. ¿A quién vendrán a llevarse?, me pregunté, algo paranoica. Por suerte, esa noche en Floresta no se llevaron a nadie. Busqué una vela y la encendí. En el piso había un sobre. Lo acerqué a la llama. La letra, de elegante caligrafía, era de Joaquín. Me invitaba a encontrarnos en la confitería Las Violetas, a la noche siguiente, y me pedía que le llevara los dos tomos de *La Patagonia rebelde*. Estaba estudiando teatro y, como debía componer el personaje de un gallego bravo y curtido, pensaba tomar como modelo a Antonio Soto, uno de los líderes de la rebelión patagónica. Consideraba Joaquín que ya tenía el acento, porque él mismo era hijo de españoles. Republicanos, por supuesto; siete tíos suyos habían sido ejecutados por los esbirros del Sapo Iscariote, como él llamaba a Franco.

Entre ilusionada y escéptica, tomé los dos tomos de *La Patagonia rebelde*, ajusté un cuadernillo que estaba por desgajarse, y los llevé a la cita, dentro de un sobre de papel marrón. Café por medio, Joaquín sacó los libros del sobre y acarició las tapas como quien abraza a un viejo amigo, perdido durante largo tiempo.

Al día siguiente, me enteré de que el proyecto de los dos Osvaldos con Cortázar no podía ser. Pero para entonces yo soñaba de nuevo con el fin de la dictadura, y me inscribía en otros hormigueos pequeños y secretos, dos pasos adelante, uno atrás (a veces, «uno adelante y dos atrás»), de esos que saben organizar con obstinación los compañeros de fierro. *La Patagonia rebelde* había vuelto a compartir el mismo estante con la *Antología* de Marx. Muy cerca, *El río oscuro* fluía con increíble claridad.

Los historiadores que quedan encumbrados en la historia, deben ser reverenciados. Muy especialmente aquellos que, con espartana valentía, enfocaron su mirada hacia graves sucesos que permanecieron ocultos por la acción de las mafias del poder económico o de los grupos anexos a las elites, que prefirieron echar la verdad bajo la alfombra tejida por los complacientes escribas de la «historia oficial».

Solo mantener su inquebrantable ideario, ejercer el periodismo tenaz y éticamente, hacerse a sí mismo escritor despojado de pretensiones literarias, en mérito a no mezquinar el aporte de sus investigaciones que abundaron en narraciones dramáticas y hasta cruentas, además de padecer su ostracismo sin abandonar la militancia por los derechos humanos y contra la desaparición de personas o, precisamente, por no renunciar a ejercerla, son méritos incontrastables que ennoblecen a Osvaldo Bayer.

Solamente con *La Patagonia Rebelde*, su obra mayor, logró mostrar la cara oculta de una región que generalmente abunda en literatura de viajeros y na-

* Nació en Buenos Aires en 1936, estudió Derecho en la UNLP, y como periodista se inició en *Primera Plana*. Fue secretario de redacción de *Panorama*, *Siete Días* y otras revistas. Colaboró en diarios y revistas nacionales y del exterior. Cofundó *Telenoche* y *El Periodista de Buenos Aires*. Editó *Argentina por Argentinos* (TV canal 7, 1984). Realizó la investigación para el film *La Historia Oficial* y la de nazis en la Argentina para *Pobre Mariposa*. Autor de la novela histórica *Vieytes, el desterrado*, de *Historias de la Patagonia*. Es columnista del diario *Río Negro*.

rraciones bucólicas. Su manera de amar a la Patagonia sin desoír la metralla de los fusilamientos de los obreros de las huelgas de Santa Cruz, y exhumando, en cambio, la represión en una saga infatigable tras cada uno de los personajes, ha constituido su logro perdurable: el de mantener a la luz tanta crueldad exterminadora insepulta y que ello sea una desacostumbrada manera de cantarle a la vida de las generaciones futuras.

Esto es lo que pasó, les dice Bayer a los que vendrán, sin que puedan evitarlo, ya para siempre, los represores. Los desembozados o los Carlés ocultos en embanderamientos supuestamente «patrióticos» que abundaron y abundan en todas las épocas y en todas las comarcas que dicen proteger.

El retrato de los perfiles del aparato gubernamental cuando abusa del poder o silencia la responsabilidad de juzgar, cuando lo hace con uso avieso de la ley consagrada, están plasmados en su Severino Di Giovanni o en el trágico hundimiento de La Rosales, en el reguero de sus notas periodísticas, en cada una de sus disertaciones, pero también en el señalamiento cotidiano que Bayer ejerce sin pereza, y hasta con insomnio, en toda lucha justa. Claro enemigo de la dictadura militar, polemista temible, amigo entrañable de sus amigos: un hombre.

Oswaldo Bayer: vida y obra

Miguel Mazzeo*

*Y como la historia se ha relatado tantas veces,
ha echado raíces en memoria de todos*

John Steinbeck

La diada vida y obra, a pesar de remitir usualmente a un compendio, resulta escindible en la mayoría de los intelectuales argentinos contemporáneos. Los estragos del servilismo, la soledad, el vacío social y la desesperanza, han angostado el registro de la coherencia. Pero sucede que, a pesar de todo, este registro aún subsiste, riguroso y dilecto. Es probable que Oswaldo Bayer lo encabece.

Escribir sobre Oswaldo me lleva a reflexionar sobre la inscripción de su impronta en mi propia praxis y en la de unos cuantos más. No se trata de un ejercicio de egocentrismo. Simplemente propongo una representación íntima de Oswaldo con la certeza de que puede aportar a construir otra más objetiva, más rica y más certera.

Me veo, con veinte años, en el sur de Argentina, con los tomos de *La Patagonia Rebelde* en la mochila, recorriendo lugares de trágica evocación, aprendiendo a desentrañar una metáfora inolvidablemente descripta que sintetiza la historia argentina, hacia atrás y hacia adelante, tal como pude corroborar en reiteradas ocasiones, años más tarde.

* Escritor y docente en diversas cátedras de la Universidad de Buenos Aires. Coordinador del Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación. Ha publicado entre otros títulos: *Cooke de vuelta, el gran descartado de la historia argentina* (compilador) (1999); *Dioses fracasados. Apuntes sobre los procesos de la globalización neoliberal*. Ediciones Macchi (2003); *Oswaldo Bayer, mirada sobre su obra* (coordinador) (2003); *Piqueteros, notas para una tipología* (2004); *¿Qué (no) Hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios* (2005).

Me percibo intentando asimilar una historia vindicadora y cruda en el auge de la historia «profesional», ejercitada desde diversas soberbias, mojjigaterías y burocracias; en el tiempo de las palabras huecas y los sueños baldíos; en el contexto del dominio casi absoluto de los matizadores de atrocidades con sus calados sarcásticos, su coleccionismo, sus modos de tramitar satíricos y sus implicaciones ideológicas liberales y conservadoras que ubican a la dignidad humana en las regiones más bajas de la importancia estratégica.

Me reconozco en el propósito de incautarme una trama romántica y trágica, un modo de implicación ideológica revolucionario pero «de base», una historia donde la memoria no se desinteresa de la verdad, una historia que obliga a pensar el presente y donde los personajes andan sin carteles colgando del cuello.

A la distancia me observo experimentando una palabra transparente y para nada presuntuosa (porque no se autoreifica), una escritura «con todo el cuerpo» en tiempos en que predominaba su elipsis, un modo de interpretar el pasado con sentido ético alejado de la historia hecha masonería o espectáculo, bien distante del barroco indagador de lo «curioso» y apartado de los ornamentos que, como sugerían los tres hermanos arquitectos Perret, ocultan siempre un defecto de construcción.

Conservo nítida la imagen de Osvaldo asumiendo como profesor honorario de la Universidad de Buenos Aires y como profesor titular de la Cátedra Libre de Derechos Humanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ese rol lo evoco recibiendo semana tras semana a diferentes organizaciones populares, cediéndoles el estrado y la palabra, construyendo un diálogo, nunca bajando línea o presumiendo teoría.

En infinitas charlas y conferencias en locales populares lo redescubro una y otra vez maestro desenterrador de historias (en)cubiertas por el poder, revelador de realidades abandonadas, siempre capturando la inteligencia y la sensibilidad de las compañeras y los compañeros, consciente de que la conciencia es un trampolín ontológico.

Lo contemplo -joven eterno- presidiendo una asamblea estudiantil en el marco de la defensa de la Universidad Pública y al servicio del pueblo. O en la

intersección de las avenidas Acoyte y Rivadavia en el centro de Buenos Aires, sobre una caja de ¿manzanas?, hablándole a los estudiantes. Allí está: agitador al aire libre, vehemente, tierno y furioso, como los viejos libertarios. Recuerdo el color exacto de ese atardecer invernal: rojo.

Lo distingo nítidamente en la base del monumento a Julio A. Roca, organizando la lucha por bajarlo del pedestal. No es una pelea contra la estatua impasible del general genocida, no es una batalla retrospectiva. Se trata de una lucha contra el capital que depreda y acumula desposeyendo, una lucha por los derechos de los pueblos originarios aquí y ahora. En el fondo es otro episodio de la gran lucha de Osvaldo por cambiar el sistema de valoración, una lucha contra los imaginarios pusilánimes.

Cada ocasión (y yo me referí solo a unas pocas) remite a una instancia de aprendizaje, y el que enseña con orgánica regularidad es Osvaldo Bayer: con sus libros, con su palabra, con su imperecedero gesto de resistencia e insistencia, en fin, con su vida y su obra, que, doy fe, son rigurosamente lo mismo.

Oswaldo Bayer, historiador

Daniel Campione*

Periodista en su vocación temprana y permanente, con formación sistemática en historia adquirida en Alemania, su labor como historiador integra un capítulo luminoso de su actuación intelectual y política, amén de asociarse a la adopción de una ética inquebrantable que no abreva en un humanismo vago sino que posee acepción de clase.

Bayer se presenta a sí mismo como «cronista» o «periodista histórico»,¹ un modo de asignar un humilde lugar a su tarea de investigación sobre el pasado. Podría aceptarse esa definición sin reparos, si no fuera porque encierra el riesgo de colocar a Oswaldo en un rango inferior al de quienes serían los «verdaderos» historiadores.

Él no ha seguido el camino de la historiografía académica, es cierto, pero emprendió una tarea de enorme trascendencia, la de, como él mismo escribe,

* Es profesor de la UBA, donde ha dictado seminarios sobre la evolución del Estado argentino, y de la Universidad de la Plata, en la que tiene a cargo un seminario sobre el pensamiento de Antonio Gramsci. Miembro de la Asociación Gramsci Argentina. Participa de la dirección de la revista *Periferias*, y del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Es autor de *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos* (2005); *Prolegómenos del peronismo. Los cambios en el Estado nacional. 1943/46* (2003); *Los años de Menem. Cirugía mayor* (2002, en colaboración con Julio C. Gambina); *Argentina. La escritura de su historia* (2002); *Estado y Administración Pública en Argentina. 1880-1916* (1999, en colaboración con Mazzeo).

¹ Bayer, O. (1994). *Rebeldía y esperanza* (2.^a reimpresión). Buenos Aires: Zeta, p. 16.

«desenterrar verdades»,² cuyo ocultamiento resultaba útil a los círculos del poder, desde las grandes empresas a las Fuerzas Armadas. Lo ha hecho con un espíritu de investigador impenitente, obsesionado por recorrer todos los documentos y dispuesto a escuchar todas las voces.

Su disposición a la búsqueda minuciosa, exhaustiva, lo ha preservado de dos tentaciones opuestas: el panfleto, solo centrado en la denuncia, y por lo tanto desatento a los matices, propenso a la omisión de las pruebas que no favorecen su causa, esquemático tanto en sus premisas como en sus conclusiones; y la supuesta «neutralidad», que toma excesiva distancia de la realidad humana de la que se ocupa, hasta quitarle carne y sangre, llegando a inhibirse de cualquier juicio de valor; y que suele terminar acatando por omisión los lineamientos que convienen a los poderosos.

Bayer tiene partido tomado contra las múltiples expresiones del poder (grandes capitalistas, jefes militares, cúpulas eclesiásticas, grandes medios de comunicación), y a favor de las distintas formas de la rebeldía social, de las luchas y protestas de los trabajadores y los desposeídos, ese conjunto que Gramsci solía llamar las «clases subalternas». No tiene piedad con los asesinos y torturadores, con los representantes de diferentes formas de terrorismo de Estado, ni con los patrones que, para preservar su lugar de explotadores sin mancharse las manos directamente, acuden a la colaboración de torturadores y asesinos. Tampoco la exhibirá para quienes, siendo ellos mismos parte de los «condenados de la tierra», se alinean con el bando enemigo. No trepidará en señalar, por ejemplo, el entusiasmo para fusilar de muchos conscriptos cuando las matanzas de la Patagonia, o el afán denunciador de más de un pobre diablo en perjuicio de anarquistas escondidos, en fuga de las autoridades.

Sin desmerecer sus varios trabajos breves, dos grandes obras delimitan lo fundamental de su labor como historiador: *La Patagonia Rebelde* y *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*.

La Patagonia es una obra monumental, en varios de los sentidos del término. Si prestara atención a su temática, un observador desprevenido podría contra-

² *Ibidem*.

decir esta opinión. Se trata, a simple vista, de una obsesiva investigación de hechos ocurridos en un lapso breve, en un territorio alejado y casi despoblado. Sin embargo, Bayer sigue todas las pistas hacia y desde los fusilamientos en el entonces territorio nacional de Santa Cruz, sus causas y sus efectos, analiza el papel jugado por todos los personajes individuales y colectivos involucrados en los hechos, tanto del lado de las víctimas como del de los victimarios, e impregna todo de un espíritu de vindicación histórica, de revaloración ética, de denuncia tanto de los crímenes como de las acciones desplegadas luego para su ocultamiento. Saca de las sombras que lo cubrían a un episodio olvidado, extrae de él las variadas culpabilidades: estancieros, policía, ejército, y no se detiene ante las puertas de la Casa de Gobierno para enjuiciar también al presidente Yrigoyen, sin inmutarse ante sus títulos de adalid de la democracia argentina. Y, del otro lado, devuelve al aprecio y a la memoria histórica a un conjunto de militantes obreros que actuaron en las huelgas, desde el gallego Soto a Facón Grande, destacados de entre la masa anónima de los millares de fusilados en lo que fue la mayor masacre cometida por el Estado argentino antes de la dictadura de 1976. El silencio encubridor ha sido derrotado, en este caso, para siempre, gracias a ese gran libro. La aparente pequeñez se ha vuelto inmensidad.

Su otro gran trabajo, el *Di Giovanni*, es aún más controversial. Bayer toma allí la tarea de explicar y situar en su contexto político, cultural, incluso afectivo, a Severino, a quien la dictadura de Uriburu fusiló mientras la prensa escrita y el mundo oficial se complacía en presentarlo como un monstruo con forma humana, un terrorista tan feroz como irredimible. Osvaldo convierte el relato de su vida y de su muerte en una reflexión sobre la violencia de los de abajo, frente a la que se ejerce desde arriba, y nos muestra a su personaje como un hombre que utiliza el dinero obtenido en asaltos para editar periódicos y libros de ideología libertaria, como un ser perdidamente enamorado, y un militante antifascista sin dobleces. Severino arroja bombas y utiliza el revólver, pero Bayer se niega a acatar la descalificación automática de todo el que haga eso sin contar con uniformes, credenciales y armas pagadas por un presupuesto estatal. Y nos muestra, como en todas sus obras, el espectáculo obsceno que brindan los poderosos: los tramos finales del libro, con un juicio sumario que termina en

pena de muerte y la escena de los personajes de alta sociedad acudiendo de gala al fusilamiento de Di Giovanni, son de antología en ese sentido.

Bayer persiste en su vindicación de ideologías y acciones libertarias y socialistas pero sin escatimar los errores, los costados oscuros, a Di Giovanni le señala muchos, lo mismo que a los anarquistas expropiadores, de los que se ocupa en uno de sus trabajos más breves.

Su nombre destaca entre los historiadores de izquierda en Argentina, aunando la calidad de su trabajo con la coherencia ética y política que lo ha respaldado de modo invariable. A ello se suma la difusión que ha alcanzado su obra, luego de atravesar amenazas, censuras y quemazones de libros en los duros años marcados por las tres A y, a renglón seguido, por la última dictadura militar. Sus trabajos lograron mantener vigencia, transitando desde las pequeñas editoriales iniciales, hasta la publicación en variados formatos y tiradas numerosas por un gran sello. Eso no lo llevó a cambiar ni una coma de sus obras, ni acomodarse a las modas ideológicas que indican «tolerancias» y «pluralismos» tan generales como hipócritas. Su rol como historiador mantiene y acrecienta, a rajatabla, su lugar político, ético y cultural como intelectual radicalmente identificado con la tradición libertaria y socialista, de nuestro país y del mundo.

Oswaldo Bayer: un obstinado

Eduardo Luis Duhalde*

Para referirme a Oswaldo Bayer, no basta con referenciar la coherencia de una vida. Hay coherentes pasivos, los hay contemplativos o silenciosos. La suprema coherencia de Bayer siempre fue sonora, y, por momentos, de sonido y furia. Ha sido —y es— la coherencia de un obstinado, perseverante, tenaz y felizmente terco. Su pertinacia, lo convierte hoy, en sus juveniles ochenta años, en una rara avis argentina, enfrentada al travestismo político, los pseudoperiodistas mediocres y alquilonos a sueldo, y a todo aquello que compone el catálogo de lo frívolo y efímero, por no decir escandaloso.

* Abogado, historiador y periodista. Fue Secretario de Derechos Humanos de la Nación en el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos del gobierno del Presidente Néstor Kirchner. Ejerce la misma función en la actualidad, con la Presidenta Cristina Fernández. Hasta marzo de 2003, se desempeñó como Juez de Cámara de los Tribunales Orales en lo Criminal de la Capital Federal. Ha sido consultor de Derechos Humanos de las Naciones Unidas y es profesor consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Tiene una larga trayectoria como defensor de presos políticos y está vinculado desde hace varias décadas al movimiento de derechos humanos. Ha sido profesor titular de materias de derecho, historia y política en diversas universidades argentinas y extranjeras. En 1976, al comienzo de la dictadura militar, por un acta institucional la Junta lo privó de sus derechos civiles y políticos, y dispuso la incautación de sus bienes y su captura. Exiliado a fines de 1976 en España, fue uno de los organizadores de la denuncia internacional contra el Terrorismo de Estado en la Argentina. Es autor de más de veinte libros, siendo el más notorio *El Estado terrorista argentino*. En el plano internacional ha integrado misiones de paz al África, y, en América Latina, a El Salvador, Chiapas (México), Nicaragua, Perú y Colombia, en sus zonas de conflicto. Posee diversas distinciones, entre ellas el Premio Internacional al Periodismo otorgado por la Asociación Pro Derechos Humanos de España en 1990, por su lucha en defensa de los derechos fundamentales del ser humano.

Más de una vez escuché a Osvaldo definirse como un ácrata pacifista. Recurso de supervivencia. La palabra justa, el irrefutable dato histórico, la iluminación de las escenas más oscuras del pasado argentino, que han caracterizado toda la obra escrita de Bayer, han tenido más contundencia y poder demoledor que el ejercicio físico de la violencia. Este maestro del periodismo argentino convirtió, desde siempre, su máquina de escribir en algo más eficaz que una máquina de demolición. Violentó con la verdad e hizo añicos lo falso, lo callado, lo mentido con que se edificó la historia de los vencedores, esa historia oficial construida como reaseguro de la perpetuidad de los privilegios y la expoliación de nuestro pueblo.

Su modestia, evidenciada hasta en su expresión corporal y en su hablar sin grandes estridencias, forma parte de la coherencia de este gran historiador, aunque él no se defina como tal.

Después de Bayer, nadie ha podido justificar el genocidio de los trabajadores patagónicos en 1921, una de las grandes masacres colectivas del siglo xx en nuestro país. Dio varias vueltas de tuerca a la denuncia de José María Borrero con *La Patagonia Trágica*, y la miró no desde las simples consecuencias, sino desde la exaltación de la epopeya de las víctimas, convirtiéndola, mejor dicho, rescatándola, como *La Patagonia Rebelde*, agotando prácticamente la investigación histórica.

Para ello hizo falta un gran coraje y valentía: ya que sentó por igual en la silla de los acusados a los grandes terratenientes y al ejército argentino, representado por el teniente coronel Benigno Varela, y los condenó irremisiblemente por asesinos.

No menos valentía demostró cuando rescató la figura de Severino Di Giovanni, fusilado por los golpistas del treinta aplicándole la ley marcial, del oscuro destino de asaltante en las crónicas policiales, para mostrar a este admirador de Eliseo Reclús, en su dimensión ideológica y militante «como un idealista de la violencia», el que había escrito que «A la vida es necesario brindarle la elevación exquisita de la rebelión del brazo y de la mente».

Toda la restante obra de Bayer, en especial *Los anarquistas expropiadores* tiene el mismo carácter.

Pero además la obra del maestro Bayer, a quien rescato como un noble amigo, tiene también su parte de alta ingeniería: le ha borrado el rostro y ha carcomido los cimientos a «insignes» estatuas de la ciudad de Buenos Aires y de otros lugares del país. En especial la de coronel Ramón Falcón y la del general Julio Argentino Roca. Las mismas no han caído aún de sus basamentos, pero cada día están más frágiles y escoradas, preanunciando su implosión.

Con la lógica irreductible de su pensamiento, debió partir al exilio, tras un último gesto de coraje al exigir a los militares la aparición con vida de Haroldo Conti, cuando el terrorismo de Estado comenzó a escribir la página más oscura de nuestra historia en 1976. Y a su vuelta, ¿qué otro espacio podía cobijarlo, que no fueran los pañuelos blancos de las Madres de la Plaza de Mayo?

Junto a las Madres, ha sido y es uno de los bastiones de la lucha contra la impunidad, batiéndose cotidianamente contra las consecuencias de la Obediencia Debida, el Punto Final, los indultos y la trama de complicidades.

Por todo esto y por todo lo que escapa a esta escritura de cuarenta líneas, pero que todos sus seguidores bien conocemos, sumo mi homenaje y reconocimiento a quien es un irremplazable reservorio ético y de coraje civil, que, con generosa fecundidad, va surcando la memoria de los argentinos, como un gran espejo donde mirarnos.

Maestro y compañero

Inés Vázquez*

Para mi generación, encapsulada entre el terror de estado y la postdictadura, Osvaldo Bayer ha traído una voz que es la suya y es algo más que su timbre personal. Para los que teníamos veinte años hacia 1983, el regreso de Osvaldo a la Argentina nos abrió un horizonte de pensamiento crítico que iluminaba con luz natural el presente y, a la vez, nos estaba sugiriendo que esa luz venía de lejos, de otros, de un país que llegó a acumular fuerzas sociales capaces de poner en jaque a la clase dominante. Así, Osvaldo es él mismo y es más que él, y ese desborde simbólico condensa, en verdad, su huella propia. Algo que supo construir –junto a sus investigaciones históricas– frente y contra la dictadura sangrienta, y, luego, de cara a la desvergüenza socialdemócrata que hizo de la impunidad el oropel ajado de una democracia poseída por el terror y la complicidad.

Bayer regresa sobre el filo de las elecciones presidenciales y toma contacto con el clima de calle de la retirada dictatorial. Además, visita sus antiguos lugares de trabajo y brinda una especial dedicación a sus viejos y nuevos amores políticos; entre los últimos, acude a la Casa de las Madres, en la sede de la calle Uruguay. Las había contactado en 1980, mientras avanzaban los actos de denun-

* Licenciada en Ciencias Antropológicas, UBA. Secretaria Académica de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. Docente de la Cátedra de Historia de las Madres de Plaza de Mayo (UPMPM).

cia contra la dictadura por toda Europa, organizados por grupos de exiliados y luchadores locales. Parte de su voz argentina, en la lejana y cómplice Alemania de las empresas y los negociados, habrá dejado su impronta en los estudiantes de la Universidad Evangelista de Essen, que entregaron a las Madres de Plaza de Mayo su primer reconocimiento internacional en solidaridad con su lucha (Bonn, 10 de marzo de 1980). Desde entonces, las Madres encontraron en Alemania un compañero de casa abierta y denuncia clara. Un asombrado historiador, tal vez, que las recibía con emoción y plena conciencia de que en esas mujeres del pueblo, armadas de pañuelo blanco y verdades contundentes, se materializaban los vientos indómitos de la historia. En la Alemania de 1980 tanto como en la Argentina de entonces, ellas eran la certeza de que la dictadura militar tendría fin, tanto más cercano cuanto más se dejaran oír sus palabras reveladoras: *aparición con vida, juicio y castigo a los culpables*.

Tras el exilio, parecía la hora de volcar a manos llenas, en las cerradas ventanas de nuestra sociedad, el cúmulo de pensamiento y acción crítica, solidaria, de los emigrados políticos. Parecía el momento adecuado de mostrar todo lo prohibido por el régimen, de trocar el malicioso estigma de la «campana antiargentina» en el agradecido reconocimiento de quienes hicieron de la marcha forzada al exterior una herramienta más de lucha antidictatorial. Pero el país, arrasado por el genocidio en todas sus profundas dimensiones, mantenía cerradas puertas y ventanas y permitía el auge de la *teoría de los dos demonios*, pilar ideológico de la impunidad construida por los radicales en el poder desde el mismo 10 de diciembre de 1983, mientras la fachada democrática pretendía que estaban realizando la justicia. Bayer traía las manos llenas de la dignidad de los exiliados que, como Cortázar, habían dedicado su tiempo a la lucha común por la caída del régimen dictatorial, aunque aquí poco o nada supiéramos de sus pasos. Traía su archivo periodístico y documental que sigue siendo envidia de investigadores del campo intelectual y temor de la intelectualidad cómplice del terrorismo de estado que, en la postdictadura, reajustó el nudo de la corbata, como si nada hubiera sido, y fue apoyo político-cultural de la *realpolitik* —término, por cierto, introducido en su sentido crítico por el propio Bayer en el periodismo de la época—, Ernesto Sábato, Abelardo Castillo, Luis Gregorich:

intelectualidad «progresista» que consigue borrar sus pasos oscuros en tiempos de oscuridad, hasta que la pluma de Bayer se abre paso y cita –*textual*– sus palabras oprobiosas, sus gestos de vergüenza.

El autor de tantos libros ya conocidos y consagrados, acerca de la historia de sangre de los trabajadores argentinos y de otros llegados al país huyendo de otras historias de sangre del mundo, no conseguía trabajo en la flamante democracia de Alfonsín. ¿Lo hubiera conseguido Cortázar? En esos tiempos de represores ascendidos con acuerdo del Senado, de justicia militar para los genocidas más crueles, de condena sumaria bajo el socorrido mote de *terroristas* para los artífices de un proceso político con altas posibilidades de revolucionar la sociedad y, por lo tanto, de llevarla a una etapa superadora de mayor bienestar para el mayor número; en esos días de puertas cerradas, ya no por la represión dictatorial, sino por el fantasma de la *desestabilización* de la democracia, las Madres crean su periódico mensual y Osvaldo Bayer tendrá en él su espacio de vida, su ventana abierta, su sitio justo donde socializar su archivo y contestar, golpe por golpe, la baja política de los cómplices del genocidio. *Ventana a la Plaza de Mayo*, pues. Toda una mirada, todo un posicionamiento, cuando mucho intelectual de armas tomar, formado en la revolución incipiente de los años sesenta, setenta, prefería integrar el *Grupo Esmeralda*, asesor de Alfonsín, o nucleares en *La ciudad futura* (no *esta ciudad*, la de la Plaza de Mayo, con sus Madres y sus marchas) o el *Club Socialista* o la revista *Punto de Vista* en su nueva etapa posdictatorial y, sobre todo, mucho más aún, posproyecto político impulsado por Vanguardia Comunista, cuya dirección partidaria se encontraba desaparecida desde 1978, habiéndose llevado al paredón, al mar, a donde fuera que los desaparecidos los condujeran pretendiendo borrar sus crímenes, los nombres y las direcciones del grupo editorial, y ese silencio, solo ese silencio, permitió que la revista y sus hacedores de entonces sobrevivieran. Quién te ha visto y quién te ve. 1984, *Punto de Vista*: inflexión socialdemócrata. *Ventana a la Plaza de Mayo*: asomarse al grito de las Madres en el país del olvido y la impunidad.

Las *Ventanas* son un recorrido por la ética periodística y la valentía intelectual. Ni un gramo de permisividad para cómplices y asesinos, ni un centímetro

al margen de la marcha circular, irrenunciable, de cada jueves en la Plaza. El *compañero* de las Madres, comenzará a perfilarse, para muchos de nosotros, como el maestro de un modo de mirar la realidad opaca, de acompañar el paso firme de las Madres, de polemizar haciendo centro en la verdad, el documento esclarecedor, la valía humana de elegir a los que luchan contra la injusticia por sobre toda otra identificación posible.

Ha sido iluminador, para muchos de nosotros, que algunos intelectuales volvieran del exilio en los primeros años de la postdictadura porque, al hacerlo, un puñado de ellos trajo la llama encendida de un tiempo de búsquedas y apuestas transformadoras, fragmentos de un entramado de relaciones sociales únicas, posibles, revolucionarias, que habían experimentado y cultivado. El puente, que las Madres de Plaza de Mayo buscaron tender entre los hijos y las generaciones venideras, encontró apoyos teóricos, ideológicos e históricos en ese puñado que rehuyó la domesticación del terror y la comodidad burguesa: Viñas, Pavlovsky, Gambado, Soriano, Rozitchner, unos pocos más y, desde ya, Osvaldo.

En 1996, Bayer nos sorprende con la creación de la Cátedra Libre de Derechos Humanos, puesta en marcha en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Corrían los años del nauseabundo subsuelo menemista: saqueo, humillación, burla al sufrimiento popular. Y el grueso de la intelectualidad más instalado que nunca en la buena vida, el elitismo o la superficialidad. Entre tanto, los viernes a la noche ardían de pensadores y actores sociales indignados y sensibles. Los había al frente de las clases públicas y entre los asientos del Aula 108. Era la cita de honor y desintoxicación. Era el debate libre de posmodernismo al uso, y la mano solidaria reencontrada en pleno páramo. *Osvaldo lo hizo*, con su generosidad y sencillez. Con su ética de pan compartido entre el pueblo llano.

En sus largas travesías por el sur del país, en sus conferencias siempre multitudinarias, en sus intervenciones como orador de actos políticos, Bayer va construyendo un tipo de intelectual sin abismos entre él y su pueblo. El *maestro compañero* nos muestra otra forma de relacionarse con las luchas populares. Sus casi treinta años de amistad con las Madres nos entregan modos concretos, creativos, de producción periodística, de crítica política, de marcha junto al sentir popular. Y esto sin renunciar al amor por los libros, al placer de la cita

poética o filosófica. Nada más natural, pues, que las luchadoras le reserven el lugar de honor en el Consejo Académico Nacional cuando, en el año 2000, pongan en marcha la aventura grandiosa de la Universidad Popular, creada libre y rebelde para que, a su paso por esta tierra, no quede de ellas la inmovilidad de los museos, compiladores de lo ausente, sino la dinámica viva, impredecible, del conocimiento transformador de la realidad.

«No venimos aquí a aprender cómo se gana dinero, sino qué solución podemos encontrar para una nueva sociedad, para la vida digna de los humanos y la naturaleza que nos rodea. Es decir, lo que querían los Hijos de estas Madres. Los Hijos con mayúsculas, que crearon a estas Madres mayúsculas, invictas».¹

Esa voz incansable, cálida, siempre atenta a los núcleos esenciales de la lucha que tenemos comprometida, se deja oír año a año en nuestra Universidad Popular. En los momentos difíciles y en la dicha de iniciar cada nuevo ciclo académico. La apuesta es muy alta y nos impele a medirnos en crecimiento, a deducir saber; a tomar lección de esos referentes tan activos en el sentir y la esperanza: los treinta mil luchadores del tiempo por venir, sus Madres-hijas de pañuelos fulgurantes, nuestro ya siempre maestro y compañero.

¹ Osvaldo Bayer, discurso de inauguración de la UPMPM, 6 de abril de 2000.

Mi vacilación

Ricardo Monner Sans*

Entiéndase la vacilación. Me ha honrado que se me haya pedido estar aquí. Afronto garabatear estas líneas alrededor de uno de los mejores de nuestro tiempo, porque ese pedido es de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Pero —seguro estoy— otros que aquí serán leídos, podrán decir cosas más sólidas, más fundadas. Seguramente, mejor dichas. Además, tengo la desventaja de haberlo tratado personalmente una sola vez en lo que llevo de vida. Fue en su casa y con motivo de un episodio que le ocurría a una persona amiga de ambos. Me costó concentrarme en el tema de la reunión porque el contexto de Bayer, era... Bayer. Sus libros ordenados, sus libros desordenados. Ese visible desprecio por las formas y esa militante convicción por los contenidos también se respiraban en esa casa tan singular. La vida me ha

* Nació el 30 de septiembre de 1936. Se recibió de abogado en 1959, en la Facultad de Derecho de la UBA. Integró el primer grupo juvenil argentino invitado en 1960 a China Popular. Defendió a presos políticos y gremialistas «militarizados» por el Plan CONINTES (1959-1961), en los periodos institucionales y también de dictadura militar (1966-1973 y 1976-1983). Redactor de notas recogidas en *Clarín*, *La Nación*, *El Cronista*, *La Prensa*, revista jurídica *La Ley* y *Noticias*, entre otras. Es director y profesor titular del curso de post grado «Programa de actualización y perfeccionamiento en el Ejercicio de la Abogacía» de la Facultad de Derecho de la UBA. Miembro del Consejo Asesor Fundacional y profesor de «Introducción al Derecho y a la Justicia en la Periferia I y II» en la carrera de Abogacía de la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo. Unos de sus casos más revelantes —entre muchos— fue la acción judicial por la venta ilegal de armas a Ecuador, Croacia y Bosnia que implicaba directamente al ex presidente Carlos Menem, varios de sus ministros y personal del Ejército (1995).

proporcionado conocer cosas diferentes a las comunes. La singularidad de la de él es la singularidad de su propia vida.

Entiéndase la vacilación. Porque cómo no caer en el lugar común de decir que la Argentina tiene en él uno de los hombres más consecuentes con sus propias ideas. En medio de tanto saltimbanquismo de circunstancias, en medio de tanto personaje acomodaticio –por derecha y por izquierda–, la consecuencia de él para consigo mismo, retempla y hace pensar que un mundo mejor es posible. Cuestión de no bajar los brazos y de no quedarse en las apariencias. Creo que ese es un mensaje central en Bayer, juntamente con un consciente desprecio por el poder. El poder, en Bayer y a mi juicio, es aquello que se distancia siempre de la gente de a pie. En el poder andan los de a caballo. El otro central mensaje, me parece: nunca se quedó en la teoría ni en el recitado. Unió –une cotidianamente– lo que piensa con lo que hace. No creo que haya muchos así, y lo digo con auténtica tristeza.

Entiéndase la vacilación. Porque hablar de su valentía es decir una verdad de Perogrullo. Acaso alguna vez me haya atrevido a pensar que su valentía es la expresión interna y externa de la noción misma de la solidaridad. Palabra que para él habría que escribir con mayúsculas. Pero –confieso– alguna vez me he preguntado qué hay en Bayer por detrás o por abajo de esa sabida solidaridad. Sépase que mi respuesta no quiere transitar por sabidurías profesionales que no tengo. Pero desde mi convicción cívica, me parece que la solidaridad en Bayer no es causa, sino consecuencia. Que es consecuencia de algo definitivamente emocionante: la dimensión de la ternura. ¿Aceptaré él mi personal reflexión? ¿Aceptaré usted –lector, lectora– que un hombre que ha sacado pecho siempre y en toda ocasión en favor de nosotros, muchas veces con imprescindible ferocidad, sea mirado desde la ternura que siente él por los desvalidos de este mundo? Porque solo así se comprende –a mi juicio, claro está– su inaudible vocación por todos (argentinos y no argentinos), desde un internacionalismo que no quedó en el recitado, sino en la práctica.

Entiéndase la vacilación. Por razones que no vienen al caso y que me acompañan desde mi niñez, he logrado saber qué es escribir bien y qué es no hacerlo. Pensamientos opuestos al de Bayer y claudicantes de toda laya a veces

se expresan bien. El «bien» de Bayer –sigo diciendo: me parece– es siempre un bien muy singular. Porque la belleza expresiva le nace desde abajo, para fluir hacia arriba en lo que nos proporciona. No hace de la buena forma el todo: la forma buena en Bayer se emparenta con aquella bondad que me atreví a calificar como ternura. En tramos que obligan a releerlo, la orfebrería de su lenguaje tiene inigualable connotación.

Entiéndase la vacilación. Porque, en todo lo que de él tengo conocido, expone una cultura de primera línea. Mi duda aquí es peor: ¿quién me ha dado títulos para hablar alrededor de la cultura de Bayer, si para ello habría que estar en el mismo peldaño o acaso en uno más arriba? La respuesta es unívoca: nadie. Carezco de título suficiente para juzgar. Pero no puedo no decir que también desde la avenida de la cultura le he visto transitar con la soltura que nace de la solidez y no de la improvisación. Algunos debates que le he conocido, forman parte de una personalidad que nos alienta hasta para la imitación. *Magister* –en el latín que nos enseñaban en aquel Nacional Buenos Aires– es «maestro». Seguramente él no me admitiría que usara la fórmula latina, porque él conoce bien que al verbalizar «Primer Magistrado» ha querido decir el «Primer Maestro». Comparto su temor por ser confundido...

Entiéndase la vacilación. Le conozco la militancia en sus ideas, pero creo que mantiene su independencia respecto de cualquier partido político. Y si mi creencia es la correcta, me animaría a explicármela: le interesa tanto el tema de la *polis* –la Política, escrita la palabra con intencional mayúscula– que ha optado por excluirse de los lugares donde el vacío travestismo viene a ser una constante de nuestros tiempos.

Entiéndase la vacilación. Firme en sus convicciones, no he advertido jamás en Bayer un discurso dogmático. De chico, creí que el dogma era tema de exclusiva resonancia religiosa. De joven, ya fui advirtiendo que hay dogmáticos por doquier: muchos no religiosos imponen aquel dogmatismo por la oblicua vía de transmitir al inconsciente del lector algo como «es así porque yo lo digo». Dogmatismo y petulancia. Bayer no busca vencer, sino convencer. Aun frente a la diatriba contra él (porque hay gente que entiende ponerse las galas enfrentando en la polémica a Bayer, porque así esa gente cree estar en igualada calidad

de contendiente); aun frente a la diatriba contra él, siempre lo he percibido ejercitando el «convencer» en lugar del «vencer». Hay que ser muy grande para traducir esa dimensión de la humildad.

En el cierre, no vacilo. Porque por razones profesionales y humanas llegué al tema de aquellos anarquistas (Santiago Mainini, Reclús de Diago y Pascual Vuotto) a quienes se les endilgó falso proceso por una muerte en Bragado, provincia de Buenos Aires, ocurrida, allá por el año 1931, luego del golpe de Uriburu. Prisión perpetua para ellos, luego morigerada. Había que condenarlos porque eran anarquistas. Se tragaron una punta de años en prisión, aun cuando, en el caso, un médico policial había tenido la honradez de explicar que la «confesión» había sido obtenida bajo inocultable tortura. En tiempos en que se quiere tomar la memoria desde un determinado punto, me resisto a sumarme a la segmentación. Aquella persecución ideológica a los anarquistas –por serlo– tuvo en Bayer un defensor inculdicable.

Si uno apuesta a que un mundo mejor es posible, Bayer es persona y es bandera. Todos estamos un poco en deuda para con él. ¿O él nos contestaría que esa sensación de un poco de deuda no es para con él, sino para con las luchas centrales que aún faltan desplegar?

De la Patagonia a Di Giovanni

Héctor Olivera*

A fines de 1972 leí los tres tomos editados de *Los vengadores de la Patagonia trágica*, el ensayo histórico de Osvaldo Bayer, y presenté que en esa exhaustiva investigación había una película épica muy adecuada para la etapa democrática que todos suponíamos que se iniciaría con el gobierno del doctor Cámpora. Pensé también que el cine argentino —después de siete años de gobierno militar— debía entrar en su madurez haciendo, por primera vez, una película crítica sobre un sangriento hecho protagonizado por un teniente coronel del Ejército Argentino. Hasta entonces, cuando en una película nacional aparecía un oficial de las fuerzas armadas o de seguridad en una situación condenable, debía vestir de civil, nunca de uniforme.

Consulté el proyecto con mi socio, Fernando Ayala, —siempre más prudente que yo— y coincidió en que, si bien era un tema difícil, era el momento adecua-

* Nació en 1931. Héctor Olivera se constituye hoy en uno de los más valiosos aportes a la cinematografía nacional, tanto en su faceta de director, cuanto por sus trabajos de productor y de guionista. En 1956, con Fernando Ayala, creó la empresa Aries, todavía en pleno vigor, cuya política industrial alterna la realización de films de diversos géneros, temáticas y estéticas con el objetivo de satisfacer a una amplia franja de público. Algunas de sus películas: *Psexoanálisis* (1968), *Los neuróticos* (1971), *Argentinísima* (1972), *Argentinísima II* (1973), *Las venganzas de Beto Sánchez* (1973), *La Patagonia rebelde* (1974), *El muerto* (1975), *El canto cuenta su historia* (1976), *La nona* (1979), *Los viernes de la eternidad* (1981), *Buenos Aires Rock* (1983), *No habrá más penas ni olvido* (1983), *Barbarian queen* (1985), *Cocaine wars* (1985), *Wizards of the lost kingdom* (1985), *La noche de los lápices* (1986), *Two to tango* (1988), *Play murder for me* (1990), *El caso María Soledad* (1993), *Una sombra ya pronto serás* (1994), *Antigua vida mía* (2001), *Ay, Juancito* (2004), *El Mural* (2010).

do para encararlo. Cuando se lo propusimos a Osvaldo —a quien no conocíamos— nos dio una entusiasta respuesta y, no solo aceptó participar en la escritura del guión, sino que también se ofreció a colaborar en el rodaje como asesor de los aspectos históricos, lo que por supuesto aceptamos. Lo primero fue leer el cuarto tomo, aún inédito, y luego hacer una selección del muy vasto material de esta minuciosa investigación (¡cuatro tomos!) realizada por alguien que no podía negar su sangre alemana.

Trabajamos varios meses en la adaptación —en la que amigablemente participó también David Viñas— y con Osvaldo hicimos varios viajes a la provincia de Santa Cruz, uno de ellos en compañía de Ayala. En Río Gallegos conocí a Jorge Cepernic, un gobernador del peronismo de izquierda que nos brindó la mayor colaboración. Con la guía de Osvaldo entrevisté gente del lugar; elegí los interiores y exteriores donde se realizaría el rodaje y avanzamos en la preparación de una película que, por sus características de superproducción, no sería fácil. Al principio, el panorama político era claro. Por ejemplo, los Montoneros encararon brazo a brazo con una compañía del Ejército el Operativo Dorrego, para combatir los estragos de las grandes inundaciones de la provincia de Buenos Aires.

Después, el clima político se alteró: vino la matanza de Ezeiza, la renuncia de Cámpora y el interregno del yerno de José López Rega. En las elecciones de septiembre la fórmula Juan Perón-Isabelita Perón obtuvo el sesenta y dos por ciento de los votos. Dos días después, los Montoneros asesinaron a José Rucci, el brazo derecho sindical del general Perón. Este terrible error político debió habernos hecho meditar sobre si efectivamente estábamos entrando en una etapa de afianzamiento democrático o si habíamos comenzado a caer por una pendiente muy peligrosa. Si era prudente o no seguir adelante con nuestro proyecto. Seguimos. Mario Soffici, director del Instituto Nacional de Cinematografía, nos apoyó con un crédito y, en enero de 1974, comenzó el rodaje de *La Patagonia rebelde* en Puerto Deseado y, con una inmensa caravana a la que se sumaron Osvaldo, Marlies su mujer y su hijo Stefan, transitamos la provincia de Santa Cruz.

El 17 de enero se produjo otro hecho, a mi juicio criminal: un grupo del ERP atacó el regimiento de Azul matando a su jefe y otros oficiales y soldados.

Criminal por dos motivos: por el hecho en sí y porque teníamos un gobierno constitucional votado por una gran mayoría del pueblo argentino y el presidente de la nación era el teniente general Juan Domingo Perón, milico por excelencia. Este ataque a su propia tropa contribuyó en gran medida a todo lo que ocurrió después.

El optimismo que teníamos se tornó en consternación. Seguimos filmando sin modificar una sola escena, ni un solo diálogo del guión original. Pero a la noche, cuando nos juntábamos a charlar con Osvaldo, no podíamos ocultar nuestra preocupación: temíamos estar filmando una película que no iba a poder estrenarse. Sabíamos que el comandante en jefe del Ejército, general Anaya –sobrino del general más antiguo del arma y que aparecía en nuestra película como el capitán que personifica Héctor Pellegrini–, estaba absolutamente en contra del proyecto y que el episodio de Azul le iba a dar alas.

Cuando a principios de febrero regresamos a Buenos Aires, mis socios, Ayala y Luis Osvaldo Repetto, me dijeron que había que apurar el rodaje pues había trascendido que Perón estaba muy enfermo y podía morir en cualquier momento. Era imposible acortar los días de filmación, pero sí apresurar el proceso de postproducción trabajando contra reloj, domingos inclusive. La película fue presentada a calificar pocos días después de terminado el rodaje, y comenzaron las presiones del general Anaya. Osvaldo, mis socios y yo nos empeñamos en movilizar a la prensa, a las asociaciones profesionales y gremiales e incluso a los políticos. La brevedad de esta nota no da para contar todo lo que se vivió en los dos meses en que la calificación estuvo paralizada. Finalmente, a principios de junio, la exhibición fue autorizada por decisión de Perón y el estreno se produjo el jueves 13, es decir, dieciocho días antes de la muerte del General. Providencial.

Fuimos con Osvaldo a Berlín donde el Jurado del Festival de Cine premió nuestra película con un Oso de Plata, y esta siguió un camino de festivales: Taormina, Karlovy Vary, San Sebastián. Pero la Argentina de 1975 se transformó en un caos: la trágica ineficiencia o mala fe de la viuda del General, las tres A de López Rega, la guerrilla activada por ERP y Montoneros, y el comienzo de la era de la represión, fueron creando un clima imposible para la exhibición de la

película. Un episodio: el ERP copaba un cine, detenía la proyección y arengaba al público señalando que el mismo ejército fusilador de la película seguía matando inocentes. En octubre, algunos de los actores del film, su productor Ayala y yo fuimos amenazados de muerte por las tres A. Sacamos *La Patagonia rebelde* de circulación y no volvió a exhibirse hasta la presidencia del doctor Alfonsín.

Oswaldo se exilió en Alemania. Un tiempo después viajé a Inglaterra con intención de visitarlo en Bad Honeff, pero una hepatitis me volteó y fue Oswaldo el que vino a Londres a verme. No imaginábamos entonces lo mucho que iba a durar su exilio, durante el cual pude visitarlo una vez en Alemania. Intercambiarnos cartas, algunas de él, antológicas.

Vuelta la democracia con Alfonsín, Oswaldo me propuso llevar al cine su ensayo histórico sobre Severino Di Giovanni. Trabajamos en el guión y, como el protagonista debía ser italiano, busqué un coproductor de ese país. Todo bien hasta que el atentado terrorista en la estación de Bologna hizo que nuestro casi socio italiano se retirara. «Ettore, me dijo, después de lo que ocurrió, ningún productor italiano se va a meter con ese tema». Le transmití el mensaje a Oswaldo. Su reacción fue:

«—Pero si Severino era un romántico de la violencia.

—Sí, pero puso una bomba en el Consulado Italiano y murieron decenas de personas.

—Solamente trece y todos burgueses».

En fin, no solo Severino resultó una frustración sino también hubo otros proyectos en común, cercenados de cuajo por la censura. Pero *La Patagonia rebelde* —que tanto nos une— es un clásico y seguirá siéndolo. Para mí fue muy importante que Oswaldo me diera la oportunidad de filmar su gran obra, pero sobre todo que, a partir de entonces, estableciéramos una entrañable amistad.

Oswaldo Bayer

«Pepe» Soriano*

Es una persona a la que quiero muchísimo. Con Héctor Olivera me tocó hacer *La Patagonia Rebelde*, enorme película del cine político argentino. Me puse a ver nuevamente unas fotos de Oswaldo con su hija y su esposa, allá en la Patagonia. Qué bellas.

Resulta que Oswaldo nos acompañó totalmente durante la filmación, y a mí me quedó una relación muy entrañable. Anécdotas, recuerdo el tiempo que estuvimos en la Patagonia y las dificultades. Inclusive la hija del personaje que hacía Luis Brandoni (el anarquista Gallego Soto, líder de las huelgas) le regaló un cráneo que tenía un agujero. Habían fusilado gente. La historia de Oswaldo no es inventada, está basada en una realidad absoluta y total. Esto a muchas personas les duele, a otras les pesa porque son culpables también o heredan la culpa.

Encontrarme con él es un verdadero placer. Por su rectitud, por su honestidad, por su entrega y por su dignidad. Yo de él aprendo la dignidad y la ética. Entonces, para mí, Oswaldo Bayer tiene un lugarcito muy importante como

* Actor, intérprete, dramaturgo, director; trabajó tanto en Argentina como en España. En teatro lo hizo en *Gris de Ausencia* (actor), *Visitando al Sr. Green* (actor), *El Loro Calabrés* (autor, actor, director; desde 1975). En cine: *Una sombra ya pronto serás* (1994), *Asesinato en el Senado de la Nación* (1984), *Lisandro de la Torre Los enemigos* (1983), *Él mismo*, *La invitación* (1982), *Pubis angelical* (1982), *Sentimental* (1980), *Piatti*, *La nona* (1979), *Carmen Racazzi*, «*La Nona*», *Netri, el mártir de Alcorta* (inconclusa - 1977), *No toquen a la nena* (1976), *Los gauchos judíos* (1974), *La Patagonia rebelde* (1974), *Schultz*, «*El alemán*», *Las venganzas de Beto Sánchez* (1973), *Beto Sánchez*, *Heroína* (1972), entre otras.

marca en mi vida. Después hay otros autores que uno respeta porque escriben bien. Pero acá, en Osvaldo, eso está acompañado de una condición ética que en la Argentina no se ve todos los días. Y Osvaldo Bayer es un referente sin ninguna duda en ese sentido.

Oswaldo Bayer

Roberto «Tito» Cossa*

Le decíamos, con toda lógica, el Alemán. Éramos veinteañeros. Vivíamos tiempos confusos, revisábamos al peronismo y, unos más otros menos, depositábamos alguna esperanza en el Frondizi que llegaba. Compartíamos los sueños de la izquierda que iba a cambiar el mundo. Y desgranábamos nuestros incipientes oficios de escritores creando revistas literarias. Algunos nos amuchábamos, casi diariamente, en bares, alguna casa, cenas esporádicas y mucha charla y mucho café. Estaban Juan Carlos Portantiero, Andrés Rivera, Juan Gelman, Jorge Onetti (hijo de Juan Carlos, escritor de obra breve, muerto tempranamente), Roberto Hosne y Marcelo Ravoni, periodistas y muchos otros que entraban y salían del grupo.

El Alemán, por lo que recuerdo, no era un asiduo concurrente. Tenía su propia trayectoria. Seguramente la investigación, su vida aventurera lo alejaban cada tanto de las luces del centro. Pero estaba siempre. Vino la Revolución

* Nació el 30 de noviembre de 1934 en el barrio de Villa del Parque, Ciudad Buenos Aires. Es uno de los dramaturgos clave de la literatura argentina. Se describe como actor frustrado. Comenzó a actuar a los diecisiete años en un teatro de barrio de San Isidro, pero pronto abandonó para escribir. Como periodista pasó por *Clarín*, *La Opinión*, *el Cronista Comercial* y —en sus comienzos— diez años como corresponsal «clandestino» de *Prensa Latina*, la agencia cubana de noticias. Se autodefine como socialista y admirador de la Revolución Cubana. La realidad social y la historia política de la Argentina circulan a menudo por sus obras. Cossa es autor de obras de gran éxito como *La Nona*, *Yepeto*, *Gris de ausencia* y *Tute Cabrero*, varias de ellas llevadas al cine.

Cubana, las certezas del socialismo al alcance de la mano, Perón y la guerrillera, el tiempo de las derrotadas, la noche de las sombras siniestras. Y el Alemán estaba allí. Cada vez más convertido en un ejemplo. Su exilio y su lucha en el exilio. Su estilo militante y combativo.

La vida nos fue alejando desde aquellos tiempos veinteañeros. Mi dedicación al teatro me alejó en parte de aquella barra amasada a fines del los cincuenta. La militancia y las clandestinidades terminaron de separarnos. Pero el Alemán estaba allí. Tuvimos encuentros esporádicos a lo largo de todos estos años. Y cada vez que lo veía no tenía la sensación de un reencuentro. Porque el Alemán nunca había dejado de estar en mi vida. Tipos como el Alemán entran en el alma y de quedan para siempre.

Es Osvaldo Bayer, uno de los imprescindibles. Coherente, como hubo y hay otros. Pero el más empeinado de todos en la lucha por un mundo mejor.

Oswaldo Bayer: el padre de la Patagonia Rebelde

Roberto Suárez Samper*

Este apelativo tan merecido, se me ocurrió adjetivárselo y decírselo a todos los presentes cuando, en el escenario de Jaramillo (Santa Cruz), lo acompañaba en una de las muchas conferencias que dio luego de su monumental obra y cuando la Patagonia toda empezó a reconocer su trabajo y su sacrificio; como significó, por todo esto, tener que irse del país por ocho dolorosos años. En medio de esos reencuentros tan esperados me tocó hablar a mí. No olvidaré esa jornada en la que los tantos —cuatrocientos— habitantes, perdidos en ese pueblito lejano y ventoso, recibían a un notable que los despertó a la vida de su propia historia que, antes de él, no conocían. Gracias a Oswaldo, hoy, a la vera de la ruta 3 está el monumento a Facón Grande —símbolo ahora de Jaramillo— donde habrá un futuro museo, que va lento pero sigue su curso. Y, ahora, la cruz de los fusilados, que milagrosamente rescaté de un infinito manto de ceniza volcánica que había desaparecido a media provincia de Santa Cruz; con el forra-

* Nacido en Comodoro Rivadavia. Es médico nefrólogo de la Academia Nacional de Medicina. Docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y El Salvador. Especialista en riñón, diálisis y transplantes. Ex jefe de Clínica Médica Hospital Regional de Comodoro Rivadavia. Delegado del Incucai durante treinta años. Fundador de la delegación jurisdiccional del Incucai en la provincia de Chubut: CAIPAT. Ex jefe operativo médico de Guerra de Malvinas en 1982. Ex presidente de la Sociedad Patagónica Sur de Nefrología. Director del centro de riñón artificial SEDIAL de Comodoro Rivadavia. Historiador regional patagónico y colaborador de Oswaldo Bayer. En 2010 escribió el libro *Mi Patagonia (Entre recuerdos y olvidos)*.

je todo cubierto y la muerte de millones de ovinos y especies autóctonas (luego de dieciocho años todavía la actividad ovina, en las zonas entonces más afectadas, sigue sin recuperarse). Así era, entonces, que en octubre de 1991 la cruz esperaba su destino definitivo, y la pregunta fue para el padre de todo esto: ¿adónde irá esta cruz, Osvaldo? «A Jaramillo», me dijo sin dudarle un segundo. Allí, cerca de donde yace fusilado el gaucho entrerriano Facón Grande; esta cruz que en 1922 fuera emplazada, por gauchos anónimos, en la estancia San José, donde Facón había sido capataz en 1916.

Yo había encontrado al soldado fusilador de Facón Grande, don Gabino Pérez, que hizo las dos campañas acompañando al comandante Varela, primero en cumplimiento con el servicio obligatorio y luego como voluntario. También encontré a Elisa Minucci de Gamarra, única testigo de la terrible batalla de tehuelches entre Varela y Facón Grande, y a doña Isabel Tirachini, muerta a los ciento cuatro años, hace tres, quien con su marido poblaron la estancia Granaderos por el 1918 y fueron amigos de Facón que estaba en San José, lindero con ellos.

Me han pedido que escriba de Osvaldo Bayer como su amigo y su médico personal. Gracias infinitas por este honor, pero la seriedad impone aclaraciones: a lo de médico personal le agregaría médico personal itinerante, que tiene protagonismo cuando viajamos mucho por la inmensidad patagónica. Él tiene a su médico en Buenos Aires, el doctor Claudio Capuano, y Kalt Hoffen, su médico en Alemania, a los cuales recuerda y respeta. Los médicos alemanes lo curaron para siempre de una enfermedad maligna de la que hoy no quedan rastros, o sea que «Nunca Más» palabras muy emblemáticas en la Argentina de los últimos tiempos, «Nunca Más» le dijo el militar que le dio la mano cuando, en el aeropuerto de Ezeiza, lo echaban del país por destapar la olla con *La Patagonia Rebelde* y simultáneamente el hoy retirado general Gorleri hacía fogatas con sus libros. Así fueron las primeras noticias y resultados de su medulosa y tremenda investigación sobre el genocidio de las huelgas rurales de 1921, las más duras, las más dolorosas. Como el sacar a su familia del país para siempre con el consabido desarraigo de sus hijos, de sus amigos, en una pretendida actitud hacia él para que sintiera una muerte lenta en vida: *el exilio*.

Es que fuera uno a imaginarse que iba a surgir un brillante escritor e historiador que destaparía para todos los tiempos un secreto vil, bien escondido y tapado, que había vivido oculto cincuenta años con la complicidad de silencio de la aristocracia, los políticos, los militares y los herederos de la liga patriótica argentina. Nadie nunca dijo nada.

Con la *Patagonia Trágica* de Borrero se había mezclado todo, se había confundido. Pasaron los años, la promesa de la aparición de la orgía de sangre de Borrero que nunca apareció, y así se olvidó todo y se pudo cubrir durante décadas el peor error político de un caudillo de buen nombre ante las generaciones hasta hoy: Hipólito Irigoyen. Pero no, Bayer demostró que con valentía y trabajando sin pausa durante ocho años en los veranos patagónicos –siempre junto a su mujer y sus hijos– pudo sacar a la luz que el caudillo radical y el ejército habían cometido el genocidio gaucho de mil quinientos obreros rurales, por una huelga por los derechos de mejoras en una explotación inaguantable y vil de terratenientes extranjeros traídos por el general Roca.

El destino puso a temprana edad esta temática apasionante en mi vida. Mi padre, comisario de los Territorios Nacionales, deambuló por varias localidades de la Patagonia argentina. Una de ellas, en la cordillera santacruceña, Perito Moreno (antes Lago Buenos Aires), y allí en el fondo de la comisaría, mi casa: en un gran patio que contenía también a los calabozos, a los presos, a los caballos; y los supremos jefes de justicia (la burocracia judicial de entonces) hacían pernoctar largos periodos a los presidiarios, lo que sumía con el tiempo a todos en un ambiente más familiar que carcelario.

Mi papá siempre sintió una gran lástima por ellos, y había una onda afectiva, sobre todo cuando ellos ayudaban con los menesteres de la casa, cortando leña para la estufa de mi madre, limpiando el patio o sacando agua del aljibe. Esta onda afectiva con los presos, se daba sobre todo conmigo, pues con cinco años los hinchaba siempre, los hacía jugar a la pelota que casi no conocían, y ellos siempre me regalaban hondas y jaulitas para pajaritos, rebenques, tabas de huesos de vaca... Y en definitiva mi padre fue el primero en hablarme de las huelgas, ya que en Perito Moreno vivían protagonistas de estos hechos como parte gubernamental, el juez Eugenio Guridi, Valenciano y el comisario Nicolía Jaimi-

son, gente pesada, difícil, supremos jefes de la justicia. Pero yo siempre vi en mi padre un joven corajudo al que no arriaban fácil, lo que lo llevó a sanciones que significaron traslados a otras localidades, y yo con mi madre por detrás.

Cuando llegaba la primavera, florecía el campo, volvía la vida, terminaba el invierno y llegaban los corderos. Mis padres siempre tuvieron una gran piedad y consideración por estos presos, verdaderos beduinos del desierto patagónico, solos, sin familia, sin Navidad, sin fiestas, nunca habían tocado una mujer, indocumentados, huidizos. Todo era igual para ellos, capón mate y tortas fritas. Y de leyes, derechos y jubilación nunca se habló. Pobres de ellos, fueron los preferidos por el ejército para fusilar. Mi padre les daba corderos y una bota de vino para alegrar sus fogones. En estos benditos fogones y sus tertulias escuché a huelguistas supervivientes que, con cautela y susto, contaban lo de la huelga. Algo a lo que no dejé de prestarle atención hasta los años noventa, cuando toda esa generación ya había desaparecido. Mi drama fue no poder hacerme de nada de lo conocido y escuchado, durante veinte años. Tuve que esperar hasta 1968, a punto de recibirme de médico, para ver el primer artículo de Osvaldo en *Todo es historia*, de Félix Luna. Luego los tomos de *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, y nuestro primer encuentro en el aeropuerto de Comodoro Rivadavia en 1973, filmando *La Patagonia Rebelde*. Después, el exilio de Osvaldo. Ante su dolida ausencia quise honrar su obra, y me largué a investigar algunas cosas que podrían haber quedado. A su regreso me colgué de su saco y hace veinticinco años que lo acompaño.

Este prólogo lo tengo en mi mente toda una vida. Es la primera vez que lo escribo, y es en homenaje a mi maestro y amigo.

Lo que me han pedido específicamente es que diga quién es Bayer, cómo lo veo y cómo lo he vivido. Pero yo digo ¿qué o cuál de los Bayer quieren conocer?, el historiador, el periodista, el traductor, el escritor, el marinero, el timonel, el guardaavidas, el corredor de seguros, el ayudante de quinielas de un alemán increíble; o, en el plano de los grandes intelectuales, este socialista libertario, discípulo de Bakunin, Kropotkin, o la filosofía de Immanuel Kant (el de la paz eterna), o el amante de las ideas de Goethe, Fiodor Mijàilovich Dostoievski, Franz Kafka, Eric María Remarque, o su amor por las pampas de Guillermo

Hudson, o el que se emociona cuando reconoce a sus escritores amigos, brillantes como Rodolfo Walsh, David Viñas, Juan Gelman, Osvaldo Soriano..., o mejor nos situamos en Berlín entre 1955 y 1958, donde encontramos a uno de los mejores cronistas de festivales que no pierde ocasión de acercarse a la admirada diva de su época, la alemana Marlene Dietrich (hay que ver las varias fotos de la diva en su Tugurio para comprender su eterna fidelidad y admiración). El Tugurio no hay duda que con el tiempo deberá ser destacado con todos los honores, pues allí en esa catedral del desorden y la sabiduría, Osvaldo concibió sus mejores proyectos, redactó las mejores páginas de su historia en libros, en periódicos, y por allí desfilaron y desfilan los mejores intelectuales del país. Además de la concurrencia de muchísimos alumnos que lo visitan. No hay duda de que al ingresar a su casa uno se impregna de la nostalgia de la otra argentina intelectual, que difícilmente vuelva, y uno concluye que su vida está tan llena de matices diversos, que hacen necesarias sus memorias la que, desde hace ya mucho tiempo, le ruego que escriba; pues escuchándolas uno encuentra las más ricas páginas de los últimos cincuenta años de la historia argentina, con conocimientos y vivencias personales de todos los personajes de entonces: músicos, tangueros, periodistas, políticos, artistas. No hay dudas de que él es un brillante de la reflexión filosófica, de la literatura, del periodismo; pero yo que no tengo ese vuelo y ese perfil intelectual, me deleito, en nuestros extensos viajes, con sus historias de vida junto a personajes inolvidables.

Una anécdota: una noche terminamos en Comodoro tardísimo con un debate feroz, y tenía que llegar a San Julián a hora temprana; no tenía otra que llevarlo, porque me avergonzaba mandarlo en transporte. Muerto de sueño sentenció: «¡salimos ya, pero me hablás todo el viaje, porque así me distraigo y no me duermo!». Y el relato fue maravilloso, desfilaron Atahualpa Yupanqui en su amistad en el exilio, Hamlet Lima Quintana, el poeta folklorista, el «Che» Guevara, González Tuñón... Al nombrar a González Tuñón no puedo olvidarme citar cuánto admiró Osvaldo la época en la que los redactores de los diarios eran poetas: el nombrado, Portagallo y Carbalho.

De todas maneras, mis ruegos porque escriba sus memorias se enfrentan, hace un largo tiempo, con una severa y copiosa agenda que condiciona todos

los días de su vida, hasta los fines de semana, que aprovecha para realizar viajes cortos, siempre en conferencia, al interior o a Europa. Yo lo explico siempre: nunca sabe decir que no, le da su teléfono o *mail* a todo el mundo, y allana el camino para que lo encuentren. En estos días, ante el terrible frío de junio de 2007, le pedí que no fuera a los lugares con los que estaba comprometido, pues la nieve y el frío extremo afectarían la salud a cualquiera. «No puedo, –me dijo– son compromisos con las colonias mapuches»; y se fue a Esquel, a Lago Puelo, a Trevelin, y a Corcovado no pudo llegar por la cantidad de nieve. En Esquel revivió su breve estadía de hace cuarenta años, cuando fundó el periódico *La Chispa* y, por sus ideas libertarias, fue expulsado por la gendarmería. De todas maneras, sus temas son siempre rescatar olvidos injustos, y, por qué no, acontecimientos trágicos: ayer *La Patagonia Rebelde*, hoy la Campaña del Desierto y el genocidio del general Roca sobre los pueblos originarios.

Todo esto lo tiene como principal protagonista, está metido en este tema desde hace mucho tiempo, y corona los primeros y terceros jueves de cada mes con sus reuniones en el monumento a Roca, en Diagonal Sur, cerca de la Plaza de Mayo. Donde concurren a acompañarlos los pueblos originarios, los familiares de los presos políticos, los familiares de los desaparecidos, que van al encuentro de su presencia y de sus palabras reivindicatorias.

Está de más aclarar que nuestras diarias charlas por teléfono o nuestros encuentros son entre las seis y las siete de la mañana, desayuno de por medio en un bar de la esquina, y, luego, al atardecer, verlo en las conferencias que siempre terminan muy tarde por los hermosos debates que generan, y un diálogo corto en el taxi pues a esa hora la gente, sin querer, lo ha exigido demasiado.

Hablar de su personalidad me provoca un sentimiento de inferioridad, me queda grande, me desborda, me achica y no me atrevo, pensando en los grandes escritores y personalidades que lo conocen, lo admiran y lo idolatran. Indudablemente no deja un espacio para mí. Pero tantos años juntos bajo el marco de un cariño recíproco, con los desiertos patagónicos como escenario, nuestras horas de silencio, me llevan a atropellar la historia y a atreverme: lo más notable de este hombre, que goza de un raro privilegio, el de ser portador de una inteligencia increíble, es su humildad, su modestia y su silencio. Si algo me conmovió siempre

es su estado semimelancólico, su mirada infinita e indefinida y su caminar lleno de recuerdos que no repara a su alrededor, que no mira a nadie, y que está pensando constantemente, o que está escribiendo en el cielo; a pesar de que a su paso siempre la gente lo conoce, al entrar en algún bar, en algún restaurante, siempre alguien empieza a inquietarse: ya lo han reconocido. Y, como digo yo, primero lo saludan y a los pocos minutos rompen las vallas: ya estamos rodeados. Él, siempre algo sorprendido, atiende, abraza, firma, escucha. Y escucha a uno por uno, con todo lo que le dicen; nunca se muestra esquivo o impaciente.

Días pasados caminábamos con mis hijas por la calle Cabildo rumbo a un restaurante, a festejar el día del padre. Unos metros antes había otro gran restaurante con grandes ventanales colmado de gente que, a modo de espectáculo público, miraba avanzar a Osvaldo Bayer. Todo el mundo comenzó a pararse ante su proximidad, y yo empecé a emocionarme por lo que se veía. Pero él, con la mirada en el infinito, ni se dio cuenta, pues andaba por el cosmos con Soriano, Paco Urondo, con los obreros fusilados, con los mapuches, o, lo que es más seguro, con Marlies, su esposa. O con sus hijos y nietos en Alemania, pensando en la mesa familiar tan lejana para esta fecha del día del padre. Así que, con el tono nostálgico y en automático, seguimos caminando. De tanto vivirlo y conocerlo, hago a veces de maestro de ceremonias, y la mirada de todos los comensales hacia mí me obligó a advertirlo de lo que acontecía. Tardó un rato en bajar del cosmos, y con su candidez e ingenuidad casi se asustó y fijó la mirada en la primera adelantada: una cálida viejita que le preguntó, tomándolo de las manos, «¿Cómo anda su salud, señor Bayer? Creo que quedó muy sorprendido, emocionado. Y después del desborde de todo el mundo, que duró treinta minutos, reanudó la marcha, recompuso su mirada indefinida y comenzó a buscar recuerdos nuevamente.

Yo estuve ahora cuarenta días con él en Buenos Aires, todos los días tuvo conferencias, presentaciones de libros y, para variar, estuvo en Tilcara, Jujuy, donde lo habían invitado pueblos originarios. Considero que ha comenzado a pensar en la hora del descanso, se irá a Alemania a reencontrarse con los suyos y con sus nietos que es un capítulo aparte. Volverá en octubre y comenzará con su agenda, que está llena.

Un día, y no hace mucho tiempo, creo que en Gobernador Gregores le pregunté por qué esta actitud de sacrificio casi placentero por casi nada remunerativo, y a orillas del río Santa Cruz me confesó: «lo hago por el compromiso adquirido con mis amigos, los periodistas desaparecidos, por las víctimas de los genocidios». Siempre me llamó la atención en los estados de tristeza profunda en los que se sumerge cada vez que nos vamos aproximando en nuestras investigaciones a los lugares de tumbas masivas de obreros fusilados. Tiene un estado de no resignación que no se solucionará jamás. Todavía pregunta por qué tanta barbarie y tanta injusticia con unos pobres gauchos desprotegidos.

Para pasar algo más familiar, hablemos de sus rutinas y hábitos: en lo gastronómico, simple, austero, nada exigente, siempre tiene muy poco apetito. Creo que las mil veces que comimos juntos, y desde hace mucho, siempre come lo que yo le elijo y siempre deja la mitad del plato; eso sí: se deleita su buen tinto, no nos perdemos el wisquito del mediodía y el Campari cuando estamos de viaje y cuando no hay mucha gente. De caminar cansino y claudicante, es infatigable. El mal mayor que padeció lo dejó con esta marcha algo inestable, pero no afloja, sigue y sigue y no para nunca.

En la última filmación de la vuelta de Osvaldo Bayer, obra genial de Eduardo Anguita y Emiliano Costa, recorrimos cinco mil kilómetros. Con doce días de filmaciones tremendos, a veces a la noche le gustaba salir a caminar. En una de esas noches recalamos en Calafate, en la hostería *La Patagonia Rebelde*, denominada así en su honor. Un grupo de alemanes motoqueros lo reconoció y les habló hasta las tres de la mañana en un perfecto alemán.

Su espíritu y carácter templado, hacen que sea raro verlo enojado en público, ya que su educación no se lo permite. Ahora, esa costumbre suya de meterse a escarbar en lo peor le ha acarreado consecuencias que todos conocemos, pero bien a lo Nietzsche está más allá del bien y del mal. De todas maneras, la demagogia no es su fuerte. Me han tocado encuentros suyos con personajes importantes pero con trasfondo corrupto o vende patrias, y nunca tuvo el menor empacho en demostrarles su desprecio y poner distancia inmediata con actitud dura e inflexible.

Una de las pocas personas que le puede hacer de todo, que lo carga, que le arranca carcajadas y que puede llegar a buscarle roña, es su querida amiga Hebe

de Bonafini. Y es porque la admira y porque ve en ella un coraje y valentía inigualables. En la última filmación de Hebe y Osvaldo, el documental de Ana Bayer, pude constatarlo durante el transcurso de gran parte del rodaje en El Tugurio.

Para finalizar, espero haber aportado lo necesario para que mi relato haya sido útil para conocer a este enigma. No fue fácil conseguirlo, pues yo nunca me lo propuse ya que no fue necesario. Convivir a su lado ha sido extraordinariamente lindo, y si hice esto es porque me lo pidieron, hecho que agradezco y comparto. Pero mis veinticinco años junto a él fueron un privilegio superlativo y de lo mejor que me dio la vida. No hay duda que lo conozco, que lo quiero muchísimo, lo mismo que toda mi familia. Hace veinticinco años que vengo a Buenos Aires por las mañanas a los trasplantes de órganos con el doctor Domingo Casadei, Luis Re, Luis Mainetti, Guillermo Hinchbach y Gabriel Illanes, y luego, al atardecer, me meto en la historia y con sus conferencias y reuniones, sigo palpitando su sabiduría y el clamor de su gente, de su público, que reconoce al maestro y está en su misma línea.

El querido Osvaldo Bayer

Fray Antonio Puigjané*

Lo conozco desde hace años y, hablando con absoluta sinceridad, Osvaldo es de las personas en que se puede confiar con la certeza de no ser defraudado ni en las más duras circunstancias.

* Nació en Córdoba, el 13 de Junio de 1928 (un día antes que el «Che» Guevara). Entró al Seminario Seráfico de Nueva Pompeya (Buenos Aires) en mayo de 1940, estudiando humanidades y filosofía en O'Higgins, hasta 1948, año en que hizo el Noviciado para la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, en Lavallol. Estudió Teología en Villa Elisa de 1949 a 1952, donde el 20 de septiembre de ese año, fue ordenado sacerdote. Ejerció el ministerio sacerdotal, hasta 1958, como profesor y formador en el seminario de O'Higgins y después en Euskal-Echea. En el año 1972, con otros hermanos, fue obligado a salir de la capillita de la Villa del Martillo Chico, en Mar del Plata, por Monseñor Antonio Plaza, por considerarlos perturbadores de la comunidad. Se fueron a trabajar con monseñor Enrique Angelelli, a La Rioja, donde compartieron con el pueblo riojano la vida y el trabajo, hasta que Angelelli fue asesinado por los militares el 4 de agosto de 1976. De inmediato, Puigjané fue obligado a dejar temporalmente esa provincia. Regresó a Chepes en 1977 y compartió el ministerio con otros sacerdotes hasta el 28 de diciembre de 1978. Los superiores lo trasladaron a Nueva Pompeya, para acompañar a los jóvenes postulantes. Allí conoció a las Madres de Plaza de Mayo y sintió la necesidad de acompañarlas en su lucha por recuperar a sus hijos. Eso motivó el enojo de los militares que lo conminaron a no volver a la Plaza, bajo amenaza de muerte. Ya en democracia, tras el copamiento del cuartel de La Tablada, y habiéndose presentado voluntariamente ante la justicia, fue condenado a veinte años a cárcel, bajo el cargo de haber sido su autor ideológico.

Amnistía Internacional, en el año 1995, tras años de investigaciones, lo reconoció «preso de conciencia», cosa que ningún medio, en Buenos Aires, aceptó publicitar. Al cumplir setenta años fue enviado a prisión domiciliaria, a la Parroquia Santa María de los Ángeles, donde sigue ejerciendo el ministerio sacerdotal acompañando todo lo referente a la lucha por la justicia del pueblo, en todos los órdenes.

Su trayectoria de investigador serio y concienzudo es por todos conocida, y probada para quien se acerque a sus numerosos escritos en la prensa, en libros y en innumerables entrevistas.

Deseo destacar, como aspecto notable en la personalidad de Osvaldo, su admirable fidelidad al ser humano, a lo que él descubre de bueno y noble en cada uno, junto a su rechazo a todo lo que crea vínculos de sometimiento, al cual ve como traición a la misma condición humana, con vocación a la libertad plena. Su amor y respeto hacia los anarquistas consecuentes y generosos lo demuestra claramente.

Su constancia, valentía y claridad en la investigación y solidaridad con el pueblo mapuche, ante el genocidio que sufrieron en nuestra Patagonia, en la denuncia de sus asesinos que aún son honrados como eximios patriotas y de los ladrones de guantes blancos que se quedaron con sus tierras, perdura hasta hoy y se renueva cada día.

Desde que lo conozco fue notable su respeto y admiración a las queridas Madres de Plaza de Mayo, hacia las que siente un amor tan grande que, en ocasiones, llega a parecer casi un culto reverente que le ayuda a estar siempre a su lado aunque tenga que superar cualquier tipo de obstáculos, compromisos, contradicciones o cansancio. Sigue viéndolas como la chispa que mantiene viva la conciencia revolucionaria de nuestro pueblo.

Tuve oportunidad de palpar muy de cerca su solidaridad y fidelidad con ocasión del lamentable y doloroso copamiento del cuartel de La Tablada. Sin reivindicar el hecho, supo acompañarnos con calidez, valentía y humildad de verdadero compañero, pese a que éramos una especie de «leprosos» para los medios y la misma sociedad. Estando siempre a nuestro lado, durante más de quince años, hasta ir volviendo todos a la calle, nos hizo sentir muy claramente que nos quería y respetaba como pocos. Imposible olvidarlo.

Creo que con esto queda claro que, para mí, Osvaldo es un santo revolucionario que aporta mucho, con su vida y con su pluma, a la causa del pueblo, que es la causa del Dios de Jesús, para quien todas y todos somos sus hijos queridos, para quienes quiere justicia y felicidad.

Oswaldo Bayer*

Carlos Cajade**

AOswaldo Bayer lo conocí (como muchos) leyendo sus increíbles investigaciones sobre los obreros fusilados en la Patagonia. ¡Qué figura la de Oswaldo!

Es uno de los pocos militantes de la vida, que no claudicó en sus justos ideales. Ni ningún poder de turno pudo sobornarlo. Él siguió amando y defendiendo las causas populares.

Tengo un artículo que escribió sobre la corrupción en la Iglesia Católica, el poder y la impunidad del Vaticano («Apagar las velas», *Página/12*, 19-1-2005), en donde, pone como una luz de esperanza ante tanta basura clerical, a la Iglesia

* Estas líneas son producto de una charla que mantuve con el cura revolucionario Carlos Cajade, referente a la figura de Oswaldo Bayer. La intención de Carlitos era profundizar y hacer más extenso el texto. Pero la injusta y trágica muerte lo sorprendió. Su bella alma se encuentra en el paraíso de los mártires del pueblo.

** Nació en un humilde hogar de Ensenada. Siendo muy joven, a los catorce años, empezó a trabajar en el frigorífico Swift, donde conoció a históricos luchadores de la Resistencia Peronista, metiéndose en la JotaPé. Durante los setenta optó por la lucha revolucionaria, por medio del evangelio tercermundista. Admirador y lector de Camilo Torres, Carlos Mugica, Angelelli, Jaime de Nevarez, Ernesto Cardenal. En 1984 fundó el Hogar de la Madre Tres Veces Admirable. Un lugar de contención para los chicos expulsados por el sistema. Fue cofundador y secretario general del Movimiento Nacional de los Chicos del Pueblo, y Secretario de los Derechos Humanos en la *Central de los Trabajadores Argentinos* (CTA) de Víctor de Gennaro y Alberto Morlachetti, en la provincia de Buenos Aires. También creó la revista mensual *La Pulseada*, un medio donde reflejaba la actualidad socio-político-cultural-económica y otros aspectos históricos. Falleció en octubre de 2005.

de los Pobres. La de los pies en el barro. Con sus figuras emblemáticas: Monseñor Angelelli, Jaime De Nevarez, Miguel Hesayne, el cura Antonio Puigjané... ¡Y me nombra a mí! Ustedes no se imaginan que emoción y que honor significa estar en la pluma de Osvaldo Bayer.

Ojalá todos los jóvenes puedan tener acceso y conocer los escritos de Bayer. Porque en ellos están la rebeldía, el coraje, el valor, la dignidad de todos grandes luchadores del pueblo, que buscaron incesantemente un mundo mejor para todos.

Oswaldo Bayer

Miguel Rep*

Oswaldo es lo más.

Oswaldo es el sùmmum del intelectual comprometido, ameno, sin complicaciones, sabiduría, lenguaje llano.

Oswaldo es testigo.

Oswaldo es el abuelo recordador de todos nosotros.

En estos tiempos de colores estridentes, saturados, Oswaldo Bayer es de los tiempos del blanco y negro.

* Nació en 1961 en San Isidro, provincia de Buenos Aires. Dibujante y humorista. Publica diariamente una tira de humor en el matutino *Página 12*, desde el primer número. También, semanalmente, en la revista *Veintitrés* y, mensualmente en *Fierro*. Realizó numerosas exposiciones individuales, entre las que cabe mencionar: *Rep & Repiso-Bellas Artes* (Malba, Buenos Aires, 2004), *Aquesem Miraraumiaraumi* (Centro Cultural Recoleta, 2004), *Ciudad Rep* (Centro Cultural España Córdoba, Córdoba, 2004), *Mis Dibujos Franceses* (Alianza Francesa, Bs. As. 2003), *Mutiladitos Suplicantes* (Centro Cultural San Martín, Buenos Aires, 2000), *Rep Prospectiva* (Centro Cultural de España en Buenos Aires, Buenos Aires, 1993) y *Rep en Recoleta* (Centro Cultural Recoleta, Buenos Aires, 1992).

Obtuvo numerosos premios nacionales e internacionales. Autor de una veintena de libros, entre ellos: *Bellas Artes*, *Y Rep hizo los barrios*, *Postales*, *Platinum Plus* y *La Grandeza y la Chiqueza*. Ha creado unos sesenta personajes y series, como *El Niño Azul*, *Postales*, *Bellas Artes*, *Barrios de Buenos Aires*, *Gaspar el revolú*, *Lukas* y publicado historietas y dibujos en numerosas revistas, entre ellas: *Humor Registrado*, *Fierro*, *El Péndulo* y *Experimenta* (España).

En la actualidad publica en las revistas *El Ajo*, *Generación XXI* y *Diagonal* (todas de España) y en *Playboy* de México.

En 2007 fue distinguido por la Legislatura Porteña como Personalidad Destacada de la Cultura de la Ciudad de Buenos Aires.

A Osvaldo hay que cuidarlo, no andar invitándolo a cualquier parte, en medios espantosos de locomoción, en climas aberrantes, porque él va. Pero muchos lo usan y no lo cuidan. Él no se cuida, se transporta como lo que es: un cerebro privilegiado. Pero ese cerebro tiene un contorno, y ese cuerpo muchas veces está frágil. Osvaldo es una mente joven, pero su cuerpo ya no lo es tanto.

Un día lo crucé en Ushuaia y, poco después, en un clima terriblemente caluroso. Lo reté, es verdad. Y él se ríe con esos ojos cansados.

Osvaldo es generoso. La falsa izquierda es avarienta, y lo usa.

Osvaldo es de izquierda, la verdadera.

Osvaldo es un librepensador.

Necesitamos muchos años de Osvaldo. Cuidémoslo. Disfrutémoslo. Seamos generosos con él.

La Patagonia era una línea árida e insípida antes de él. A partir de Osvaldo, es Rebelde también.

Osvaldo Bayer es un Rebelde.

Oswaldo Bayer

Horacio González*

Oswaldo Bayer ha tenido en los últimos tiempos numerosos homenajes. He participado en algunos de ellos y no se parecen en nada a aquellas efemérides un tanto dulzonas, y justificables, a las que comparecemos por amistad, reconocimiento o admiración. Siempre queremos decirle algo a nuestros contemporáneos, y muchas veces elegimos ese momento que parece solemne —porque, a la intimidad, ¿quién le garantiza entera objetividad?—, y ahí lanzamos nuestro tributo. Quiero diferenciar claramente a muchos homenajes en los que hemos participado —es un género apto para la emoción pero también para el pudor, en proporciones iguales—, de los eventos en que Oswaldo es el centro de las palabras elogiosas. Se trata, por supuesto, de un gesto hacia el autor de una obra de reparación social, que recorre el difícil camino de abrir el espíritu de lector hacia la voz de las víctimas. Sin conmisericordia ni fáciles rencores, sino como

* Nació en Buenos Aires. Es sociólogo, docente, investigador, ensayista y disertante. Es licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (1970) y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Pablo, Brasil (1992). Desde 1968 ejerce la docencia universitaria en diversas instituciones del país y del exterior. Es profesor titular en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires y en la de Ciencias Políticas de la Universidad de Rosario. Autor de numerosos ensayos y artículos de crítica política y cultural. Ha escrito asimismo *La realidad satírica. 12 hipótesis sobre Página/12*. Es responsable de la publicación de *Los cuadernos de la Comuna* y de la revista *El ojo mocho*. Sus últimos libros publicados: *La Nación subrepticia*, en conjunto con Eduardo Rinesi y Facundo Martínez (1998), *La crisálida, dialéctica y metamorfosis* (Colihue, 2001), *Retórica y locura, para una teoría de la cultura argentina* (Colihue, 2002), *Filosofía de la conspiración* (Colihue, 2004), *Perón, reflejos de una vida* (Colihue, 2008). En la actualidad es director de la Biblioteca Nacional.

crecimiento hacia un horizonte más amplio de comprensión de las asperezas de la historia. Pero debemos agregar lo siguiente: los reconocimientos a Osvaldo lo son también a esos trayectos de la reflexión personal que cada uno debe hacer para presentarse ante los hechos dolorosos de la vida colectiva con una justa introspección y voluntad de saber. Por eso, toda reunión en torno a la obra de Osvaldo Bayer –por imperio de esa mimesis entre un hombre y sus textos–, evoca de inmediato la potencialidad de lector para realizar él mismo su propio balance moral. Los tributos a Osvaldo son así instrumentos de traspaso, una traducción de estados de ánimo. Fórmulas colectivas de reconocimiento donde lo que se busca es señalar al escritor que develó en sus temas el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, ponernos nosotros mismos en ese mismo estado emotivo, frente a semejantes estados de conmoción. Homenajear, así, es recrear las condiciones en que los perseguidos y los agraviados golpean a nuestras puertas con la respirada agitación que les donan los escritos e investigaciones de Osvaldo.

La noble igualdad

Marcelo Valko*

Como tantos de nosotros, en numerosas oportunidades había asistido a sus conferencias y me había enriquecido con sus libros y artículos periodísticos, pero, hasta hace un año y medio, nunca había hablado con él. Al final de sus charlas, observaba cómo era rodeado por el cariño de la gente que le daba la mano, le pedía autógrafos o le solicitaba posar para una foto, requerimientos a los que Osvaldo Bayer accedía con una enorme cordialidad y una simpatía militante que muchos intelectuales deberían imitar. Más de una vez estuve a punto de decirle algo, cualquier cosa, podía haberle dicho simplemente: ¡gracias Maestro!, pero el pudor pudo más y no lo hice.

Cuando terminé de escribir *Los indios invisibles del Malón de la Paz*, pensé en un prólogo de Bayer, porque de esa manera las aspiraciones de los kollas del norte por habitar las tierras donde estaban enterrados sus abuelos, se unirían a los reclamos de dignidad de los huelguistas patagónicos que fueron fusilados por solicitar, no la expropiación de estancias y ovejas, sino un atado de velas para iluminar la fría noche patagónica. Un prólogo del Maestro en un libro

* Es psicólogo egresado de la UBA y dedicado a la investigación antropológica. Especializado en Etnoliteratura, y Memoria y Resistencia. Dirige un proyecto de investigación sobre el imaginario andino. Ha dictado seminarios y conferencias en universidades de Latinoamérica y EE. UU. Realizó investigaciones en el noroeste argentino, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y México. Su dos libros *Los indios invisibles del Malón de la Paz* y *Pedagogía de la Desmemoria* fueron editados por la Editorial Madres de Plaza de Mayo (Colección Osvaldo Bayer).

sobre los kollas, uniría las miserias, crueldades y luchas de nuestra querida patria.

Entonces me puse en campaña para hablar con Osvaldo. Sabía que vivía por mi barrio, de hecho más de una vez me lo había cruzado por la plaza Alberti, caminando lentamente, las manos tomadas a la espalda sumido en profundas reflexiones. Finalmente, me armé de valor y fui a llevarle el manuscrito. Me intranquilizaba la posibilidad de un rechazo, ya fuera en virtud de la falta de tiempo a raíz de sus múltiples ocupaciones, como también (temible posibilidad), que Bayer dijera que la investigación todavía estaba cruda o poco documentada. En fin, un rechazo que implicaba la desaprobación ante el examen más difícil.

Ubiqué la inconfundible puerta de su casa con el letrero «El Tugurio», nombre con la que fue bautizada por su entrañable amigo Osvaldo Soriano. Antes de tocar el timbre, lo ví en la vereda de enfrente, haciendo la cola de la verdulería. Crucé y me puse a su lado. Ante una situación y un ámbito que no había imaginado, lo que tenía planeado decirle se desvaneció. Apenas murmuré que había terminado una investigación sobre el Malón de la Paz para la cual le pedía un «prologuito». Incluso le hice un gesto con la mano indicando un pequeño párrafo. Me miró con sus ojos brillantes, se acarició la barba y con esa simpleza que tienen los grandes, respondió: «¡Qué tema interesante! Tráigame hoy el manuscrito en un disquete, porque mañana viajo a Alemania». En ese momento, la providencial intervención del verdulero: «¿Qué va a llevar, don Bayer?», ocultó la emoción que me había dejado definitivamente sin habla. Regresé corriendo a mi casa. Grabé el libro y volví al «Tugurio». Me recibió en el living frente a su biblioteca, que toca el techo de la casa y en cuyos estantes asoman retratos de su familia, de Marlene Dietrich y hasta un azulejo que dice: «Cutral-Có 2, Gendarmería 0» en alusión a las dos veces que la gente de Cutral-Có corrió a la Gendarmería. Las mesas, sillas y el sofá estaban repletos de libros y más libros y papeles. Allí le conté que una tarde con mi hermano Alejandro, en la parrilla del fondo de nuestra casa de Florida, quemamos, entre otros libros, a *La Patagonia Rebelde*. Eran tiempos del Proceso Militar y toda precaución era poca. Osvaldo me miró entre cómplice y divertido, y respondió «lo bien que hicieron».

Finalmente Bayer viajó con el disquete hacia el verano alemán y en Buenos Aires comenzó mi tiempo de espera y desespera. En aquellos días, advierto que, en el apuro, no le había grabado la copia definitiva, sino una de las numerosas versiones previas. No sabía qué hacer. En eso estaba cuando llega una comunicación de Osvaldo diciendo que no puede abrir el disquete, que cuando lo intenta «aparecen cuadraditos y signos raros». Me solicita que le envíe el libro vía mail. Esta vez, los misterios de la informática habían jugado a mi favor. Después todo se aceleró. Llegó su hermoso prólogo y posteriormente su decisión de seleccionar al libro como el tomo inicial de la Colección Bayer, que sería editado por Madres de Plaza de Mayo.

A partir de ese momento, muchas veces retorné a su casa y las conversaciones se dejaron fluir. Me contó de su medida de whisky cuando se sentaba a escribir *La Patagonia*: «¿O cómo te pensabas que salieron tantas páginas?». Me relató con lujo de detalles cuando un ministro del Interior, pariente de Rauch, lo metió preso en una cárcel de mujeres precisamente por querer cambiar el nombre de la localidad Rauch «por el hermoso nombre de Arbolito», el indígena que mandó a mejor vida al mercenario prusiano. Recordó con tristeza, una ocasión cuando tuvo que abandonar precipitadamente su casa a raíz de las amenazas de la triple A. En aquella terrible encrucijada ningún vecino se arriesgó a cuidarle el perro para que no lo relacionaran con él: «el miedo era tanto que ni se animaban a tenerme el perro un par de días». Me contó de la comprensible opción de su familia por quedarse en Europa. De cuando gestionó el viaje de Hebe a Alemania, y de cuando intentó convencer a Cortázar para que viniera a la Argentina en un avión repleto de escritores e intelectuales, para denunciar a la Dictadura. Hablamos de la enorme decepción que le produjo la claudicación del gobierno de Raúl Alfonsín y de su entrañable amistad con Osvaldo Soriano, alguien a quien sigue sintiendo muy próximo. Con mucho humor me relató cómo los médicos lo habían desahuciado cuando le diagnosticaron su enfermedad: «me daban tres meses y yo tenía infinidad de cosas en la cabeza, por eso en el hospital no paraba de escribir, porque tenía que terminar tantas notas y proyectos». Pero Osvaldo le ganó al cáncer y le hizo un corte de manga a la enfermedad, a los médicos, a los remedios y al hospital. También

hablamos de cómo su propuesta inicial por trasladar el monumento de Roca a la estancia La Larga, propiedad de la familia Roca, comenzó a prender, y hoy en día, por todo el país se presentan propuestas en concejos deliberantes y municipalidades, para sustituir el nombre del genocida en plazas, calles, escuelas y avenidas. Escuchándolo, comprendí la profundidad del verso del Himno: «ved en trono a la noble igualdad». Muchas veces, cuando intentamos diagramar una fecha juntos, nos reímos de su increíble agenda que, constantemente lo lleva de un lado al otro. En la misma semana puede estar en Esquel, Los Toldos y terminar como invitado especial de la Feria del Libro en Venezuela.

Oswaldo Bayer, es el ejemplo de vida de un intelectual íntegro que en medio de tantos «progresistas» que hicieron malabares y volteretas ideológicas, nunca claudicó de sus ideales libertarios. Su pasión por la verdad, la justicia y la ética es una auténtica luz que ilumina el camino de quienes, modestamente, seguimos tras sus valerosos pasos.

Oswaldo Bayer

Julio Santucho*

La primera vez que escuché hablar a Oswaldo fue en una sesión de la Cátedra Libre de Derechos humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, a mi regreso del exilio. Quedé sorprendido por la coherencia de este hombre en la defensa de los principios por los que había luchado toda su vida. Eran años de derrota y desorientación, en los cuales era difícil tomar posición abiertamente por los luchadores de los años setenta.

Me llamó la atención que este intelectual pacifista, como él mismo se define, hubiera dedicado grandes esfuerzos, en los años sesenta y setenta, para recuperar y reivindicar la lucha de los anarquistas de principios de siglo, única fuerza de izquierda que en Argentina había recurrido a la violencia como forma de lucha política. Y ahora,

* Es bachiller en Filosofía en la Universidad Lateranense de Roma y Licenciado en Teología en la Universidad Católica Argentina de Buenos Aires. Luego de sus estudios en España e Italia, volvió a la Argentina en 1969, en pleno auge de las luchas antidictatoriales. A raíz de su militancia política en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), se vio obligado a exiliarse en Italia en 1976, donde se desempeñó como docente de literatura hispanoamericana en la Universidad de Calabria, periodista y crítico de cine. Al regreso del exilio, fundó en Buenos Aires el Instituto Multimedia DerHumALC, ente organizador del «Festival Internacional de Cine de Derechos Humanos» que, en mayo de 2007, llevó a cabo su novena edición. En 2006 se creó la Red de Festivales de Cine Social y de Derechos Humanos de América Latina y el Caribe, con la participación de representantes México, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Cuba. Designado su presidente, actualmente se encuentra empeñado en el trabajo de ampliación y consolidación de la misma. Además, como presidente del Instituto Multimedia DerHumALC se ocupa de la producción de documentales y de la apertura de una diplomatura sobre Cine y Derechos Humanos en Argentina.

después de la derrota del imponente movimiento social que había sacudido a la Argentina en la segunda mitad del siglo, fuera uno de los pocos que intentaba recuperar y reivindicar el ejercicio de la violencia por parte de las organizaciones armadas que habían formado parte de la gran movilización social del reciente pasado.

En los años siguientes, siguiendo sus artículos en *Página 12*, sus intervenciones públicas y el desinterés y abnegación con que acepta todas las invitaciones que le llegan para proclamar sus ideas, me convencí de que era uno de los más dignos representantes de la izquierda argentina.

Cuando decidí publicar una segunda edición de mi libro *Los últimos guevaristas*, hubo quien me insistió en la necesidad de encontrar un prólogo llamativo. La guerrilla de los setenta seguía y sigue siendo un tema espinoso. Si hubiera solicitado el prólogo a una personalidad conocida de la política, hubiera corrido el riesgo de conseguir un texto formal o impresentable y, eventualmente, verme obligado a rechazarlo. Rápidamente llegué a la conclusión que la persona más indicada para valorar mi esfuerzo de reconstrucción de la historia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) era Osvaldo. Y el prólogo resultó realmente llamativo.

Reitero que, con toda justicia, Osvaldo Bayer es uno de los representantes más reconocidos de la izquierda argentina. Ello se puede comprobar en el afecto y el interés que lo rodean en sus innumerables presentaciones públicas. Personalmente guardo un recuerdo inolvidable de la presentación conjunta de *Los últimos guevaristas* en las instalaciones de la Asociación Civil «El Ágora» en la ciudad de Córdoba. Como la sala estaba abarrotada, con numerosos jóvenes sentados en el suelo, muchas personas siguieron el debate afuera del local, a través de los parlantes instalados en el hall.

Tengo la convicción de que uno de los factores que provocaron el fracaso de la hipótesis revolucionaria encarnada por las organizaciones armadas de los años setenta fue la orfandad política de nuestra generación, la casi completa ruptura de continuidad con las experiencias de la izquierda argentina de la primera mitad de siglo. Pues bien, esa noche en Córdoba sentí en la piel que la figura de Osvaldo Bayer de hecho representa el más digno nexo existente entre las mejores tradiciones de la vieja izquierda, la experiencia de los años sesenta y setenta, y las nuevas generaciones.

Oswaldo Bayer

Fanny Edelman*

Intelectual de altos valores éticos y morales. Profundamente humanista. Escritor, periodista e investigador de gran pasión militante.

Absolutamente identificado con las luchas liberadoras de los pueblos..., ese es para mí Oswaldo Bayer.

* Nació en 1911 y durante sus más de setenta años de militancia comunista vivió y participó de los mayores acontecimientos del mundo en el siglo xx.

En 1934 comenzó su militancia política afiliándose al Partido Comunista Argentino (PCA). Fue miembro de su Comité Central y responsable de la Comisión de Relaciones Internacionales, entre otros cargos. Secretaria de la Federación Internacional Democrática de Mujeres (Fedim). Fue voluntaria en la Guerra Civil Española, entre otras actividades. Ha estado detenida varias veces a lo largo de su historia y pasó en clandestinidad buena parte de su vida joven.

Continúa activa políticamente, y trabajando, además, en el tema de la mujer y en la solidaridad.

Sobre Osvaldo Bayer

Sergio Castro*

Conocí personalmente a Osvaldo en diciembre del año 2002, aquí en Cutral C6, provincia de Neuqu6n, donde estoy radicado desde el a6o 1993.

Muy poco podr6a yo aportar escribiendo sobre Bayer escritor, historiador, periodista, pensador inagotable, esclarecedor, due6o del conocimiento pero siempre dispuesto a socializarlo, a compartirlo. Sobre estos aspectos «profesionales» de Osvaldo no hay discusi6n posible, no hay fisuras sobre su talento ni sobre su transparencia.

Yo voy a contar mi experiencia personal con Osvaldo Bayer.

* Naci6 en la ciudad de Villa Mar6a, provincia de C6rdoba, el 22 de mayo de 1961. Es m6sico, autor, compositor, int6rprete y profesor de Historia y Geograf6a. Actualmente ejerce como profesor de Historia en los Centros Provinciales de Ense6anza Media N.6 6 y N.6 51, de la ciudad de Cutral C6, provincia de Neuqu6n.

Sus trabajos son aplicados por docentes en escuelas de nivel primario y secundario, en distintas facetas, ya sea en lo referente a los textos como as6 tambi6n a la m6sica, que son de su creaci6n. Ha recibido premios y menciones especiales con varias de sus obras. Desde el a6o 2004, participa con el historiador Osvaldo Bayer en ponencias sobre el tema «Las huelgas obreras de 1920-21 en Santa Cruz», presentando su cantata. Tambi6n junto a Bayer, y con su obra *Patagonia de Fuego* particip6 en el cierre del Congreso Interamericano sobre el trabajo organizado por UITA (Uni6n Interamericana de Trabajadores de la Alimentaci6n) en Santo Domingo, Rep6blica Dominicana (2006)

En diciembre del 2007, fue premiado en Porto Alegre por el Movimiento Nacional de Derechos Humanos del Brasil, a trav6s de UITA y UATRE, por el aporte hist6rico de la cantata *Patagonia de Fuego*, junto al historiador Osvaldo Bayer.

Lo invitamos en esa oportunidad a que nos acompañara en la presentación del disco *Patagonia de Fuego*, la cantata sobre las huelgas rurales que escribí tomando como base sus libros.

Sin conocernos previamente, aceptó venir hasta nuestra ciudad: así de simple, sin condicionamientos, desprendido de toda actitud extraña que a veces uno, prejuiciosamente, espera de personalidades tan relevantes como la suya. Después entendí, al conocerlo, el por qué de esa actitud llena de generosidad.

Es que Osvaldo frente a la vida es un militante de la dignidad, del respeto por el otro, es un militante de la solidaridad.

Abierto, frontal, con la capacidad que muy pocos tienen: hacer que uno se sienta un igual, compartir una charla con Osvaldo Bayer no implica ninguna tensión, muy por el contrario, es un viaje pleno donde están presentes todos los paisajes y siempre se llega al mejor de los puertos. Es un aprendizaje.

Recuerdo ese día de la llegada de Osvaldo a Cutral Có y la emoción que me embargaba desde la noche anterior con el sueño interrumpido.

¡Presentar la *Cantata* con Osvaldo Bayer! El regalo artístico era muy grande y el personal no tenía límites.

En el trayecto de mi casa a la conferencia de prensa, programada para las diez de la mañana, confieso que tenía una mezcla de sensaciones y preguntas hoy indescriptibles. ¿Estaré a la altura, aunque sea lejana, de su presencia? ¿Le impresionaré bien o mal? ¿Qué digo, qué no digo frente a tamaña personalidad?

Cuando llegué a la conferencia de prensa allí estaba Osvaldo, sentado, rodeado de gente que lo quería saludar, su rostro ameno, sus palabras pausadas y firmes, la humildad de sus años, la grandeza de su lucha permanente.

—¡Hola Osvaldo, muchas gracias por haber venido!

Recuerdo que me saludó con la calma y la espontaneidad de un hombre simple y profundo, me extendió su mano, yo me excedí con un abrazo, pues sabía que estaba en un lugar privilegiado, y que la música, las canciones y los años que llevo en este camino me tenían preparado ese momento único, otro tipo de «éxito», no convencional, un «triumfo» sin luces para afuera..., y que ese viaje lo había emprendido inconscientemente hacía muchos años cuando

comencé a leer sus libros, que la barbarie torpe alguna vez pensó que lograría silenciar con el exilio y la censura.

...desde aquel diciembre del 2002 hasta hoy llevamos muchas presentaciones y conciertos de la *Cantata* junto a Osvaldo Bayer, su energía y su lucidez, su compromiso inalterable, su sentido del humor permanente, ineludible libertario que vive y hace lo que pregona y el privilegio de poder apreciarlo y admirarlo son solo algunos de los legados que nos deja después de cada encuentro.

Yo me tomo el atrevimiento de considerarme un alumno de su ética y de su coherencia, y le pido permiso para otro exceso: pensarlo mi amigo. En las innumerables horas compartidas nunca sentí que quisiera enseñarle nada a nadie, pero estoy seguro de que él no imagina, ni apenas, todo lo que nos ha enseñado... a tantos.

¡Gracias Osvaldo! ¡Hasta todos los días...!

Los pueblos no se rinden

María Laura Fernández Berro*

Hace diez años viví unos meses en Vallendar. Desde ese paisaje maravilloso, pude conocer pueblos mínimos de gente adulta. No había chicos. En mi rústico pero porfiado alemán me animé a conversar con ellos. Así fue como recorrí –mochila al hombro– todo el sur de Alemania y más allá de Austria. Camino hacia München, quise pasar un día en el histórico campo de concentración de Dachau. Era una mañana de julio y hacía un calor húmedo y quieto. En ese entonces, yo me creía una mujer fuerte: «*Der Arbeit macht* de memoria que nos remitía permanentemente al horror. Cuando llegué a los crematorios, tuve que apoyarme en la pared. Estaba fría. No pude seguir. Me fui llorando *uns frei*», leí una y otra vez. Atravesé el portón inmenso de rejas negras y conocí el infierno. Cientos de personas desfilaban –muchos de ellos alemanes– a través de ese espacio y me acordé de las palabras de Osvaldo Bayer: «El ser humano no se rinde nunca», había dicho. Nunca. Pensé en mi país, en nuestra Argentina y tuve

* Es profesora de Letras, egresada de la Universidad Nacional de La Plata, ciudad en la que nació. Trabajó en el área de evaluación de proyectos y edición de la editorial municipal La Comuna Ediciones.

Publicó *Esteban J. Uriburu, sacerdote y aventurero* (2000) y *Ana Mon. La transformación solidaria* (2002). *El camino de las hormigas* –su primera novela– obtuvo en España el premio a la mejor novela breve del Certamen de Narrativa organizado por la Diputación de Córdoba, España, 2003.

Fue responsable del área de extensión cultural del Palacio López Merino y coordina talleres de narrativa para jóvenes y adolescentes. Trabajó en el área de Prensa y Comunicación de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de La Plata.

ganas de volver, arañar la tierra y continuar la búsqueda de treinta mil hermanos que están en el lugar desde donde no se regresa. Nuestro infierno.

Los asesinos están entre nosotros, se llamó un desesperado film alemán de posguerra de la Berlín devastada. Los asesinos están entre nosotros, me repite ahora Osvaldo. Pero será justicia, dignidad. La verdad será. Diez años después, sigo pensando y releendo a Bayer como un hombre invencible en la escritura y en la vida. Invencible, sí. Porque hemos perdido la lucidez de Walsh, la melancolía de Conti, la alegría de Paco, el altruismo y la magia de Soriano, pero lo tenemos a Osvaldo. Nunca voy a olvidar el día que terminé de leer *La Patagonia rebelde*, la única obra histórica argentina que, para ser completada, debió ser editada en el extranjero..., era el año 1975, éramos tan pibes, era tanta la rabia, la tristeza. «A mi padre que me enseñó el silencio», reza la dedicatoria. Desde ese lugar siniestro y oscuro de nuestra historia argentina, todavía busco a mis hermanos. Los pedacitos de mis hermanos busco. También «Los sueños rotos por la realidad / los sueños de los compañeros rotos por la realidad», me sopla Gelman. «El ser humano no se rinde», vuelve a recordarme Osvaldo. Y es cierto, porque en medio del terror y de lo que no vuelve, nosotros cantábamos. Aun en la desesperación, cantábamos. En un departamento de estudiantes, frente al bosque de la ciudad de La Plata, entre libros, mate y puchos, con Eduardo Darnauchans —el maravilloso trovador uruguayo que se nos fue el año pasado—, cantábamos: «Dicen que Pablo Neruda, escribía con tinta verde, y por eso las campiñas se le parecen». «Dicen que Pablo Neruda era la sal de la tierra, era el grito campesino de la hacienda». «Dicen que Pablo Neruda, dicen que el mar incesante, dicen que son parecidos, casi iguales...». Todo cantaba en el pueblo. También la tristeza. Pero los asesinos están entre nosotros. Por eso Osvaldo sigue, y sale a la calle y a la vida cantando. En la alegría, en la denuncia y en la emoción. Como en la primavera de 2007, en la muestra itinerante de Rodolfo Walsh, «La sublevación de la palabra», organizada por la Casa de las Américas de Cuba, la UNLP y el Archivo Histórico del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires. Nunca un Walsh tan presente, tan palpable, tan cercano. Pedacitos de Walsh que juntábamos en sus libros, en sus pensamientos, en sus anteojos, en su arma: la máquina de escribir, en sus fotos. Enormes las fotos. Tanto que parecía que

estaba ahí para abrazarnos y decirnos que la vida tiene sentido solo por la existencia de aquellos «que piensan, que actúan, que forjan y planean; por la furia fría; por la alegría de todos; por la alegría general que habrá de reunirnos un día; por la gente abrazándose; la esperanza insobornable; la sumersión en los otros...». En esa exposición, Bayer lloró. Frente al amigo presente –nadie se muere del todo si lo traemos– Osvaldo tenía en la cara ríos de lágrimas de furia, de nostalgia y de inmensa tristeza.

Desde esa «furia fría», también desde el canto y el dolor, seguimos buscando. Buscándonos. Las manos abiertas a los pañuelos blancos, las manos apretando a los hijos, a los nietos y a Julio López para que esos pedacitos de memoria y de hermanos se junten. Tal vez todavía debamos buscar en el mar, en los ríos, bajo la tierra. Pero volverán. Lo sabremos por el canto. También por el silencioso miedo de los asesinos que aún siguen entre nosotros.

Será justicia, Osvaldo. Será dignidad. No te vayas de nosotros, porque la verdad será.

Oswaldo Bayer, maestro de juventudes

Néstor Kohan*

No estoy seguro de la primera vez que escuché hablar de Oswaldo o leí algo suyo. Quizás fue su polémica con Álvaro Abós sobre *Severino*. Creo que la leímos juntos con un amigo del barrio que por aquella época —comienzos de los ochenta—

* Es profesor de Filosofía y Letras. Fue jurado, en el Doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA), de la Tesis de Doctorado de Fernando Lizarraga «Principios de justicia en el pensamiento de Ernesto Che Guevara», dirigida por el doctor Atilio Borón (Buenos Aires, diciembre de 2004). También ha sido jurado en el Concurso Internacional Casa de las Américas (género ensayo, La Habana, 2001), y del Concurso Internacional Pensar a Contracorriente, junto con James Petras, Flores Olea, Aurelio Alonso Tejada y Alfonso Sastre (La Habana, febrero de 2006).

Publicó los libros: *Marx en su (Tercer) Mundo* (Bs. As., Biblos, 1998. Reedición cubana: La Habana, Centro de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003); *Deodoro Roca, el hereje* (Bs. As., Biblos, 1999); *La Rosa Blindada, una pasión de los '60* (Bs. As., La Rosa Blindada, 1999); *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* (Bs. As., Biblos, 2000, con prólogo de Michael Löwy. Reedición cubana —en prensa— con prólogo de Armando Hart Dávalos, La Habana, Centro de la Cultura Cubana Juan Marinello); *Antonio Gramsci: filosofía de la praxis y teoría de la hegemonía* (Rosario, FPCAL, 2000); *El Capital: Historia y método (Una Introducción)* (Buenos Aires, Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, 2001. Reedición argentina ampliada: Bs. As., Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, 2003. Reedición cubana ampliada: La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005. Reedición mexicana ampliada: México DF, Editorial Paradigmas y Utopías, en preparación); *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder* (Bs. As., Ed. Nuestra América-La Rosa Blindada, 2003. Segunda edición corregida y aumentada: Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2005, con prólogo de Michael Löwy); *Fidel para principiantes* (Bs. As., Longseller, 2006. Ilustraciones de Nahuel Scherma); *Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas* (Buenos Aires, Nuestra América, 2007. Prólogo de Oswaldo Bayer); *Los verdugos latinoamericanos. Las Fuerzas Armadas de la contrainsurgencia a la globalización* (Bs. As., Populibros, 2007).

En el periódico de información alternativa *Rebelión*, es responsable científico de la sección permanente «Cátedra Che».

ta— se sentía peronista. Ya desde aquel momento Osvaldo comenzó a acompañarnos en nuestra formación política y en nuestras primeras incursiones adolescentes en la política argentina, donde vírgenes e ignorantes descubríamos y discutíamos el peronismo, el comunismo, el anarquismo, el radicalismo.

Un poco tiempo después, nos pasaron la fotocopia de la obra de teatro de Brecht *Galileo Galilei*, que utilizamos en las clases de filosofía en una escuela de la provincia de Buenos Aires. ¿Su traductor al castellano? «Osvaldo Bayer»...

Si no recuerdo mal, a Osvaldo lo conocí personalmente en 1993, cuando en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA publicamos un número especial de la revista *Dialéctica* donde denunciábamos la complicidad de nuestros profesores con la dictadura militar del carnicero Jorge Rafael Videla. Habíamos publicado un *dossier* completo con los discursos pronunciados por los siniestros Cacciatore y Videla en un Congreso Internacional de Filosofía que, en plena dictadura militar (corría el año 1980), los profesores «democráticos» le habían organizado a los asesinos y violadores de la ESMA para legitimarlos ante la opinión pública internacional. Al publicar la lista de asistentes y ponentes a ese congreso miserable, el elenco estable de la universidad se volvió «loco». Perdieron la brújula. Resulta que los «demócratas» habían colaborado con Videla... ¡Y eso se hacía público...! Nos amenazaron con juicios millonarios, algunos perdimos incluso el empleo por las represalias. Solos, aislados y bastante desesperados, pedimos solidaridad. Nos acompañó un abanico importante de intelectuales y militantes, entre los que sobresalían las Madres de Plaza de Mayo y Osvaldo Bayer. Como justo en ese momento Osvaldo viajaba a Alemania, publicamos sus polémicas con Ernesto Sábato sobre la dictadura y la complicidad civil. Osvaldo estaba feliz de poder contribuir a esa solidaridad que aumentaba aun más la apuesta acusando a los cómplices intelectuales de la dictadura militar. Con la revista circulando y la campaña de denuncia de por medio, pude aprovechar para visitarlo en su casa, disfrutando de sus charlas, sus recuerdos y consejos.

A los pocos años, había planeado escribir un libro (que nunca publiqué) sobre mi maestro, el militante comunista Ernesto Giudici, quien durante los años sesenta había compartido prisión con Osvaldo —por entonces dirigente sindical—. Volví a verlo, pidiéndole una entrevista. Osvaldo, no podía ser de otro

modo, aceptó y me relató aquellas épocas de cárcel «democrática», su diálogo con los comunistas tras las rejas, los cursos en la prisión. Aunque él se enrolara en el anarquismo, tuvo en sus recuerdos una actitud ecuménica. Jamás insultó, despreció ni cargó las tintas contra el marxismo. Al contrario, en aquellos recuerdos Osvaldo siempre trató de rescatar la actitud de los presos comunistas, su sabiduría y su entrega en la militancia, aun cuando no compartiera muchas de sus opiniones coyunturales o doctrinarias.

Pasó el tiempo. A los pocos años, tuve la ocasión de comentar un clásico suyo, *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*. No dejé pasar la oportunidad. Por entonces trabajaba en el diario *Clarín*, en su suplemento cultural. Allí tenía un jefe «liberal», que no simpatizaba con la izquierda pero... «dejaba hacer» (a diferencia de otros ex izquierdistas que, versados y familiarizados con el marxismo, al volverse conversos nunca dejaban pasar nada fuera del canon de la cultura oficial). Aprovechando esa momentánea elasticidad, publiqué una nota sobre la reedición de su libro (que adjunto a continuación). Remarcaba la enorme distancia que separaba a Osvaldo de tantos otros intelectuales otrora rebeldes, cansados de escapar y ser perseguidos, que terminaron arrodillándose ante el poder de turno que tanto habían despreciado en sus juventudes.

Cuando salió publicada la reseña crítica sobre el *Severino*, se la llevé a su casa. Allí tuve la oportunidad de disfrutar nuevamente de su oralidad, sus incontables anécdotas, sus ironías, su mirada dulce y su humildad. En realidad fui a verlo con el pretexto de la nota pero lo que quería era conversar con él. Osvaldo recibía y recibe a todo el mundo en un cuartito que contiene libros desde el suelo hasta el techo. Por supuesto que le pregunté por todo lo que podía, desde el «Che» Guevara y Rodolfo Walsh hasta Pirí Lugones; desde la filmación de *La Patagonia rebelde* hasta su opinión sobre Rudi Dutschke y Rosa Luxemburg. Allí me enteré que Osvaldo había fundado y dado título al suplemento cultural donde en ese momento salía publicada la nota sobre el *Severino*. Me contó de los años de trabajo en *Clarín*, su amistad en la sala de redacción con Raúl González Tuñón, sus polémicas con periodistas hoy famosos, vinculados por entonces a Montoneros, que trataban de boicotarlo.

Al poco tiempo se fundó la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. Osvaldo estaba siempre al pie del cañón. Cuando toda la sociedad oficial insultaba a las Madres —antes de su actual acercamiento a Kirchner y al Partido Justicialista—, Osvaldo era uno de los pocos que las defendían. A partir de ese momento lo encontré mucho más seguido. Sus anécdotas sobre la lucha antidictatorial y el rol que por entonces habían jugado las Madres fueron incontables.

En medio de esas agitadas peripecias que vivimos dentro de la Universidad Popular, con Osvaldo y Miguel Rep nos fuimos al Chaco y a Corrientes a presentar el libro *Gramsci para principiantes*. Ante nuestro estupor, en la librería de Corrientes, la derecha más tradicional y oligárquica de la provincia esperaba a Osvaldo para cuestionarlo como «entregador de la Patagonia a los chilenos» y otras payasadas similares. Si alguna suerte tuvo Osvaldo como escritor es que nunca su prosa pasó desapercibida. Siempre, siempre, siempre tuvo el privilegio de molestar y joder a la derecha. Anécdotas al margen, recordamos cuánta sabiduría derrochaba Osvaldo al hablar de Antonio Gramsci y de Rosa Luxemburg, ambos marxistas revolucionarios, no anarquistas. Sin embargo, Osvaldo los homenajeaba, como también lo hacía con Ernesto «Che» Guevara (a quien conoció personalmente en Cuba) o con Augusto Cesar Sandino. Dolido, más de una vez nos relató el sectarismo de alguna corriente anarquista que lo maltrataba por esa amplitud de miras y esa reivindicación de revolucionarios de tendencias hermanas.

Más tarde, nos tuvimos que ir de la Universidad Popular. Osvaldo nos felicitó por no haber atacado a las Madres en nuestra carta de despedida. Siempre valoraba la sabiduría que él mismo predicaba y ejercía día a día. Si una virtud ha tenido Osvaldo es que ha sabido mirar la política y la lucha con una lente gran angular. Nunca se quedó en las pequeñeces, ni siquiera cuando en ellas pudieran descubrirse debilidades, limitaciones, mezquindades o graves errores. Siempre intentó mirar al conjunto, la gran perspectiva histórica, no los detalles, que casi seguro se va a llevar el viento.

Ya fuera de la Universidad de las Madres, padecimos el sectarismo típico de las mentes ramplonas. Algunos poquitos ex compañeros y compañeras nos negaban el saludo y hasta la mirada. Daban vuelta la cabeza al cruzarse con

nosotros. Un comportamiento típico de secta stalinista. Cualquier discrepancia era traducida inmediatamente como sinónimo de vaya uno a saber qué pecado. Dando la espalda a esas pequeñeces mezquinas y tontas de nuestra política cotidiana, Osvaldo mantuvo la mano abierta, la mirada cálida y el brazo extendido para quienes discrepábamos, respetuosamente, con las madres y su acercamiento al gobierno de la familia Kirchner. Por eso, ya fuera de la Universidad Popular y enfrentados al kirchnerismo, tuvimos el privilegio de que nos prologara un libro (*Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas*) donde agrupábamos numerosas notas y artículos de crítica cultural, incluyendo una entrevista realizada a Hebe de Bonafini en junio de 1983, cuando todavía estaban los militares en el gobierno.

Para agradecerle el gesto de su hermoso prólogo, acordamos juntarnos con Osvaldo a comer un rico queso y tomar un vino tinto. No lo pudimos hacer (todavía). Osvaldo vive, día a día, una agenda agitadaísima, itinerando de pueblo en pueblo, de escuela en escuela, de sindicato en sindicato. Lo llaman de todos lados y él siempre va. «Tengo el sí fácil», bromea y se ríe.

La última vez que hablé con Osvaldo lo convocamos a participar como orador central en una clase pública, en defensa de los presos políticos, organizada por nuestra Cátedra «Che» Guevara. Se trataba de cortar las avenidas Callao y Corrientes. No dudó ni medio segundo en aceptar, sabiendo del macartismo de nuestra sociedad oficial e incluso de algún segmento de la izquierda institucional que inmediatamente nos enroló en la organización a la que pertenecían los presos que nosotros defendíamos. No nos sorprendió, ni la actitud noble de Osvaldo ni el rechazo de la derecha ni el sectarismo de alguna izquierda reformista. Osvaldo fue a ver a los presos políticos a la cárcel y ocupó el papel de orador de cierre del acto callejero donde hicimos nuestra clase pública. Su discurso, emotivo y solidario, fue, si no recuerdo mal, un poco triste. Se lo sentía decepcionado. En un momento afirmó que «pasaron tantos años..., y seguimos con presos políticos». Era el balance de un viejo luchador que seguía como en tiempos de su juventud, sin moverse un milímetro de su ideal ético.

Estamos sorprendidos. Al recordar y husmear en el pasado, ante la necesidad de recuperar del olvido todo lo que expresamos más arriba, reconstru-

yendo en la memoria viejos proyectos perdidos, encuentros e iniciativas diversas, nos damos cuenta que Osvaldo nos acompañó en muchas de nuestras experiencias políticas e intelectuales más significativas. Siempre le tuvimos cariño y admiración, pero no habíamos tomado conciencia de esa compañía tan estrecha y cercana. Osvaldo siempre estuvo junto a nosotros sin gestos grandilocuentes, sin grandes poses, sin la voz impostada ni el ceño fruncido. Con una sencillez a toda prueba y una humildad silenciosa. A tal punto que uno no se da cuenta y casi ni lo advierte. Pero Osvaldo siempre está ahí. No falla nunca. ¿Se acuerdan los lectores de aquella frase famosa de Bertolt Brecht sobre «los imprescindibles»? Pues precisamente de eso se trata en este caso.

Como nos sucedió a nosotros, ¿a cuántos muchachos y chicas habrá acompañado y guiado durante décadas este viejo luchador libertario? Deben ser incontables.

¿Su actitud fue común? Lamentablemente, creemos que no.

Por ubicación generacional, no hemos vivido los años cincuenta, sesenta y setenta. Sí padecemos, en cambio, la llamada «transición a la democracia» que conjugó la doble moral hipócrita del alfonsinismo y el doble discurso cínico del peronismo con la extendida cooptación de antiguos intelectuales de izquierda. Con el señuelo de «refundar la República» y muchas becas, cátedras y subsidios bajo el brazo, connotados ex izquierdistas se sumaron alegremente durante esos años a la apología del orden existente.

Mansitos, quebrados, conversos y totalmente descreídos de sus viejos sueños de rebelión, a diferencia de Bayer estos antiguos rebeldes les recomendaban a los nuevos jóvenes no meterse en problemas y encontrar «un lugarcito bajo el sol», una beca, una cátedra, un subsidio, un dinerillo. Osvaldo fue uno de los pocos intelectuales, entre los más conocidos y renombrados, que resistió esa seducción y esas caricias del poder y se lo transmitió a la juventud. Desde las columnas periodísticas, pero también desde las conferencias, guiones de cine y a través del diálogo cotidiano con una poblada gama de nuevos jóvenes entusiastas, Osvaldo educó, guió, sugirió y marcó el camino de la rebeldía. Fue un maestro de juventudes, en el sentido que esta expresión tenía a comienzos del siglo XX como lo opuesto al especialista despolitizado y al oportunista mediocre y arribista.

Esa pedagogía del ejemplo, la ejerció no solo con la escritura sino también jugándose en actitudes concretas. Un ejemplo vale más que mil palabras, sentencia el refrán popular. Quizás la máxima expresión de ese compromiso fue su defensa de los presos políticos que sobrevivieron al ataque guerrillero al cuartel militar de La Tablada. Osvaldo no compartía la estrategia política de los insurgentes. Tampoco sus métodos de lucha. Pero supo dejar sus diferencias personales al costado —esa actitud que tanto le cuesta a la izquierda institucional— y se puso a la cabeza de la campaña de denuncias de la masacre: los fusilamientos a sangre fría, la tortura, las desapariciones de prisioneros rendidos, el empleo de fósforo blanco y otras «hazañas» a las que nos tienen acostumbrados el ejército y la policía de nuestro país.

Frente al poder, Osvaldo nunca dudó ni duda. Elige siempre estar con los más débiles, los humillados, los derrotados, los torturados, los prisioneros. Comparta o no sus proyectos u opiniones.

Sus obras históricas condensan esa actitud ética, porque si hay un hilo rojo (rojo y negro, acotaría Osvaldo, con ironía) en su obra, es justamente el que teje y entreteje la ética. Cada ensayo, cada artículo, cada biografía, cada guión de cine, repleto de investigaciones de archivo, cargado de abrumadoras pruebas y documentos obsesivamente recopilados, se estructuran sobre una lectura ética de la historia. Por ejemplo, cuando Osvaldo reconstruye la vida de Severino, lo que lo define no es la Colt, sino la ética. Cuando nos cuenta el heroísmo de la rebelión patagónica, lo que genera admiración no son los instrumentos de lucha sino los valores que guiaban a los insurrectos. Toda la obra de Bayer debería leerse como una concepción ética de la historia. No centrada en el deber ser kantiano, vacío, universal y totalmente genérico, por lo tanto pasible de ser rellenado con cualquier contrabando, sino una ética humanista y concreta, histórica y terrenal, vinculada a la lucha de los oprimidos y a los conflictos sociales por la emancipación humana.

Nos gustaría terminar estas cortas líneas de homenaje hablando de la influencia de Osvaldo. Pero nos resulta inasible y muy difícil de medir. Únicamente el tiempo nos dirá hasta dónde ha llegado su palabra, su investigación y sus escritos. Solo recordamos, por ejemplo, que en la conferencia de prensa desa-

rrollada en 1972 durante el fracasado intento de fuga en el aeropuerto de Trelew, el «indio» Bonnet (joven militante del PRT-ERP) recordaba ante las cámaras que los guerrilleros escapados –luego masacrados– se sentían herederos y continuadores del gallego Soto, líder la de la rebelión patagónica reconstruida por Osvaldo. Es casi seguro que sus libros sobre el anarquismo combativo de *La Antorcha*, *Culmine*, y *Los expropiadores* impactaron fuertemente en la militancia insurgente de los años setenta. ¿Seguirán encendiendo corazones en las nuevas camadas actuales? Solo podremos saberlo dentro de algunos años.

A propósito de Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia de Osvaldo Bayer**

Sencillamente un hijo del pueblo, como puede ser cualquier otro. Así se definían los anarquistas. Severino Di Giovanni, el maldito, no es nada más que eso. El libro de Osvaldo Bayer narra su historia, la de un rebelde sin medias tintas, un Espartaco del Río de la Plata, que amó las obras del pacifista Reclus y la crítica de Nietzsche a la moral de los esclavos, que defendió, con su traje negro y su Colt 45, la libertad de los obreros Sacco y Vanzetti, asesinados en los Estados Unidos, y de nuestro Simón Radowitzky, recluido veintiún años en Ushuaia. Un hombre de acción y un antifascista visceral que además supo castigar duramente al subcomisario Juan Velar, típico macho argentino que hasta ese momento se ufana públicamente –como muchos de sus seguidores de 1976– de haberle destrozado el cuerpo y la dignidad a miles de mujeres indefensas y a hombres engrillados en los sótanos policiales.

Con una prosa atrapadora y fogosa, Bayer (titular de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Universidad de Buenos Aires) nos revive a este entusiasta militante del anarquismo expropiador, que con su periódico *Culmine* intervino en las polémicas de los años veinte, que enfrentaron a los anarquistas de salón de *La Protesta* con los combativos de *La Antorcha*.

** Nota de Néstor Kohan sobre Osvaldo Bayer publicada en el suplemento cultural *Cultura y Nación* del diario *Clarín*.

Este trabajo –ahora corregido y aumentado– apareció originariamente en 1970, fecha emblemática si las hay. Se convirtió inmediatamente en el libro de cabecera de una generación que se jugó la vida al todo o nada, no por una cuenta bancaria sino por un país distinto. ¿Cómo no leer en *Di Giovanni* la ardiente epopeya y al mismo tiempo la desgarradora tragedia de muchos militantes –aun hoy innombrables y malditos para la cultura «oficial»– de los setenta?

Los mismos debates sobre la violencia de abajo, revolucionaria, sobre el «demonio» subversivo, sobre la irreverencia iconoclasta, sobre la transformación completa de la vida cotidiana en pos de un ideal y de un apasionado sentimiento de amor. Al presentar esta nueva edición, en un reportaje periodístico, Bayer no dudó en comparar en ese sentido a *Di Giovanni* con el «Che». Lo mismo se podría hacer con algunos otros de sus discípulos argentinos menos difundidos y quizás más odiados.

Como el paralelo era ineludible, muchos se ensañaron impiadosamente con el personaje. Discutiendo el anarquismo de los veinte, impugnaban en realidad los setenta. Por eso Bayer abre esta nueva edición con un «Preludio antes de entrar en la tragedia de un hombre: la investigación y la frivolidad histórica». Allí, clava en el aire a diversos intelectuales consagrados de nuestro medio, desde Beatriz Guido y Arturo Jauretche hasta Ernesto Sábato y Alvaro Abós. De todos ellos, fue sin duda éste último quien más debe haber lamentado utilizar como un pretexto al anarquista de los veinte para liquidar el legado insepulto de los setenta y defender la teoría de «los dos demonios» (que equiparó la insurgencia juvenil con los militares). En una prolongada polémica de 1986, desarrollada desde las revistas *Fierro* y *Crisis*, reunida luego en otro libro de Bayer (*Rebeldía y esperanza*, 1993) este demuestra la falta de información histórica de los fáciles detractores de *Di Giovanni* –al punto que hasta se confunden su nombre– y la abierta manipulación política de sus argumentos demonizadores de la rebeldía.

Si la primera edición fue engullida por los nietos setentistas de Severino Di Giovanni y de Simón Radowitzky, el gobierno de Raúl Lastiri vetó el libro en 1973 con su decreto N.º 1.774, que también prohibía los de Eduardo Galeano,

Raúl González Tuñón, Fromm, Sartre, Gorki, Maiacovski, etcétera. Di Giovanni tuvo que esperar hasta 1988 para que nuevas capas de jóvenes leyeran –entonces mucho más tímida y temerosamente– sus enfrentamientos con las llamadas «fuerzas de seguridad».

En el ínterin, Bayer agregó nuevos documentos históricos del Instituto Social de Ámsterdam y sobre todo del Archivo del Estado de Roma, que prueban fehacientemente la estrecha colaboración represiva entre la policía argentina y el régimen fascista de Mussolini en tiempos de Alvear y de Yrigoyen. También rectificó su juicio de 1970, que señalaba a Agostino Cremonesi –uno de los colaboradores de Di Giovanni– como confidente de la policía, cuando, según las nuevas pruebas encontradas por Bayer, en realidad había sido esta la que lo mató.

A pesar de esas importantes correcciones y agregados, no estamos seguros de que esta nueva edición logre una fácil recepción. No por su lenguaje críptico o cerrado, que no lo tiene –Bayer no solo es un investigador obsesivo y detallista, sino un inigualable narrador–, sino por su indomable romanticismo. Cada página transpira ese impulso frenético y tempestuoso. El amor por la libertad, la del socialismo libertario, y el amor por el corazón de una muchacha, el de América Scarfó –la novia de Di Giovanni–, inundan completamente la obra. Y sabemos que en este tiempo de contabilidad fuerte, moral flácida y pensamiento débil, el amor romántico se considera a lo sumo una exageración y una ridiculez.

Cuando muchos intelectuales han abandonado sus antiguas poses izquierdistas y ya están «de vuelta», Osvaldo sigue pacientemente caminando por el mismo sendero de siempre: el de la verdad, el coraje, la solidaridad y la justicia. Desde esos valores nos deja a nosotros, sus lectores, esta obra desbordante, ejemplo imponente y paradigma de lo que debe ser una auténtica investigación histórica. No en cualquier parte, sino precisamente en el país del olvido, la impunidad y la desmemoria.

Testimonio insobornable de la memoria colectiva

Herman Schiller*

Tengo muy pocos referentes y muy pocos amigos. Osvaldo Bayer es uno de ellos.

Detrás de su ascetismo y su humildad infrecuentes está el más grande historiador de las luchas olvidadas, el emblema de la conciencia colectiva y el cronista insobornable de doscientos años de persecuciones y masacres a los más desvalidos.

Fue periodista desde muy joven, y subrayo una de las anécdotas menos conocidas de ese entonces. Ocurrió en 1956, poco después del golpe que derrocó a Perón, cuando integraba el elenco del vespertino *Noticias Gráficas*,

* Nació en Buenos Aires en 1937. Es periodista y escritor. A fines de los setenta creó el Movimiento Judío por los Derechos Humanos. Y, desde el principio del régimen militar, fue uno de los primeros en vincularse a las Madres de Plaza de Mayo, donde cumplió distintas funciones y tareas militantes desde su función periodística.

En 1977 fundó el semanario judeo argentino *Nueva Presencia*. En 2008 la legislatura porteña, homenajeó a este semanario por su compromiso y defensa de los derechos humanos en plena dictadura militar.

Desde 1992 hasta el presente, Herman Schiller condujo distintos programas por Radio Splendid, FM Jai y, a partir de abril de 1999, Radio de la Ciudad, donde su espacio, que se titula *Leña al fuego*, ya lleva más de diez años de emisiones ininterrumpidas. También lo hizo, durante setenta semanas, entre el 2004 y el 2005, con *La voz de la locura*, expresión radial de las Madres que se emitía por Radio Nacional.

Es autor del libro *Momentos de luchas populares* (editado por el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires, 2005) y coautor del libro *Asambleas Populares* (Buenos Aires, 2002).

una cooperativa donde participaban otras plumas importantes como Bernardo Verbitsky, el padre de Horacio y autor de libros tan recordados como *Villa Miseria también es América* y *Etiquetas a los hombres*. En ese diario de contradicciones, que no terminaba de definir su perfil, Osvaldo pretendía hacer noticias policiales «porque quería estar en contacto con los dramas de los de abajo». Pero el director le respondió: «No va a ir a policiales; va a ir a gremiales; total es lo mismo». En esa época difícil, de fuerte retroceso en las conquistas sociales, los que manejaban los medios seguían el ritmo reaccionario de las fuerzas hegemónicas triunfantes que consideraban a las rebeliones obreras como sinónimo de delincuencia.

Osvaldo, obviamente, no duró allí demasiado, pero a partir de ese momento —y van más de cincuenta años— inició una larga trayectoria donde gradualmente se fue cristalizando su personalidad testimonial y comprometida con lo que verdaderamente pasó o iba pasando.

Así fue que surgió en 1970 su extraordinario trabajo sobre Severino Di Giovanni, el que más me impactó de toda su obra, porque reivindicaba al vilipendiado revolucionario anarquista en un contexto de rigurosa y documentada objetividad, que eludía la apología consignista y destacaba, sin inhibiciones, las luces y las sombras del luchador retratado.

Antes de eso había fundado *La Chispa*, un periódico que tenía como lema «contra el latifundio, contra la injusticia y contra el hambre». Vale la pena detenerse en esta publicación, porque apareció en 1958, en uno de los capítulos más sombríos del siglo veinte, el de Arturo Frondizi, el presidente que para neutralizar la lucha de clases aplicó furiosamente el Plan CONINTES, con miles de presos políticos, torturados, confinados y movilizados por el ejército. Y enfatizo esta etapa, porque últimamente ciertos sectores de la burguesía, considerando quizás que nadie se acuerda, han emprendido una fuerte campaña para exaltar al ex presidente, un civil que, en realidad, y parafraseando a Jauretche, se subió al caballo por la izquierda (al punto que llegó a presidir un organismo benemérito como la Liga Argentina por los Derechos del Hombre) y se bajó por la ultraderecha como preservativo de los militares ultragorilas. Osvaldo, en *La Chispa*, marcó a fuego al poder de esos años, aunque en verdad esa ha sido su

constante desde que era chico: confrontar con los que mandan y denunciar la injusticia.

Lo que siguió después es más conocido y ya se encuentra incrustado en la historia grande del campo popular: *La Patagonia rebelde*; *Los anarquistas expropiadores* (donde incluye una magnífica biografía de Simón Radowitzky, el joven anarquista judío que en 1909 hizo justicia al abatir al asesino jefe de la policía, coronel Ramón L. Falcón); y, sobre todo, sus numerosos trabajos para radiografiar el carácter genocida de la última dictadura militar.

En su largo camino debe incluirse la condena a muerte de la Triple A, que lo obligó a exiliarse. O sus escritos sobre Agustín Tosco, como antítesis del peronismo corrupto. O su reivindicación de Kurt Wilkens, el anarquista alemán que también hizo justicia al matar al teniente coronel Varela, el asesino de los rebeldes patagónicos. O su paso por la cárcel, en la década del sesenta, cuando el subsecretario del Interior era Mariano Grondona. O su veta como guionista cinematográfico, sobresaliendo dos excelentes documentales: *De Nevares y Panteón militar*. O su militancia al frente del gremio de trabajadores de prensa. O su campaña reciente para denunciar la criminalidad del general Julio Argentino Roca y la aberrante presencia de ese monumento enclavado en el corazón de Buenos Aires y que perpetúa la memoria del masacrador de los pueblos originarios.

Cuando se le pregunta sobre su ideología, es lógico que responda que «mi orientación siempre fue del socialismo libertario».

La vida de Osvaldo Bayer ha sido (y es) una dedicación continua a la memoria del pueblo. El dolor que siente en estos días por la pérdida de uno de sus nietos, es sin duda intransferible. Pero no puedo dejar de señalar que esta tragedia me ha impactado profundamente.

Trabajadores*

Guillermo Saccomanno**

El Nano, Joaquín, Fabián y yo salimos de Neuquén a las seis de la tarde del jueves 19. Encaramos hacia el norte de la provincia. Todavía pega el sol y hace calor. Las ventanillas cerradas por el polvo. Cada tanto, los recordatorios del Gauchito Gil. Cerca de un puente hay uno menos mágico y más realista, el de Fuentealba, el maestro asesinado en un corte. Como años antes lo había sido Teresa Rodríguez. Esos dos nombres, tan Neuquén. Pronto va a atardecer en la planicie. Pasamos por Plaza Huinul y Cutral-Có. Ciudades con historia petrolera. Cuando la ruta se hace avenida, al cruzar, veo una vidriera: «Escuela de Baile del Petrolero», dice. Seguro que pertenece a una época arcádica, cuando el petróleo era todavía nuestro. Joaquín me indica, no lejos, un campamento

* Para esta edición, Guillermo Saccomanno seleccionó su artículo «Trabajadores», que apareció en *Página/12*, Suplemento Radar, el 29 de marzo de 2009. Con su autorización, se transcribe textualmente.

** Es periodista y escritor, nacido en 1948. Fue creativo publicitario y uno de los guionistas de historietas más renombrados, antes de volcarse por completo a la literatura, publicando en editorial Columba de Buenos Aires, algunas editoriales norteamericanas, españolas, inglesas, italianas y en las revistas *Skorpio* y *Fierro*, entre otras.

Escribió, entre otros libros, *Bajo bandera*, *El buen dolor*, *El pibe*, *La lengua del malón*, *El amor argentino*, *77* y *El oficinista*. Recibió el Primer Premio Municipal de Cuento, el Premio Nacional de Novela, el Premio Dashell Hammett (Gijón) y el Premio Narrativa Breve Seix Barral (Barcelona). Sus relatos fueron adaptados al cine (como *Bajo bandera*, con dirección de Juan José Jusid) y la televisión. Ha sido traducido a diversos idiomas y reunido en varias antologías. Actualmente es un asiduo colaborador del diario *Página/12*.

abandonado. «El campamento uno», aclara. Fabián saca una foto. Anochece cuando hacemos un alto en una YPF a la salida de Zapala.

Viajamos a Chos Malal para dar una charla. El Nano hablará de su pasado como detenido-desaparecido. No se considera una víctima. «La memoria es siempre una proyección de futuro», repite a quien quiera escucharlo. Vamos también a difundir un concurso literario. En verdad el nombre «concurso» no nos convencía ni nos convence todavía mucho. «Había que llamarlo de algún modo», dice el Nano. Es que el nombre importa menos que la movida. Se trata de una convocatoria de alcance nacional organizada por la CTA Neuquén para armar un gran libro con relatos de trabajadores. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, ocupados y desocupados —porque un desocupado no deja de ser un trabajador— podrán participar del «concurso» escribiendo un relato que testimonie una experiencia: puede ser una anécdota de lucha, un accidente de trabajo, un enamoramiento, una alegría o una tristeza. Hasta quien no sabe ni leer ni escribir puede participar. Porque su historia también cuenta. Y puede contársela a quien se la escriba: un hijo, un compañero, un vecino. Si alguien carece de compu o de máquina de escribir, le tipearán el manuscrito los compañeros de la filial más cercana. Porque los relatos pueden entregarse en todas las filiales de la CTA o bien enviarse por correo electrónico o postal. Con todos esos relatos se aspira a un gran libro que llevará por título *El mundo del trabajo*. Y sí, este «concurso» tiene la marca del Walsh de la CGT de los Argentinos. Por algo el folleto que lo difunde lleva un texto suyo: «Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las cosas».

Sorprende, por lo menos, encontrarse con militantes sindicales como el Nano, Joaquín y Fabián, interesados en una movida literaria de esta clase. Casi tanto como encontrar militantes de «clase» en este tiempo de sindicalistas empresarios y terratenientes.

En la ruta, entrando en la noche, pasamos Las Lajas y, cruzando el paisaje estepario, el puente sobre el río Agrio y, al costado, parajes como Churriaca.

Joaquín señala, a lo lejos, unas lucecitas: una comunidad mapu. Tenemos todavía un buen trecho hasta Chos Malal. Los faros iluminan un ensanche de la ruta cruzando la nada oscura. La ruta se transforma en pista de aterrizaje. De la época de los milicos, dice Joaquín. La ensancharon para usarla como pista.

Son casi las once de la noche cuando llegamos a Chos Malal. Corral Amarillo en lengua mapuche. Debe su nombre a los radales y maitenes que la rodean. En su origen, paso cordillerano fronterizo obligado del arreo, el comercio y el contrabando, fue la primera capital del Neuquén. Al entrar al pueblo, que se modernizó apenas, se ven casas de adobe y el agua fluyendo suavemente por las acequias. Se oyen nítidos los pasos en las calles de tierra y piedra. Esta noche tibia de marzo se tiene la sensación de que no pasa nada. Sin embargo, pasa. Porque desde el 2004 la Liga estudiantil del Norte, que reúne jóvenes de aquí, pero también de Buta Ranquil, Andacollo y otras localidades del norte de Neuquén, empezó a generar una nueva conciencia reclamándole a la Universidad del Comahue un asentamiento permanente en la zona norte. Y ahora, también por esto vinimos, Chos Malal se prepara para celebrar la semana de la memoria. Nos esperan charlas y debates recordando el golpe del 24 de marzo. Y no hace falta decir el año. Porque al decir 24 de marzo siempre es 1976. Trágicamente siempre.

En la casa de la CTA nos recibe la compañera Mari. Orgullosa y contenta nos muestra la casa nueva. Me llama la atención una pared blanca con una sola foto: Osvaldo Bayer en la puerta de esa misma casa, recién estrenada. Bayer estuvo acá el año pasado. Antes, un profesor de literatura había programado *La Patagonia Rebelde* como lectura obligatoria. Después de un diálogo con una audiencia nutrida, las pibas y los pibes se abalanzaron a pedirle que les firmara sus libros. Antes de firmar y dedicar, Bayer les preguntaba a los pibes qué habían leído, hasta qué parte habían llegado. Un compañero lo interrumpió a Bayer: lo esperaba un asado. Pero al escritor no le importaba tanto el agasajo como hablar con los jóvenes, escucharlos, averiguar qué pensaban, cambiar ideas.

Me demoro ante esa foto de Bayer. No hay pueblo de la Patagonia por donde uno pase en el que antes no haya estado Bayer. Pienso en Tolstoi: quería ser recordado antes como autor de libros de lectura que como el autor de *Ana*

Karenina y *Guerra y Paz*. No creo equivocarme: hay algo tolstoiano en Bayer. Mientras en los ámbitos tilingos de lo académico y lo palermitano se discute el sentido de la literatura, sin hacer alharaca Bayer recorre la Patagonia, anda por los pueblos más chicos, conversa con sus lectores y prueba que la literatura puede ser otra cosa: una causa. Este, me digo, es también el sentido de este «concurso literario» que vinimos a difundir. Que los trabajadores puedan encontrar su voz y, al encontrarla, afirmar su identidad.

Con la espada en la cabeza. Con conocimiento anarquista, referente ético, para leer la realidad desde el cuerpo del explotado.

Con historicidad, genealogía libertaria está para difundir impresa información conmovida por las luchas obreras, las luchas originarias.

En toda reivindicación que inspiran los pueblos vivos con el pasado que debe ser subrayado como presente, como devenir.

* Inició su carrera a mediados de los cincuenta con la obra teatral *La Farsa del señor Corregidor*, en la provincia de Córdoba, en Argentina, lugar donde nació y se crió.

Entre sus más destacados trabajos interpretativos se destacan *La Fiaca*, *Otros Paraísos* y *Rosencranz y Guildenstern han muerto*, además de otras tantas puestas en escena teatrales. En cine actuó, entre otras producciones de diversos géneros: bajo la dirección de Carlos Saura, en *Elisa, vida mía* y *Mamá cumple cien años*; en *La Peste* de Luis Puenzo; y en *La sonámbula* bajo el mando de Fernando Spiner.

También ha tenido numerosos papeles protagónicos televisivos y apariciones especiales, como en *Uno más uno*, *Sin Condena*, *La bonita Página*, la miniserie *Bajamar* por la cual consiguió un premio Martín Fierro y finalmente *Tiempo Final*, por la que obtuvo su segundo Martín Fierro. En su faceta de dramaturgo consiguió ganar el Premio Clarín al mejor autor argentino gracias a su obra *Rebatibles*. Además escribió, entre otras, *El astronauta*, *Con la cabeza bajo el agua* y *Verde Oliva*.

Como director, se ha propuesto llevar al teatro diversas versiones sus propias obras, así como también algunas de otros autores: *Potestad*, *El señor Galindez*, *La gran Marcha*, de Tato Pavlovsky; *Poroto* y *Sol y Luna* con el Dragon Dance Theater.

Continuamente se dedica a la formación de actores. En su trayectoria ha integrado varios grupos y talleres de teatro popular. Actualmente, se encuentra dirigiendo y escribiendo obras para el Grupo Brazo Largo. Muchos de sus textos, dotados de experiencia, han sido publicados en diarios y revistas.

Está con el cine, documenta desde la intimidad de los acontecimientos con la poesía del sentido de la épica internacionalista. Está con los gestos como huellas, como rasguños para dejar viva la llama.

No falta a ninguna cita con los activistas de la rebeldía.

Se despoja para vacunar el prestigio.

Conoce del mundo, y esa sinfonía no lo aleja de la localidad de las luchas y de la singularidad de las nuevas estéticas.

Emblemáticamente, cree que los hombres y mujeres son causas y no banderas.

Es un hijo predilecto de la Galia.

Un hermano para el que quiera destronar al déspota.

Critica con materia, no le importa la substancia, le importa la existencia.

Las enfermedades que lo enferman: el infantilismo de la incierta izquierda. Esa que simplifica la ira. Los villanos que no son psicópatas, son villanos egoístas del dinero, del poder que termina con cualquier afecto. A esos, la guerra.

Y este semejante Osvaldo, busca, sorprendentemente, lo posible, lo que se puede llevar a cabo.

Razonable, invita a producir con materialismo dialéctico y la bronca de los inventos las artes para las mayorías que inspiran.

Preside la asamblea porque sabe que es la única manera.

Busca la intimidad de los justos que es su familia.

Exalta que ningún monumento dure más que un minuto.

No espera a la revolución, cose las palabras que la hacen.

Oswaldo..., imprescindible

Helen Zout*

Oswaldo Bayer es una persona que me ayuda a vivir.

Oswaldo Bayer es una persona que me quita el miedo a envejecer y también, un poco, el miedo a la muerte.

Militante de trinchera como pocos, está donde deba a estar, siempre y cuando se trate de una causa que él considere defendible y justa.

A eso le pone el cuerpo. Tanto en el lugar más erudito y encumbrado de la cultura como en el centro de fomento de un barrio de una ciudad o de un pueblito perdido en el mapa.

* Nació en 1957 en Carcarañá, provincia de Santa Fe, Argentina, y es ciudadana argentina y suiza. Fue cofundadora de la Fotogalería Omega en la ciudad de La Plata, en el año 1980, y, en 1984, miembro fundadora del Núcleo de Autores Fotográficos. En 1989 obtuvo la Beca del Fondo Nacional de las Artes, Argentina, y en 2002 la Beca John Simon Guggenheim, EE.UU. Desde hace treinta años realiza trabajos fotográficos vinculados a problemáticas sociales y de salud mental: «Relevamiento de grupos de inmigrantes e indígenas de la Provincia de Misiones» (1986-1987); «Hospitales neuropsiquiátricos» (1989-1990); «Niños con Sida» (1989-2000) y «Huellas de Desapariciones durante la última Dictadura Militar en Argentina 1976-1983» (2000-2006), que fue declarado de Interés Nacional por la Secretaría General de la Presidencia de la Nación en 2005. Entre 1983 y 1986 fue reportera gráfica del diario *La Razón*. Entre 1990 y 2007 fue fotógrafa de la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires. En la actualidad se desempeña como fotógrafa y curadora del Museo de Arte y Memoria de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. Poseen obras suyas, entre otros, el Museum of Fine Arts de Houston, EE. UU.; el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires y el Museo Nacional de Bellas Artes de Argentina; el Municipio de Torino, Italia y las colecciones privadas Joaquim Paiva (Brasil), Arcimboldo (Argentina) y Lisa Baker (EE. UU.). En 2010, Dillan Editores publicó, en la Colección Fotógrafos Argentinos, su libro *Desapariciones*.

Oswaldo Bayer observa la realidad desde un lugar que por momentos parecería la mirada de un niño, asombrado por las atrocidades de las cuales son capaces algunos seres humanos.

Cómo habrán molestado sus palabras a los poderosos de siempre, a los dueños de casi todo, pero jamás de nuestras mentes, de nuestras convicciones y de la verdad que Oswaldo ayudó a develar y a reconstruir para la historia y la posteridad.

Oswaldo Bayer detona su artillería de verdades anarco-pacifistas sobre las mentes que todavía son blandas, tengan la edad que tengan, pero que, como único requisito, aún no hayan naturalizado lo injusto como normal.

Oswaldo Bayer subvirtió el orden de la historia escrita por los vencedores, la dio vuelta, la cuestionó y bajó del pedestal a cobardes y asesinos cuyos nombres llevan algunas de las calles que transitamos a diario, sin saber siquiera quiénes son, por qué están allí. Y lo que es peor, si realmente lo merecen.

Oswaldo no se ata a ningún poder más que al de su lucidez y al de sus propias convicciones.

Oswaldo Bayer nos recuerda que estamos vivos, que somos jóvenes mientras podamos elegir, dudar y discernir pero, fundamentalmente, mientras podamos decir con convicción: «sí», «no» y, sobretodo, cuestionarnos a nosotros mismos, al mundo en que vivimos y poder decir «¿por qué?».

Osvaldo Bayer y la cultura contrahegemónica

Rubén Dri*

El 17 de septiembre de 1861 se produce la batalla de Pavón en la que el ejército de la confederación dirigido por Urquiza arrolla al ejército mitrista, a pesar de lo cual, Urquiza se retira del campo de batalla, traicionando, de esa manera, a la causa federal. Mitre, dueño de la situación, comienza la tarea de llevar a cabo la organización nacional de acuerdo al proyecto liberal de la patria chica, centrado en la pampa húmeda y el puerto de Buenos Aires, dependiente del imperio británico.

El proyecto se implementa a sangre y fuego. Eliminación de la resistencia criolla federal, en primer lugar, luego participación en la destrucción del Paraguay para adecuarlo al proyecto liberal dependiente y, finalmente, destrucción de los pueblos originarios. La denominada «campana del desierto» fue un verdadero genocidio.

Ningún proyecto se impone y mantiene solo por las armas o por la dominación económica. Necesita que sea aceptado por la sociedad, para lo cual es indispensable trabajar las conciencias. En otras palabras, un proyecto de domi-

* Filósofo y teólogo nacido en Argentina, profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Perteneció al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Tuvo que exiliarse, por la última dictadura cívico-militar, de 1976 a 1983. Algunas de sus publicaciones: *Revolución burguesa y nueva racionalidad*, *Razón y libertad*, *intersubjetividad y reino de la verdad*, *La odisea de la conciencia moderna*, *La utopía que todo lo mueve*. En lo referente al campo religioso ha publicado, *La utopía de Jesús y Autoritarismo y democracia en la Biblia y en la Iglesia*.

nación necesita una cultura acorde, lo cual implica sujetos que asuman la dominación como un hecho natural. Decía Hegel que solo cuando el noble vasallo pasó del lenguaje del consejo al de la adulación, el Estado feudal se transformó en el Estado absolutista.

La permanencia de la dominación solo es posible si se forma una cultura de la dominación. El sujeto dominado debe leer continuamente en su vida diaria el mensaje de la dominación. Los símbolos que constituyen momentos fundamentales de su identificación como sujeto deben estar continuamente presentes en la calle, en la escuela, en el club, en los monumentos, en las fiestas.

Es lo que sabiamente hizo el proyecto nacional liberal dependiente. En todo el territorio nacional se repiten siempre los mismos nombres de militares, abogados, sacerdotes, presidentes, constituidos en símbolos de la nacionalidad. Para salir de la dependencia y pasar a la realización de un país liberado se impone la vasta tarea de llevar a cabo una épica lucha contrahegemónica. Es una de las tareas fundamentales que lleva a cabo Osvaldo Bayer.

Pero cambiar un símbolo por otro no tiene sentido si no le precede una investigación que dé fundamento al cambio. A ello se dedica Osvaldo Bayer con paciencia, profesionalidad e inteligencia. Entre las numerosas investigaciones realizadas por Osvaldo destacamos, naturalmente, las que se refieren al genocidio mediante el cual se «despejó» el territorio patagónico de los pueblos originarios que lo habitaban.

La Patagonia Rebelde, en cuatro tomos, es un monumento a la investigación profesional, comprometida, valiente, que forma parte fundamental de la «verdadera historia» la de los vencidos a los que se ha condenado a no tener historia. No es solo el problema de los pueblos originarios. Es, en general, el problema de los sectores sociales a los que se quiso «desaparecer» para que el proyecto de los dominadores no corriese peligro.

La primera tarea, a la que con pasión se dedica Osvaldo Bayer, es la de desocultar lo que está oculto en la base del proyecto dominador que elaboró y logró la realización de la Argentina que se mostró orgullosa en el Centenario. Es la Argentina que se construyó sobre el genocidio de los pueblos originarios

que resistieron con luchas épicas como las de los calchaquíes, sobre la persecución y masacre de los criollos que pelearon en el movimiento federal, y sobre la explotación de los inmigrantes que respondieron con acciones y movimientos como el de los anarquistas, socialistas y comunistas.

La pasión, claridad, profesionalidad y contundencia que muestra Bayer en esas investigaciones son realmente ejemplares y se han convertido en pilares fundamentales de la reconstrucción de nuestra historia, la de una Argentina que no se ha resignado a ser una colonia del imperio de turno.

Esa tarea debe ser complementada por otra a la que Osvaldo se entrega también con pasión. Nos referimos a la tarea pedagógica de hacer conocer la «verdadera historia» e ir cambiando los símbolos que, de expresar la dominación, pasen ahora a expresar el movimiento de resistencia y de reconstrucción. Para ello, no importándole la edad, se mueve constantemente y se hace presente allí donde lo llaman, sobre todo las nuevas generaciones. Sus exposiciones son cálidas, claras, de fácil llegada al público, sin perder nunca el necesario nivel.

Parte de esta tarea pedagógica es ir cambiando el paisaje simbólico que recubre todo el territorio nacional. Nos referimos al cambio de nombres a las calles, a los edificios públicos, a las escuelas. Es necesario que el pueblo pueda leer en su vida diaria la verdadera historia a través de sus protagonistas olvidados o «desaparecidos» por los forjadores y mantenedores de la historia «oficial».

Una conferencia que en 1963 dio en la Biblioteca Popular de la ciudad de Rauch —nombrada así por el coronel prusiano Federico Rauch, asesino de los criollos y de los miembros de los pueblos originarios— terminó con la propuesta de un plebiscito para cambiar el nombre de la ciudad. El nuevo nombre propuesto era nada menos que «Arbolito», el ranquel que habría matado al coronel prusiano. Por supuesto que la propuesta no prosperó y Osvaldo terminó en la cárcel. No dudamos que esa propuesta terminará triunfando no ahora, sino en el proceso abierto de liberación, del cual Osvaldo es uno de los principales impulsores.

Pero hay otra faceta de Osvaldo Bayer que necesitamos subrayar. Nos referimos a la coherencia de su ética militante. No es necesario estar de acuerdo

con todo lo que Osvaldo piensa, dice y escribe. De hecho eso nunca sucede, pues nadie puede ser autor de la verdad absoluta. Pero en lo que sí no se puede no estar de acuerdo es en que Osvaldo es un verdadero referente en cuanto a dignidad, valentía, coraje y coherencia, que se pueden rastrear en toda su larga y fecunda vida.

Uno de los males más profundos que nos ha provocado el neoliberalismo que, iniciado con la dictadura militar genocida, culminó en la década del noventa es la destrucción del ámbito ético, sin el cual toda vida humana resulta imposible. En lugar de la relación intersubjetiva mediante la cual nos reconocemos como seres humanos con proyectos y utopías comunes, cada sujeto fue reducido a un átomo aislado, separado de los otros átomos, considerados como enemigos potenciales o reales a los que es necesario vencer.

Una de las tareas fundamentales, en consecuencia, de la recuperación de la sociedad, es el restablecimiento del ámbito ético que solo es posible si se hacen presentes verdaderos referentes éticos, sujetos que van al encuentro del otro para la realización de proyectos comunes. Uno de esos referentes fundamentales que tanto necesitamos es, precisamente, Osvaldo Bayer. Persecuciones, cárcel y destierro no lo apartaron de su fecunda tarea en pro de los derechos humanos.

Con él tuve el honor de compartir el ámbito de la Cátedra de Derechos Humanos. Gentilmente me invitó a dictar allí un Seminario sobre Teología y Derechos Humanos. Fue una experiencia sumamente enriquecedora, como las otras que he compartido con él, en las cuales siempre he aprendido. La lucha por los derechos humanos, rubro en el cual Argentina es ya un referente mundial, lo tiene a Osvaldo como uno de sus pilares fundamentales.

Un recuerdo adolescente, borroso por el tiempo transcurrido pero decisivo en mi formación, me aproxima a Osvaldo Bayer. Él, escritor y militante comprometido, me enseñó a pensar la información desde las páginas de una revista que devoraba con avidez y pasión: *Todo es Historia*. Un ejemplar de junio de 1968, con una fotografía de Evita sonriente en la tapa, fue el primer contacto con un tema desconocido y atrapante para mí. El título secundario resaltado en amarillo rabioso lo destacaba en la portada: *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, decía. Ese número catorce de la publicación fundada por Félix Luna llegó a mis manos cuatro o cinco años después. Integraba una colección de revistas que atesoraba mi profesor de dibujo del colegio secundario, Jorge Garnello Díaz, a quien le perdí el rastro durante la última dictadura militar. Él también robusteció mi interés por la historia y la política. Con algunos compañeros del

* Nació en Buenos Aires el 12 de noviembre de 1957. Periodista y escritor. Escribe en *Página 12*, es columnista semanal de *CMI Contenidos* para varios diarios del interior, y de la revista *Un Caño*. Trabajó en los diarios *La Prensa*, *Clarín*, *La Voz*, *Crónica*, *Perfil*, *Crítica* y como corresponsal en *La Voz del Interior*, de Córdoba, además de las revistas *Goles Match*, *El Periodista*, *Noticias*, *El Gráfico* y *Rumbos*, entre otras. Realizó coberturas en países de América, Europa y África. Es docente en la carrera de Comunicación Social de la Universidad Nacional de Buenos Aires desde 1996. Produjo, con guiones propios, cinco documentales en video sobre temas histórico-deportivos. Escribió los libros *Donde manda la patota, barrabravas, poder y política*; *Fútbol limpio, negocios turbios*; *Deporte, desaparecidos y dictadura* y, como coautor, *La hinchada te saluda jubilosa*, libro homenaje a Roberto Fontanarrosa y *Violencia y Medios 3*, editado en México.

Instituto General San Martín de Núñez, lo visitábamos en su casa de Parque Patricios, sobre la calle La Rioja. Íbamos con entusiasmo a charlar y analizar trabajos como el de Bayer.

El artículo sobre la masacre del teniente coronel Varela ordenada por el gobierno de Hipólito Yrigoyen, una investigación documentada con fotografías de los cuerpos de obreros fusilados en la meseta patagónica, con el viento dejándolos al descubierto, me marcó para siempre. Recién con el paso de una década, y ya en democracia, pude ver en un cine de Belgrano –el mismo barrio que compartimos con Bayer en nuestras infancias–, *La Patagonia Rebelde*, que completó en imágenes aquella nota de *Todo es Historia*. La película había sido prohibida en 1974 por el gobierno de Isabel; el reverso de la moneda de Evita.

El gran tema de Bayer no respetó el orden natural de las cosas cuando lo abordé: entre el artículo de la revista, la película y el libro en su versión definitiva, pasaron más de tres décadas. Generalmente es el revés. La literatura antecede al cine y este a las críticas periodísticas. Pero el maestro, como Rodolfo Walsh –los dos nacieron el mismo año, 1927–, publicó los hechos en un medio antes de que los contuviera su célebre obra de cuatro tomos. Igual que sucedió con *Operación Masacre* en la revista *Mayoría* durante 1957, una investigación clave en la historia del periodismo argentino, de lectura insoslayable para cualquier aspirante a ingresar en el oficio. El mismo año de mi nacimiento, cuando Bayer dirigía en Esquel un periódico que le costó sufrir la cárcel por criticar a los terratenientes patagónicos. ¿Habrán sido los descendientes de aquellos que aplaudieron las ejecuciones de mil quinientos trabajadores del campo y que hablaban un castellano agringado como el actor Jorge Rivera López, en el papel del hacendado Edward Mathews? Imposible no despreciar al personaje, como a Héctor Alterio en su rol de militar aniquilador en la película.

Uno de sus legados para quienes nos formamos entre las décadas del sesenta y setenta es el amor por la historia, pero esa historia que ignora la historiografía oficial, que reivindica a Bartolomé Mitre como el adalid de las causas nobles y a los gauchos o peones de campo los defenestra. Bayer, con *La Patagonia Trágica* –o *Rebelde*, queda mejor–, parece reactualizar aquella directiva que Sarmiento le transmite al mismo Mitre en la Guerra del Paraguay: «No trate de

economizar sangre de gaucho. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos esos salvajes». La historia es circular.

Desde su trabajo publicado en *Todo es Historia*, Bayer, un desconocido para mí que andaba por los quince años, me abrió los ojos. La conclusión de *Los Vengadores de la Patagonia Trágica* que salió en el número de julio de 1968, tenía en la tapa de la revista un dibujo de Juan Moreira e invitaba –pero ya en negrita y no en amarillo como el título de junio–, a leer más sobre aquellos episodios que nadie nos había explicado en el colegio. Este escritor santafesino que en esa época ya superaba los cuarenta años, nos permitía ingresar en un mundo ajeno a los manuales de historia del sistema. Y nos estimulaba desde su indignación a escudriñar que en la Argentina habían pasado otras cosas.

No eran gestas como la de Caseros contra Rosas o la campaña de exterminio de Roca contra los pueblos originarios las que empezaban a vislumbrarse en su obra. Sí las vidas de anarquistas como Simón Radowitsky o Severino Di Giovanni o la tragedia de la Rosales, que también fue investigada por su espíritu inquieto. Historias de personajes o héroes más o menos anónimos, enfrentados al poder de cualquier época. En ellos siempre encontró este anarquista y pacifista –como se autodefine– la simiente para sus investigaciones que marcaron, y aún continúan marcando, una huella a seguir por su coherencia. En palabras del poeta Antonio Porchia, Bayer sería uno de los pocos que «adelantándose a todos, van ganando el desierto». Desde que escribió sobre los fusilamientos en la Patagonia, la historia de nuestro país es bastante más completa.

Osvaldo y el arte de las sugerencias

Andrés Zeneri*

¿Qué es el arte? La definición de esta disciplina es tan amplia y tan variada que en el sentido más democrático se podría circunscribir a un todo. Existe un arte político, también un arte trivial, uno reflexivo, irónico, humorístico, etcétera. Quizás cada uno de ellos contenga un poco de los demás; es seguro que habrá tantas definiciones como personas en este mundo y esa eterna enunciación es lo que mantiene vivo su espíritu comunicacional.

Quizás el arte seamos nosotros mismos hablando de él. A mí me gusta creer que el arte es una herramienta para decir lo que se piensa, y creo en el arte como quien cree que su oficio es una espada. Caminé y crecí con esa convicción, que me permitió acunar valores y un espíritu combativo desde

* Es un artista argentino que se destacó desde muy temprana edad en las técnicas del dibujo, la pintura y la escultura sin haber pasado por escuela, instituto o taller de arte alguno. Consideró como sinónimos las palabras, arte, comunicación, militancia y expresión. Participó en la agrupación HIJOS. De perfil poco comercial, realizó numerosas muestras en Tour, París, Stuttgart, Karlsruhe y Buenos Aires, ganando las distinciones más prestigiosas como escenógrafo, y premios en el país y en el exterior.

Es autor del primer monumento de bronce a Ernesto «Che» Guevara en la Argentina, obra que se realizó con la colaboración de miles de personas que aportaron llaves y otros objetos de bronce, que terminaron fundiéndose para realizar la escultura del legendario guerrillero en la ciudad de Rosario el 14 de junio del 2008, año en que el «Che» cumpliría su octogésimo aniversario.

Actualmente está trabajando en el monumento a la Mujer Originaria (con colecta de llaves) que será donado a la ciudad de Buenos Aires con la condición de que se lo emplace donde actualmente se encuentra la del Gral. Roca, a cien metros de Plaza de Mayo.

pequeño: primero en un barrio muy pobre de Merlo, provincia de Buenos Aires y después en una toma del Neuquén, donde fui millonario en precariedades. Allí, sin recursos, el dibujo, la pintura y la lectura anarquista me dieron un punto de apoyo desde donde mirar y decir este mundo. Aquellos libros de Osvaldo Bayer –y su propia figura– se transformaron en una certeza.

No me acuerdo en que rincón de los noventa lo vi por primera vez en persona. Solo recuerdo que comencé a asistir a cuanta charla tuviera oportunidad y, a pesar de su distendido contacto con la gente tras cada presentación, tardé muchos años en presentarme y apretarle la mano.

Algunos años después, en uno de los tantos actos cercanos a la inauguración del primer Monumento al «Che» en Argentina, en las vísperas del octogésimo natalicio del comandante, Osvaldo fue invitado al Centro Cultural de la Cooperación en la Avenida Corrientes, en Capital Federal. La idea era acercar de primera mano a los presentes aquella anécdota de su entrevista concertada, junto a una delegación de argentinos en la Habana, con el comandante Ernesto «Che» Guevara, a muy poco tiempo del triunfo de la revolución. Allí, frente a una sala colmada de público, el señor Osvaldo Bayer dijo:

«Ustedes díganme si me extiendo demasiado, porque soy un poco larguero y no me doy cuenta. Quiero referirme, primero, a una obra colectiva que está hecha desde abajo, que se va inaugurar este 14 de junio en Rosario, cuando el «Che» cumpliría ochenta años. Con setenta y cinco mil llaves de Argentina y Latinoamérica el artista plástico Zerner construyó el primer monumento de bronce al «Che» de este país, y resalto el valor de una obra que se construyó con el apoyo de catorce mil personas, no con dinero, sino con las llaves del pueblo, con mucho esfuerzo, mucha tenacidad y por sobre todo con mucha organización. Qué linda experiencia, qué lindo saber que los jóvenes toman los valores del «Che» y trabajan desde esos valores para concretar cosas. Ojalá también se le rinda un homenaje a los pueblos originarios, que tanto se lo merecen, con el mismo sistema, aprovechando la

experiencia, y se le rinda también un homenaje a la mujer inmigrante y a la mujer negra.»

En ese marco guevarista, el historiador no abandonó ni por un segundo el sentido práctico de aquella circunstancia simbólica, sabiendo que hablar del «Che» sin tomar esa energía para aplicarla a nuevos contextos sería sencillamente una pena. Don Osvaldo siguió entonces enunciando las razones por las que deberían hacerse monumentos a los invisibilizados de la historia. Con sus palabras claras y espontáneas definió, como un trazo en el aire, la idea de continuar un trabajo que toma al arte como una herramienta, la construcción colectiva como un método y la articulación de la mayor cantidad de actores posibles como una fuerza política de expresión. Nos señaló el camino a seguir como una brújula, fue tan solo una sugerencia, pero fue la de Osvaldo Bayer.

Hoy, quienes hicimos y donamos a la ciudad de Rosario un monumento al «Che» de cuatro metros de altura, juntando tres toneladas de llaves, con la participación y la solidaridad de miles que acercaron bronce, trabajo y tiempo, estamos embarcados en esta nueva tarea de construir un monumento a los pueblos originarios con el mismo sistema de recolección de llaves donadas por el pueblo. No se trata de una escultura como un fin en sí mismo, sino como una excusa para contribuir a la visibilización de nuestros pueblos originarios. Un homenaje a los más de quinientos años de resistencia y de lucha, pero también una estrategia de comunicación para que todos en Argentina sepan que vivimos en un país donde se hablan catorce idiomas, cohabitan entre veintiséis y treinta naciones y que el sesenta y uno por ciento de la población tiene vínculo genético con nuestros pueblos originarios. En definitiva, se trata de entender cuál es nuestra identidad como país. Esa escultura de diez metros de altura, simbolizada en el cuerpo de una mujer originaria, será donada a la ciudad de Buenos Aires con la condición de que se emplace donde actualmente se encuentra la del general Roca, a cien metros de Plaza de Mayo.

Sabemos que podemos hacerlo, y quien supo enunciar esa idea que estaba flotando en el viento, estará ahí para verlo. Fue tan solo una sugerencia, pero fue la de Osvaldo Bayer.

Oswaldo Bayer

Carlos «Calica» Ferrer*

Escuchamos Patagonia, asociamos Rebelde y de inmediato a Oswaldo Bayer. Ya es parte de la verdadera historia de nuestra Argentina. Y así será cada vez más con el transcurrir del tiempo, sobre todo en los jóvenes: se enterarán de lo que allí realmente ocurrió; más ahora que gozamos de libertad plena y vivimos en una democracia que estoy seguro no tiene vuelta atrás.

Te agradecemos Oswaldo este profundo relato que nos cambió el panorama histórico sobre el cual estábamos tan mal informados por esa mal llamada «historia oficial»; reivindicaste personajes desconocidos muy valiosos, verdaderos héroes, y nos hiciste ver próceres que no se merecen calificativos.

Conocí a Bayer en Caracas, Venezuela, en una Feria del Libro, y pude deleitarme con su charla. Compartimos después una reunión especial a la que nos invitó nuestra querida embajadora en Venezuela, Alicia Castro, excelente anfitriona. Reunión llena de recuerdos y presentes en compañía de amigos venezolanos. ¡Sin desperdicio! Lamento no haber grabado algo de lo que se dijo.

* Nació en Alta Gracia, Córdoba, el 4 de abril de 1929. A los cuatro años conoció a Ernesto Guevara de la Serna. Mantuvieron una amistad íntima durante la infancia y adolescencia. En 1953 emprendieron juntos un viaje aventurero por Latinoamérica, al final del cual, Guevara terminaría convertido en el Comandante «Che» Guevara. «Calica» Ferrer se dedica a estudiar y difundir la figura de su amigo el «Che». Publicó un libro testimonial: *De Ernesto al Che. El segundo y último viaje de Guevara por Latinoamérica*, que ya fue traducido a distintos idiomas (portugués, francés, alemán, rumano, italiano, turco, coreano y bahasa indonesia, entre otros).

Tiempo después, en Buenos Aires, nuestro común amigo Julio Ferrer me invitó a una charla en la ciudad de La Plata, y el lugar de encuentro para viajar juntos hacia la ciudad de las diagonales fue en su famoso «El Tugurio»: ¡Oswaldo Bayer en su salsa! Tapado de libros, recuerdos y reconocimientos. Un verdadero museo que lo será, espero, bastante más adelante.

Lo he escuchado infinidad de veces en distintas actividades y hay algo siempre presente en su discurso que me llega profundamente. Habla siempre de un mundo de niños sin hambre.

Es un incansable viajero, siempre dispuesto a ir adonde se lo requiera y a los lugares más apartados. Y ahí le recordaría una frase que se le atribuye a Pichuco, Aníbal Troilo, que dice «cuidá la flauta que la serenata es larga».

En el estudio atelier de nuestro amigo Andrés Zerner, artista plástico, pintor, escultor, autor del monumento en bronce del Comandante Ernesto «Che» Guevara en Rosario (Oswaldo y yo podemos decir con orgullo que conocimos al «Che», él en un viaje que hizo a Cuba recién triunfante la Revolución, y en mi caso como amigo de la infancia y compañero en su último viaje por América) me enteré del proyecto de Oswaldo y Andrés: otro bronce, el de la Mujer Originaria de América.

Espero que el destino me dé la alegría de verlo instalado en el lugar del genocida Roca, este iría a dormir un sueño solitario y frío a la estancia La Larga. ¡Ojalá que ocurra a la corta!

En un imaginario: en un tiempo futuro, lo veo a Oswaldo en un mundo de niños sin hambre, sentado tomando un buen vino y escuchando a Marlene Dietrich cantándole *Lili*. Marlene con esa voz ronca, incomparable y deliciosa que él tanto admira, y lo comprendo. El lugar de esta cita sería una calle de nombre *Verdadera Historia* en alguna ciudad de *La Patagonia*.

Gracias Julio Ferrer por invitarme a decir algo sobre el maestro Oswaldo Bayer.

Oswaldo Bayer

Daniel Viglietti*

Oswaldo Bayer era ya para mí una referencia cultural y política importante en aquellos intensos años sesenta que nos tocó vivir en ambas orillas del Río de la Plata. Pero nos empezamos a conocer en el exilio, en Europa. Me habló

* Nacido el 24 de julio de 1939 en el seno de una familia de músicos –su madre, la pianista Lyda Indart y su padre, el guitarrista Cédar Viglietti–, desde niño entra en contacto con la música clásica y popular y estudia guitarra con los maestros Atilio Rapat y Abel Carlevaro. Adquiere así una sólida formación como concertista para luego dedicarse, en los años sesenta, principalmente a la música popular. Durante esta década desarrolla una intensa actividad como cantor, docente y locutor en radio, en el marco de una creciente movilización popular en Uruguay. Participa en el semanario *Marcha* y crea y dirige el Núcleo de Educación Musical (Nemus).

Su obra adquiere un carácter radical de fuerte contenido social y de izquierda con letras asociadas a las luchas populares en Uruguay y en Latinoamérica. En el marco de represión de los movimientos de izquierda que precedió al golpe de estado cívico-militar de 1973, Viglietti es apresado en 1972. La campaña por su liberación desde el exterior fue encabezada por nombres como Jean Paul Sartre, François Mitterrand, Julio Cortázar y Oscar Niemeyer. En 1973 comienza su exilio en Argentina, que después continuará en Francia donde vivió por once años. Durante el exilio recorre en giras musicales Europa, Latinoamérica, África y Australia, llevando su canto y denunciando a la dictadura uruguaya.

Su exilio termina con su regreso a Montevideo el 1 de septiembre de 1984, donde es recibido por miles en un recital que recuerda como «el más emocionante en cuarenta años de carrera». Desde entonces edita y reedita numerosos trabajos entre los que se destaca, en particular, el titulado *A dos voces* con Mario Benedetti (1985), reflejo discográfico de numerosos recitales realizados junto al gran poeta uruguayo durante el exilio compartido por ambos.

Musicalizó poemas de Liber Falco, César Vallejo, Circe Maia, los españoles Rafael Alberti y Federico García Lorca y el cubano Nicolás Guillén, entre otros. Algunas de sus composiciones más conocidas son «A desalambrar», «Canción para mi América», «Milonga de andar lejos» y «Gurisito».

Han interpretado sus obras: Víctor Jara, Amparo Ochoa, Isabel Parra, Joan Manuel Serrat, Mercedes Sosa, Chavela Vargas, Soledad Bravo.

muy bien de él un amigo uruguayo que yo tenía en la ciudad de Colonia, César Salsamendi. Eso fue en Alemania, en la segunda mitad de la década del setenta. Salsamendi era un excelente periodista y yo me fiaba mucho de sus intuiciones en el conocimiento del otro. A lo largo de varios encuentros nuestros con Bayer, nos impresionó mucho la honradez y la coherencia en que se apoyaba la creatividad intelectual del escritor. La relación con Osvaldo también me conectaba con el ámbito del anarquismo, que tan importante había sido como una de las fuentes esenciales de la lucha revolucionaria en Uruguay, por la influencia del pensamiento libertario sobre el movimiento tupamaro y sobre la acción de los grupos anarquistas propiamente dichos. Un payador de gran talento, Carlos Molina, había sido, como los militantes anarquistas uruguayos desaparecidos Gerardo Gatti, León Duarte y el «Perro» Pérez, una fuerte referencia libertaria en Uruguay. En los diálogos con Osvaldo, yo pude reencontrar esa impronta. Y, a la vez, respiré en Bayer una firmeza de pensamiento que nunca ha cedido a la tentación del dogma.

Hubo, tiempo después de los encuentros en Alemania, cuando coincidíamos en Colonia, dos ocasiones en que pudimos conversar más a fondo, y cuando lo entrevisté en mi línea de trabajos para la radio. Eso fue en Berlín, —Berlín Occidental había que precisar en aquella época de las dos Alemanias—. Me alojé en su casa, en Kreuzberg, un barrio donde vivía mucha población migrante, particularmente turca, y tengo un recuerdo muy lindo de aquel par de días. Bayer me hacía pensar en una suerte de Mario Benedetti argentino, por su sencillez en el trato y su lealtad consigo mismo. Con sus ideas tan precisas y tan veloces, en nuestros intercambios íbamos descubriendo, entre varias afinidades, una admiración compartida por Atahualpa Yupanqui.

Otro encuentro fue en Aachen, la ciudad al borde de la frontera de Alemania con Bélgica, donde vivían sus hijos. Me sentí como parte de la familia y tuve buena comunicación con los muchachos, a quienes poco volví a ver desde entonces.

Estoy contando lo que leí en el ser humano Osvaldo Bayer. Porque lo que leí en sus obras, desde *La Patagonia rebelde* hasta aquel libro, *Exilio*, que escribió a dúo con el gran poeta Juan Gelman, o lo que sigo leyendo desde sus artículos cotidianos, todo ha sido siempre para mí un aprendizaje muy importante. Sumada al enorme valor del libro, la película de Héctor Olivera resultó ejemplar.

La cuento, junto a *La batalla de Argel*, del italiano Gillo Pontecorvo, entre los ejemplos mejores de cine político.

Cambiando de campo y pasando al del fútbol que, como con Benedetti y Galeano, yo podía también compartir con Osvaldo, en 1990 él se anticipa a otros libros en la materia, con su obra *Fútbol argentino*, donde dedica un capítulo a los legendarios partidos de argentinos y uruguayos, los del veintiocho y el treinta.

No quiero olvidar una gran sorpresa, cuando descubrí entre los discos que me llevé al exilio, uno dedicado a las luchas anarquistas en Argentina, supervisado por Osvaldo, en el que interviene, junto a otros artistas, el actor Héctor Alterio. De ese disco utilicé pasajes para uno de mis programas radiales más difundidos, hecho para el 1.º de mayo, y que ha sido escuchado en Argentina, Cuba, España, Francia, México, Uruguay y Venezuela, e incluye una pequeña entrevista a Bayer a propósito de ese material.

Años más tarde, ya en la etapa de la apertura democrática, lo reencontré en Montevideo cuando lo entrevisté para mi programa televisivo *Párpado* y, de nuevo, para el radial, *Tímpano*. Pero hay encuentros en Argentina, uno en su Santa Fe natal, él presentando un libro y yo en gira cantando allí. La última vez que nos recuerdo juntos fue en un acto solidario con la Cooperativa Cultural Mate Amargo, en un tablado levantado en plena calle bonaerense. Osvaldo participaba allí, con su generosidad de siempre, con un hermoso discurso de esos suyos que no lo parecen, porque el maestro se impone y el clima se vuelve el de una clase.

Qué decir de su lealtad a las Madres de la Plaza, a todos los familiares de desaparecidos, en su indeclinable apoyo a la causa de los Derechos Humanos en Argentina y donde sea.

Qué decir de su permanente defensa de los pueblos originarios, de sus persistentes denuncias sobre el genocidio de los indígenas.

Qué decir de su energía, sobreponiéndose a duras pruebas con su salud.

Qué decir de su lectura bifocal pero llena de coincidencias y paralelismos sobre la Alemania marcada por el nazismo y la Argentina marcada por la dictadura.

Qué decir de su energía creadora, siempre produciendo, literatura, ensayo, cine, periodismo, militancia.

Qué decir.

Decir compañero maestro, Osvaldo Bayer.

Bibliografía y filmografía

Bibliografía de Osvaldo Bayer

- 1970-** Editorial Galerna publica *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*.
- 1972-** Editorial Galerna de Buenos Aires publica los tomos I y II de *La Patagonia Rebelde (Los bandoleros y La masacre)*.
- 1974-** Editorial Galerna, publica el tomo III de *La Patagonia Rebelde (Los vengadores)*.
- 1975-** Editorial Galerna publica *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*, que incluye «Radowitzky, ¿mártir o asesino?» y «La Rosales, una tragedia argentina».
- El tomo IV de *La Patagonia Rebelde (El vindicador)* es editado en Alemania.
- 1984-** Editorial Legasa, de Buenos Aires, publica *Exilio*, un ensayo escrito en colaboración con el poeta argentino Juan Gelman.
- 1990-** Editorial Sudamericana publica *Fútbol Argentino (ensayo)*.
- 1993-** Aparece en Buenos Aires, el ensayo *Rebeldía y Esperanza*. Grupo Editorial Zeta.
- 1998-** Editorial Planeta reedita *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*.
- 1999-** Editorial Vergara publica en Buenos Aires *En camino al paraíso (ensayo)*.
- 2001-** Editorial Planeta, de Buenos Aires, publica la novela *Rainer y Minou*.

Autor de los siguientes guiones:

- 1972-** El 29 de marzo se estrena en Buenos Aires la película *La Mafia*, sobre un argumento de Osvaldo Bayer y José Dominiani.
- 1974-** El 13 de junio se estrena en Buenos Aires *La Patagonia Rebelde*, con dirección de Héctor Olivera. El guión, de Osvaldo Bayer.
- 1983-** Escribe el guión de film *Todo es ausencia*.

- 1987-** Escribe el guión del documental *Juan, como si nada hubiera pasado*. Coproducción argentino-alemana.
- 1989-** Es guionista de *La amiga* y de *Amor América*, ambas coproducciones argentino-alemanas.
- 1990-** El 19 de abril se estrena en Buenos Aires el film *Fútbol Argentino*, con dirección de Víctor Dínenzon y guión de Osvaldo Bayer.
- 1991-** Es guionista de *El vindicador*, coproducción argentino-alemana.
- 1992-** Escribe el guión de la coproducción argentino-alemana *Panteón Militar*.
- 1995-** El 29 de setiembre se estrena en Buenos Aires la película *Jaime de Nevarez, último viaje*, con textos de Osvaldo Bayer, Carmen Guarini y Ernesto Lamas.
- 2001-** El 8 de noviembre se estrena en Buenos Aires *Los cuentos del timonel*, documental sobre Osvaldo Bayer, dirigido por Eduardo Montes Bradley.
- 2010-** Se estrena *Awka Liwen (Rebelde Amanecer)*, con investigación y guión de Osvaldo Bayer y dirección de Mariano Aiello y Kristina Hille.

ESTA PUBLICACIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE ABRIL DE 2011,
EN LA CIUDAD DE LA PLATA,
BUENOS AIRES,
ARGENTINA.

